

The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a marbled paper pattern consisting of irregular, organic shapes in shades of grey, black, and white, resembling stone or biological cells. The spine of the book is dark and appears to be made of a different material, possibly leather or cloth, and shows signs of wear. A small white label is affixed to the spine, containing the text 'R' and '59'.

R  
59



VIDA

NAPOLEÓN BONAPARTE

---

TOMO VII

125175  
31856167





NAPOLÉON BONAPARTE.  
VIDA  
DE  
NAPOLÉON BONAPARTE.

---

TOMO VII.



VIDA  
DE  
NAPOLEON BONAPARTE,

PRECEDIDA

DE UN BOSQUEJO PRELIMINAR DE LA REVOLUCION FRANCESA.

ESCRITA EN INGLES

Por sir Walter Scott,

TRADUCIDA LIBREMENTE AL ESPAÑOL

Por M. L.

i adornada con dos láminas.

— 000 —  
TOMO SEPTIMO.  
— 000 —

Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca de Soria  
BARCELONA:

POR JUAN I JAIME GASPAR. 10163

1830.

Con las licencias necesarias.

Es propiedad de los EDITORES.

Se halla venal,

En Barcelona, librería de Oliva.  
Madrid, en las de PEREZ i CUESTA.  
Cádiz, en la de HORTAL i COMPAÑÍA.

# VIDA

DE

## Napoleon Bonaparte.

---

---

### CAPITULO I.

#### RESUMEN DEL CAPITULO I.

RÓMPESE EL ARMISTICIO DE MURAT.— LE ATACAN I LE DERROTAN.— NAPOLEON SALE DE MOSCOU EL DIA 19 DE OCTUBRE.— SANGRIENTA REFRIEGA EN MALA YAROWSLAVETZ.— GRAN RIESGO QUE CORRE NAPOLEON HACIENDO UN RECONOCIMIENTO.— SU RETIRADA Á VÉREA, EN DONDE ENCUENTRA Á MORTIER CON LA GUARDIA JOVEN.— WINZINGERODE CAE PRISIONERO.— LOS FRANCESES HACEN VOLAR EL KREMLIN.— NAPOLEON PROSIGUE SU RETIRADA ÁCIA POLONIA.— HORRORES DE AQUELLA MARCHA.— BATALLA CERCA DE WIAZMA EL DIA 3 DE NOVIEMBRE.— DURANTE LA NOCHE ATRAVIESAN LOS FRANCESES EL RIO WIAZMA.— MEDIDAS DEL VIREY DE ITALIA.— LLEGA Á SMOLENSKO EL DIA 13 MUY ESTENUADO.— BONAPARTE LLEGA TAMBIEN Á SMOLENSKO CON LA DIVISION MAS AVANZADA DEL EJÉRCITO GRANDE.— RESUMEN DE LA INFAUSTA RETIRADA DE LA DIVISION DE NEY.— TODO EL EJÉRCITO FRANCES REUNIDO EN SMOLENSKO.— LO

QUE SUCEDE EN EL ESTREMO DE LOS FLANCOS DE LA LÍNEA DE MARCHA DE NAPOLEON. — CONDUCTA CIRCUNSPECTA DEL PRÍNCIPE DE SCHWARTZENBERG. — UN CUERPO DE COSACOS LIBERTA Á WINZINGERODE CUANDO LE CONDUCIAN Á PARÍS. — SITUACION PELIGROSA DE NAPOLEON.

## CAPITULO I.

No era difícil incitar á Murat á que rompiese el armisticio, i así lo prefería el almirante ruso, receloso de que declarando él mismo el rompimiento, el rey de Nápoles sospecharía sus designios ulteriores. En consecuencia, habiendo un cosaco disparado una carabina mientras que Murat reconocía las guardias avanzadas, se inflamó la cólera del impetuoso guerrero como se deseaba, i le condujo á anunciar á los generales rusos que se había concluido el armisticio. Estos fueron los primeros que empezaron de nuevo las hostilidades.

El campamento ó la posición que ocupaba Murat en Worodonow, se hallaba cubierta por la derecha i el centro por un arroyo que corría en una profunda quebrada, pero cuyo curso, cambiando luego de dirección, dejaba descubierta una gran parte de su ala izquierda, que al mismo tiempo estaba espuesta á verse sorprendida en un bosque que cubría una pequeña llanura, en la cual su izquierda se apoyaba. La fuerza total de Murat, compuesta de su caballería i de la división de Poniatowski, pasaria de treinta mil hombres.

Un ataque que dieron dos columnas rusas bajo las órdenes del conde Orlof Denisoff, contra la izquierda de la posición de Murat, tuvo un éxito completo; pero otras dos columnas que debían sostenerle llegaron tarde al punto en que se daba la acción. Los polacos mandados por Poniatowski hicieron una gloriosa resistencia en la derecha, i salvaron la vanguardia de una destrucción total; pero, con todo, fué una derrota completa. El rey de Nápoles perdió su artillería, su posición i sus bagages, con dos mil hombres muertos i mil i quinientos prisioneros. La caballería francesa, á escepcion de algunos cuerpos que pertenecían á la guardia, podía considerarse como enteramente aniquilada. Cuanto vieron los rusos en el campamento de los franceses, les convenció del apuro á que estaban reducidos: algunos gatos desollados, i carne de caballo, eran los platos esquisitos que se encontraron en la cocina del rey de Nápoles.

El 18 de octubre el estruendo de los cañonazos, i luego un oficial de ordenanza anunciaron á Bonaparte este desastre. La energía de su carácter, que estaba adormecida mientras permaneció en Moscou, pareció despertarse repentinamente de un profundo letargo. Sin detenerse un instante dió rápidamente las órdenes que la circunstancia exigía, i dirigió la marcha de sus tropas para sostener á Murat en Worodnow. A pesar de que las tales órdenes eran muy diversas i multiplicadas, cada una de ellas era muy clara en su concepto, i concordaba exactamente con las demas para dar una perfecta union al plan de sus movimientos. Una

parte del ejército se puso en marcha aquella noche misma, i el resto tuvo orden de salir en la mañana siguiente. Se dejó en el Kremlin una guarnicion de retaguardia, bajo las órdenes del mariscal Mortier, lo que hizo suponer que Napoleon todavia no estaba decidido á retirarse definitivamente.

El dia 19 de octubre, antes de amanecer, salió el emperador de Moscou, en donde habia permanecido treinta i cuatro dias. „Marchemos ácia Kalouga, dijo, ; i desgraciados los que quieran oponerse á nuestra marcha!“ Estas pocas palabras descubrian ya todo el plan de su retirada, que consistia en derrotar el ejército de Koutousoff, ó precisarle á retirarse, para volver ácia las fronteras de la Polonia por Kalouga, Medyn, Inkowo, Elnia i Smolensko, camino que no habia sufrido las devastaciones de la guerra.

El ejército frances que desfilaba entonces fuera de las puertas de Moscou, i que como una masa animada continuó moviéndose asi durante muchas horas, se componia de unos ciento veinte mil hombres, regularmente equipados i en buena orden. Tenian en su séquito nada menos que quinientos cincuenta cañones, número fuera de toda proporcion con el de los soldados, i dos mil carros de artillería: hasta aquí el tal ejército presentaba un aspecto marcial i respetable; pero luego seguia una multitud confusa, que ascendia á muchos millares de hombres, unos que iban siguiendo el ejército, i otros rezagados que se habian reunido, i luego los prisioneros de guerra, empleados los mas de ellos en llevar el botin



de los vencedores en hombros ó en carretones.

Entre ellos habia varias familias francesas que mucho antes habitaban en Moscou, i que componian lo que se llamaba la *colonia francesa*. No pudiendo ya mirar aquella ciudad como un lugar seguro para ellas, se habian aprovechado de esta ocasion para retirarse con sus conciudadanos. Habia, ademas, una gran confusion de carruages de toda especie, cargados con bagages del ejército, el botin que los soldados habian hecho individualmente, i los trofeos de que Napoleon se habia apoderado para divertir á los parisienses. Esta tumultuosa mezcla, segun dice Segur, se parecia á una horda de tártaros volviendo de una invasion victoriosa.

Tres caminos conducian de Moscou á Kalouga, como ya lo hemos dicho. En el camino de en medio ó antiguo, estaban acampados los rusos en su gran posicion de Taurotino, en frente de la cual estaba la de Worodonow, ó Inkowo, en donde recientemente habian derrotado á Murat. Napoleon siguió este camino todo un dia para hacer creer á Koutousoff que intentaba atacarle de frente; pero esto era solo una desecha, pues al dia siguiente tomó otros caminos transversales, rodeó del lado el oriente, i entró en el camino nuevo de Kalouga con el objeto de seguirlo hasta que estuviese del otro lado del campamento ruso de Tarotino sobre su flanco derecho, i desde alli dejando el camino nuevo i volviendo á tomar el antiguo se hubiera apoderado de Borrowsk i de Mala Yarowslavetz, que son dos ciudades en la misma direccion al sud de Ta-

routino. Por este medio hubiera rodeado i evitado la posicion rusa, al paso que el principal cuerpo de ejército se habria encontrado entre Koutousoff i Kalouga, i se hubiera abierto las fértiles provincias meridionales para abastecer su ejército.

El dia 23 llegó el emperador á Borowsk con su principal cuerpo de ejército, i supo que la division de Delzons, que formaba su vanguardia, habia ocupado Mala Yarowslavetz sin oposicion. Hasta aqui todo parecia haberle salido á medida de sus deseos.

Pero Koutousoff, en cuanto conoció el riesgo que corria de verse cortado por Kalouga, usó de represalias con Napoleon, empleando contra él su propia maniobra. Destacó ácia el sud á los generales Doktoroff i Raeskoi con una fuerte division, para ganar de mano á los franceses con una marcha forzada, i ocupar la posicion de Mala Yarowslavetz, ó volverla á tomar si los franceses se habian apoderado ya de ella. Levantando él mismo su campamento de Taroutino, les siguió con todo su ejército por el camino de Lectazowo, i marchó con tanta rapidez que pasó delante del ejército frances, llegó al sud de Mala Yarowslavetz i por consiguiente se apostó de nuevo entre Napoleon i Kalouga.

Mala Yarowslavetz presenta una posicion bastante fuerte: la ciudad está edificada en una pendiente rápida, cortada de vallados cuya falda la riega el rio Louja: al norte de este rio hay una llanura cubierta con algunas chozas, i unida á la ciudad por medio de un puente. Allí bivacaba el ejército de Delzons,

que habia apostado dos batallones para defender la ciudad i vigilar los movimientos del enemigo. A eso de las cuatro de la mañana, cuando todos dormian escepto algunas centinelas que hacian su servicio con bastante descuido, se precipitaron los rusos en la ciudad dando espantosos alaridos, arrojaron de ella á los dos batallones, i les precisaron á bajar de la altura, pasar el Louja i reunirse con su ejército. El estrépito de las descargas de artillería llamó la atencion del príncipe Eugenio, que como solo se hallaba á tres leguas de la accion, llegó al amanecer, i vió á los soldados de Delzons peleando denodadamente para volver á ganar la orilla meridional del rio, en donde se hallaba situada la ciudad. Animado Delzons al ver llegar á Eugenio, se precipitó sobre el puente, rechazó á los rusos, llegó al medio de la ciudad i allí recibió un balazo que le mató, i su hermano que quiso levantar el cuerpo del general tuvo la misma suerte. El general Guillemínót tomó entonces el mando i metió un fuerte destacamento de franceses en la iglesia, que sirvió como una ciudadela durante el resto de la accion. Los rusos atacaron de nuevo, i rechazaron á Guillemínót hasta el puente; pero le socorrió Eugenio, que despues de varias tentativas hizo avanzar toda una division ácia la ciudad.

Entonces los franceses volvieron á tomar Mala Yarowslavetz; pero queriendo hacer un reconocimiento un poco mas adelante, descubrieron todo el ejército de Koutousoff en la llanura que estaba mas allá, compuesto de mas de cien mil hombres, establecidos ya en

una buena posicion, que todavia la estaban fortificando con atrincheramientos. Algunos refuerzos tomados de las líneas rusas atacaron inmediatamente á los franceses, que fueron rechazados en la ciudad, cuyas casas construidas de madera estaban ardiendo, de suerte que todavia se vieron precisados á evacuar Mala Yarowslavetz. Las miserables ruinas de aquella plaza por cinco veces fueron ganadas i perdidas, hasta que por último llegó Napoleon con el cuerpo principal del ejército grande, i encontró á los franceses todavia dueños de la ciudad tan disputada por la colina; pero por detrás estaba el ejército ruso acampado, atrincherado i sostenido por un numerosísimo tren de artillería; todo manifestaba que era indispensable dar una batalla para desalojarles de la posicion que habian tomado i de los atrincheramientos que la defendian.

Se tuvo un consejo de guerra en el cuartel general del emperador, que estaba en la miserable choza de un pobre tejedor, dividida por un biombo que era la única separacion. Allí recibió i examinó los partes de sus generales, oyó sus pareceres, i supo, con mucho sentimiento suyo, que Bessieres i otros oficiales hábiles opinaban que la posicion que ocupaba Koutousoff era inatacable. Resolvió pues examinarlo por sí mismo en la mañana siguiente, i entretanto escuchó con descuido los partes con que le informaban de que los cosacos se metian dentro de los bosques interpolándose entre él i su vanguardia.

Al amanecer montó Napoleon á caballo para hacer un reconocimiento, i al ejecutar

este proyecto corrió un gran riesgo de perder la vida ó la libertad. Empezaba á rayar el dia cuando seguido de su estado mayor i de sus oficiales de ordenanza atravesó la pequeña llanura situada al norte del rio Louja, para pasar el puente. Repentinamente se vió cubierta de fugitivos, detrás de los cuales se veían moverse algunas masas negras. Por de contado se creyó que las voces que se oían eran de; *Viva el emperador!* Pero los gritos salvages de los cosacos i la rapidez de su carrera bien pronto hicieron reconocer á los hijos del desierto. »Son los cosacos, dijo Rapp tomando la brida del caballo del emperador; es forzoso que volvais al campamento.» Napoleon no quiso hacerlo; desenvainó su espada, su acompañamiento hizo lo mismo i se colocaron á un lado del camino. Un lancero hirió i derribó el caballo de Rapp; pero el emperador i su comitiva conservaron su entereza defendiendo su puesto. Esta nube de cosacos, mas solícitos en hacer botin que prisioneros, pasó cerca de ellos á tres pasos de distancia sin parar la atencion en la inapreciable presa que podian hacer, i corrieron apresuradamente ácia los carruages. La llegada de la caballería de la guardia ahuyentó de la llanura á aquellos enemigos, siempre en movimiento, pero muy audaces i obstinados; i Napoleon pasó el rio i subió á lo alto de la cuesta para verificar el reconocimiento.

Cuando Napoleon hubo llegado á la llanura, reconoció á Koutousoff fuertemente acampado en el camino de Kalouga, con mas de cien mil hombres, i sobre la derecha, Platoff i seis mil cosacos con artillería. A este cuerpo

pertenecian los merodeadores con quienes acababa de tropezar, i que se volvian de los flancos de su línea cargados de botin, mientras que otros al parecer se disponian para igual espedicion. Napoleon se volvió á su mezquino cuartel general, despues de haber concluido el reconocimiento.

Túvose segundo consejo de guerra, en el cual, despues de haber oído las opiniones contradictorias de Murat, que queria atacar á Koutousoff, i de Davoust que consideraba la posicion del general ruso susceptible de defenderse á palmos, en consideracion á que cubria una dilatada série de desfiladeros, Napoleon se vió precisado á decidir entre aquellos dos gefes, i con una pena que por algunos instantes casi le quitó el sentido dió la órden inusitada de retirarse. Bonaparte se habia convencido por su esperiencia personal de cuan espuestos estarian sus flancos, si marchaba adelante, á los ataques del *hettmann* (general) i de sus cosacos, que se habian presentado en tan crecido número en los alrededores de Medvn.

Pero favorecidos los rusos por sus numerosos enjambres de caballería ligera, tuvieron conocimiento del movimiento retrogrado de Napoleon mucho tiempo antes que estè pudiese saber nada del suyo, i en consecuencia maniobraron sobre su izquierda con la idea de aproximarse de Wiasma i Gjatz que eran los puntos por los cuales debian necesariamente pasar los franceses que se encaminaban á Smolensko.

El dia 27 tuvo Napoleon el gusto de encontrar en Vereia, en donde estableció su cuar-

tel general, al mariscal Mortier con la porcion de guardia jóven que habia dejado en el Kremlin. Mortier traía consigo un prisionero de la mayor importancia, que la casualidad, ó mas bien su propia imprudencia habia hecho caer en manos de los franceses. Ya hemos mencionado de paso que cuando el ejército frances habia evacuado á Moscou, Winzingerode, al frente de un numeroso cuerpo de tropas, venia de Twer para volver á tomar posesion de aquella capital. Toda la ciudad estaba desierta i en un profundo silencio, escepto la guarnicion que con muy poca satisfaccion suya habia quedado abandonada en el Kremlin, i algunos destacamentos avanzados. Winzingerode, acompañado de un solo edecan suyo, se avanzó imprudentemente, i ambos cayeron en poder de los soldados franceses. El general desplegó un pañuelo blanco reclamando el privilegio de un parlamentario, alegando que venia para intimar la rendicion al general frances: pero Mortier negó que tuviese derecho á semejante privilegio, observando con bastante razon, que no era admitido ni de uso que los oficiales generales hiciesen personalmente tales intimaciones.

Por una órden especial de Napoleon, antes que los franceses abandonasen enteramente á Moscou, se dispusieron á volar el antiguo palacio de los czares. No pudiendo el Kremlin ser útil para nada como ciudadela, aun cuando Napoleon se hubiese lisonjeado de volver otra vez á Moscou como vencedor, no puede imputarse aquel acto de destruccion sino solo al deseo de hacer alguna cosa que fuese desa-

gradable personalmente á Alejandro, porque habia dado pruebas de mas entereza de carácter de la que su antiguo amigo le habia supuesto. El modo con que se ejecutó la tal orden, que probablemente debe atribuirse á los ingenieros, fué un segundo rasgo de barbárie. No ignorando que algunos rusos que quedaban en la ciudad, lo mas soez de su antigua poblacion, se precipitarian en el palacio para saquearle en cuanto los franceses lo abandonasen, pusieron mechas bastante largas atadas á barriles de pólvora que se habian colocado en los sótanos, i las prendieron fuego en el instante que salió la última fila de la columna francesa. Muy poco distantes estaban los franceses cuando se verificó la esplosion, que destruyó una gran parte del Kremlin, é hizo perecer al mismo tiempo un crecido número de infelices que la curiosidad ó la sed del botin habia atraído, como asi se habia previsto. Las tropas rusas entraron apresuradamente en el palacio, destruyeron las minas que todavia no habian reventado i apagaron el fuego que ya se habia apoderado del edificio. Los paisanos rusos dieron entonces una prueba nada equívoca de su prevision patriótica. Ya hemos hablado de las necesidades extraordinarias que experimentaban los franceses en aquella ciudad desolada; pero en cuanto se enarboló en ella el pabellon ruso, renació la abundancia como por un efecto mágico: por la mañana siguiente, á la entrada de las tropas rusas en Moscou, entraron en la ciudad mil i ochocientos carros cargados de pan, que aquellos paisanos patriótas habian preparado de antemano con el mayor sigilo.



Volvamos á los movimientos del ejército frances.

La terrible esplosion del Kremlin conmovió la tierra como un terremoto, i anunció á Napoleon, que marchaba entonces contra Koutousoff, que sus órdenes habian sido ejecutadas. Por la mañana siguiente un boletin anunció en estilo triunfante que el Kremlin, tan antiguo como la monarquía rusa, *habia dejado de existir*; que Moscou no presentaba mas que un vil monton de escombros, i que «los doscientos mil habitantes que en otro tiempo componian su poblacion andaban errantes en los bosques, comiendo raíces ó pereciendo de hambre.» El mismo anuncio oficial representaba todavia con mas audacia la retirada de los franceses como una marcha en el camino de la victoria. «El ejército espera ponerse en movimiento el dia 24 para acercarse del Dwina i tomar una posicion que le acercará ochenta leguas á San Petersburgo i de Wilna; doble ventaja, puesto que nos colocará mas cerca del objeto de nuestros deseos i de los medios de realizarlos.» Al paso que se hacian circular estas brillantes ficciones para la satisfaccion de los parisienses, la verdadera cuestion era de saber, no si los franceses se acercarian á San Petersburgo, sino de que manera podrian salir de Rusia con un ejército que tuviese todavia una apariencia de tal.

Napoleon mandó conducir á Winzingerode, con buena escolta, á Lituania, para enviarle á París de alli. La presencia de un prisionero de una clase i reputacion tan distinguidas, que era edecan del emperador de Rusia, debia na-

turalmente certificar aun mas los partes favorables que Napoleon juzgase conveniente hacer circular sobre los acontecimientos de aquella campaña.

Se habian recibido noticias que propendian á confirmar la opinion de que el ejército ruso estaba en movimiento ácia Medyn, con el designio evidente de cortar el ejército frances, ó por lo menos inquietar su paso en Wiazma ó en Gjatz. Napoleon ordenó, pues, que sin pérdida de tiempo avanzase el ejército ácia esta última ciudad. Marchaba dividido en tres cuerpos: Napoleon iba con el primero; el segundo lo mandaba Eugenio, virey de Italia; i el tercero, destinado á formar la retaguardia, estaba bajo las órdenes de Davoust, de quien, por su amor al orden i á la disciplina militar, se esperaba que reprimiria un poco la licencia i el desórden de semejante retirada. Se decidió que habria un intervalo de una jornada de marcha entre los movimientos de aquellos tres cuerpos, á fin de evitar la confusion i facilitar los medios de procurarse subsistencias, de suerte que mediarian dos ó tres dias cuando mas entre las operaciones del primer cuerpo i las de la retaguardia.

De camino pasó el ejército por Borodino, teatro de una gran batalla, que ofrecia tantos recuerdos de las proezas de los franceses i de la pérdida que habian experimentado. En el convento de Kolotskoi que habia sido el hospital mas grande de los franceses despues de la batalla, encontraron todavia un crecido número de heridos, aunque millares de ellos habian perecido por falta de medios para cui-

darlos según las reglas del arte, i por falta de alimento conveniente. Los que habian sobrevivido á sus camaradas salieron arrastrando hasta la puerta, i tendian sus manos suplicantes á sus conciudadanos que continuaban su trabajosa retirada. Napoleón mandó que se pudiesen en los carros de los cantineros á los que se hallaban en estado de poder resistir el viage, i los demas los dejaron en el convento con algunos prisioneros rusos heridos, cuya presencia esperaban que serviria de proteccion á los franceses.

Napoleón llegó á Gjatx con su primera division del ejército grande, sin otros inconvenientes que los que provenian del mal estado de los caminos i las necesidades de los soldados. Desde Gjatx en dos marchas pasó á Wiazma, en donde hizo alto para dar tiempo de llegar al príncipe Eugenio i al mariscal Davoust; pues este último estaba atrasado en cinco jornadas en lugar de las tres que se habian calculado. El día 1.º de noviembre el emperador emprendió de nuevo su penosa retirada, dejando sin embargo en Wiazma el cuerpo de Ney para reforzar i relevar la retaguardia de Davoust, que suponía estaria estenuada de cansancio. Volvió á tomar el camino de Dorogobouje con su guardia vieja, en donde creía que los rusos podrian dirigirse para cortarle, i era muy importante ganarles de mano.

Otra orden de Napoleón acababa de probar que conocia el peligro eminente á que estaba espuesto. Mandó arrojar al lago de Semelin los despojos de Moscou, las antiguas armaduras, los cañones i la gran cruz del Ivan,

como trofeos que no queria volver ni podia ya llevarlos consigo. Tambien se vieron precisados á dejar abandonada una parte de la artillería, que los caballos, faltos de forrajes, ya no podian arrastrar.

Hasta entonces el emperador i la vanguardia de su ejército habian marchado sin encontrar ninguna oposicion; pero no fué asi con los demas cuerpos del centro i retaguardia. Estas dos divisiones se vieron continuamente inquietadas por enjambres de cosacos, que llevaban consigo una especie de artillería ligera montada sobre trineos, que seguia todos sus movimientos i arrojaba un diluvio de balas sobre las columnas francesas, al paso que los ataques de aquella caballería irregular precisaban con mucha frecuencia á los franceses á hacer alto para formarse en línea ó en batallon cuadrado para defenderse. El paso de los rios, cuyos puentes estaban rotos; los caballos i los carros derribados bajando por sus orillas escarpadas, i los vados pantanosos, en los cuales hombres i caballos caían estenuados, aumentaban frecuentemente la confusion. Sin embargo, como las dos divisiones todavia no habian tropezado con tropas regulares rusas, pasaron la noche del 2 de noviembre con una engañosa tranquilidad, á dos leguas de Wiazma, en donde Ney las estaba esperando para juntarse con ellas. Aquella noche fatal, Miloradowitch, uno de los mas osados, mas emprendedores i mas activos entre los generales de Alejandro, á quien los franceses llamaban por apodo *el Murat ruso*, llegó con la vanguardia de las tropas regulares rusas, apoyado

de Platoff i muchos millares de cosacos, siendo el precursor de Koutousoff i de todo el grande ejército ruso.

Cuando el viejo general supo que el plan del emperador era retirarse por Gjatz i Wiazma, inmediatamente hizo un movimiento sobre la izquierda á su propia retirada, i llegó de Mala Yarowslavetz por caminos de travesía. Los rusos llegaron al amanecer al lugar de la accion, atravesaron la línea de marcha del príncipe Eugenio, i aislaron su vanguardia, mientras que los cosacos se arrojaron como un torbellino sobre los rezagados i los bagages del ejército, i los dispersaron por la llanura con la punta de sus lanzas. Al virey le socorrió un regimiento que Ney le envió de Wiazma, á pesar de que él mismo estaba muy apurado, i su retaguardia logró libertarla Davoust que avanzó apresuradamente.

La batalla duró casi desde las siete de la mañana hasta la noche, i entonces Eugenio i Davoust atravesaron Wiazma con el resto de sus divisiones, perseguidos por los rusos, casi mezclados en sus filas, cuyo ejército entró en aquella ciudad á paso acelerado, con el estrépito de los tambores i todas las señales de una victoria. Las divisiones francesas, despues de haber pasado el rio que tiene el mismo nombre que la ciudad, protegidas por la obscuridad de la noche se establecieron en la orilla izquierda. Esta jornada habia sido muy aciaga para los franceses, aunque su honor permaneció intacto: habian perdido unos cuatro mil hombres.

Entretanto el virey recibió una órden de Napoleon previniéndole que abandonase el ca-

mino recto de Smolensko, que era el que debían seguir los cuerpos de Davoust i de Ney, i que se dirigiese ácia el norte sobre Dowkhowtchina i Poreczie para apoyar al mariscal Oudinot del cual se sabia que se encontraba entonces muy apretado por Wittgenstein, que como luego veremos habia vuelto á tomar la ofensiva en el norte de la Rusia. Obedeciendo el virey á esta órden, adoptó la nueva direccion que se le encargaba, i marchó ácia Zasselie, perseguido, vigilado, é inquietado por su ordinario séquito de escitas.

Una nube inmensa de cosacos, con Platoff á su frente, acompañó en todos sus movimientos al virey i al ejército de Italia. Cualquiera que se apartaba de la columna inevitablemente caía en sus manos. Eugenio pasó una noche en Zasselie sin haber experimentado ninguna pérdida considerable; pero avanzando los franceses hasta Dowkhowtchina, hubieron de atravesar el rio Wop, que las lluvias habian engrosado fuertemente, i cuyas márgenes escarpadas estaban muy resbaladizas á causa de las heladas. El virey hizo pasar su infantería con la mayor dificultad, pero hubo de abandonar á los cosacos veinte i tres cañones i todos sus bagages. Los infelices italianos, mojados de pies á cabeza, se vieron precisados á pasar una noche fatalísima, al sereno en la otra orilla, i muchos perecieron. Por la mañana siguiente, la columna tiritando de frio, medio desnuda i siempre perseguida, llegó á Dowkhowtchina en donde se esperaba encontrar algun alivio; pero los franceses fueron recibidos por una nueva nube de cosacos que

salieron precipitadamente de la ciudad con artillería.

A pesar de su resistencia el príncipe Eugenio se abrió paso con mucho valor para entrar en la ciudad, i se estableció en ella por la noche; pero como habia perdido sus bagages i la mayor parte de su artillería, su caballería estando casi enteramente destruida, se encontró sin fuerzas para marchar ácia Witepsk para sostener á Oudinot, i aun cuando hubiera estado en comunicacion con él no hubiera podido prestarle ningun socorro. En esta situacion desesperada resolvió el virey reunirse con el ejército grande, i con este intento marchó ácia Wlodimerowa, i de ahí pasó á Smolensko, en donde llegó en un estado muy deplorable el dia 13 de noviembre, siempre inquietado por los cosacos, habiéndose juntado en el camino con el mariscal Ney como luego lo diremos.

En tanto el emperador habia hecho alto en Stakawo los dias 3 i 4 de noviembre, i pasó la noche del 5 en Dorogbouje.

El dia 6 de noviembre principió aquel terrible invierno de Rusia, cuyos horrores aun no habian experimentado los franceses, aunque el tiempo habia sido frio i amenazador. El sol ya no se dejó ver mas, i la densa niebla que cubria la columna de marcha pronto se cambió en un diluvio de nieve, que cayendo en abundantes copos helaba i cegaba á un mismo tiempo á los soldados. Sin embargo, bien ó mal continuó la marcha, pues los soldados redoblaban sus esfuerzos, i caían por último en las quebradas que no descubrian por la nueva faz que iba tomando la naturaleza. Los que con-

formándose con la disciplina conservaban sus filas, podían tener alguna esperanza de socorro; pero en la masa de los rezagados cada uno no pensaba más que en su propia conservación: los corazones se habían endurecido i cerrado á todo sentimiento de compasión i de piedad, sentimiento que el egoísmo de la prosperidad algunas veces hace olvidar, pero que casi siempre lo sofoca el de un grande infortunio general. Un viento impetuoso que empezó á levantarse hacia volar la nieve en torbellinos al rededor de la cabeza de los soldados, no menos la que cubria la tierra que la que estaba cayendo. Un crecido número cayeron i encontraron su sepultura en la misma nieve, bajo la cual permanecieron enterrados hasta el verano siguiente que sus tristes restos aparecieron de nuevo á la luz del dia. Entretanto algunas pequeñas eminencias que se veían por ambos lados del camino, indicaban el destino de aquellos infelices, sepultados entre la nieve.

Solo la palabra Smolensko, que se repetía de fila en fila, sirvió de talisman para sostener el valor de los soldados. Habían aprendido á repetir aquel nombre como si indicase el parage en donde debían volver á encontrar abundancia i descanso. Contaban con aquella ciudad, como con un depósito de provisiones de toda especie, i principalmente de aquellas de que habían carecido con tantas marchas forzadas, primero en Wilna i luego en Moscou. Con esta esperanza continuaron, pues, su retirada con un valor que la misma tempestad de nieve no pudo abatir. También contaban con un refuerzo de treinta mil hombres bajo las órdenes de Victor



que esperaba su llegada en Smolensko; pero un concurso de circunstancias desgraciadas habia hecho disponer de esta division para otro punto.

El mismo dia fatal 6 de noviembre, recibió Bonaparte la noticia de acontecimientos de la mayor parte, i que concordaban demasiado con las tempestades que le rodeaban. El uno era la conspiracion singular de Malet, tan notable por el éxito momentáneo que obtuvo, como por la manera no menos repentina con que fué desbaratada. Su pensamiento le condujo naturalmente ácia París, con la conviccion de que no podia todo ir bien en un imperio en donde semejante revolucion habia estado tan á pique de tener buen resultado. De otra parte le llamó la atencion su situacion presente con la funesta noticia de que Wittgenstein habia tomado la ofensiva, batido á Saint-Cyr, tomado Polotsk i Witepsk i reconquistado toda la línea del Dwina. Este era un obstáculo inesperado á su retirada, i procuró evitarlo mandando á Victor que partiese de Smolensko con la division de que acabamos de hablar, i rechazase inmediatamente á Wittgenstein mas allá del Dwina.

Descubrióse en fin la tan deseada Smolensko. Al ver sus fuertes murallas i sus elevadas torres, todos los rezagados del ejército, tres veces mas numerosos entonces que los que guardaban sus filas, se precipitaron ácia la ciudad; pero en vez de apresurarse á recibirlos, sus conciudadanos que estaban de guarnicion en ella, les cerraron las puertas con horror, pues su estado de confusion i desorden, sus

barbas largas, su sociedad, sus gritos de impaciencia, i sobre todo su flaqueza, su aire hambriento i su aspecto feroz, les hacian parecer bandidos mas bien que soldados. Por último llegó la guardia imperial, abrieron las puertas, i la multitud entró detrás. Distribuyéronse raciones á los guardias i al corto número de soldados que habian marchado en orden, pero entre aquella multitud de rezagados que no podian dar ninguna cuenta ni de ellos mismos, ni de sus regimientos, i que no tenian entre ellos ningun oficial responsable, varios perecieron mientras estaban sitiando en vano las puertas de los almacenes. Tal fué la distribucion de víveres que se habian prometido. En cuanto á refugio no habia ninguno; pues como ya hemos dicho, Smolensko habia sido incendiada por los rusos, i los soldados no tenian para cubrirse la cabeza sino unos miserables cobertizos, apoyados sobre las paredes ennegrecidas que todavía existian; pero por lo menos era un abrigo i un lugar de descanso en comparacion del campamento al aire libre sobre un colchon de nieve. Los rezagados, precisados por el hambre, se reunieron á sus banderas, i asi obtuvieron su parte en la distribucion regular de las raciones, i empezó á restablecerse una especie de orden i de disciplina en la primera division del ejército grande.

El centro, conducido por Davoust, que habia dejado la retaguardia á Ney, continuó avanzando de Wiazma á Dorogobouje; pero en este parage sus apuros llegaron al último extremo, bajo la influencia reunida del mal tiempo, el

enemigo i el mismo desaliento de aquellos hombres que el hambre precisaba á separarse de sus banderas para buscar vanamente con que satisfacerla, i que su debilidad no les permitia luego volverse á reunir á sus regimientos. Un crecido número cayeron en manos de los paisanos, que unas veces los mataban, i otras los despojaban dejándoles en medio del camino enteramente desnudos.

La retaguardia bajo las órdenes de Ney sufrió todavia mas, todas las casas habian sido quemadas, antes que pasasen sus tropas, las cuales sufrieron tanto mas de parte de los enemigos, quanto que eran los últimos franceses contra quienes podian saciar su venganza. Sin embargo, Ney continuó desplegando una resolucion i firmeza raras; fué atacado al pasar el Dnieper, i quizás todo estaba perdido en una escena de confusion general, cuando el mariscal tomando un fusil para animar á los pocos soldados que pudo determinar á tenerse firmes, consiguió hacer pasar una parte de su retaguardia, contra la esperanza de los rusos i contra todos los temores de la desesperacion francesa. Pero en aquel funesto encuentro perdió una gran parte de su artillería i un considerable número de soldados. No podemos dar mas que un bosquejo de la fatal retirada de Ney; por todas partes se veía ostigado por el mismo sistema de guerra que fatigaba á sus soldados i disminuía su número; i cada instante que podian dispensarse de combatir, debian aprovecharlo para adelantarse ácia Smolensko. Ney se acercaba á esta ciudad el dia 13 de noviembre, cuando vió repentinamente

las alturas de su izquierda que se cubrieron de una multitud de fugitivos en el mayor desorden, á los cuales una horda de cosacos perseguía i acuchillaba á toda satisfaccion; habiendo conseguido rechazar á los cosacos, lo primero que se le presentó á la vista fué el ejército de Italia á que pertenecian aquellos fugitivos. Este cuerpo de ejército, como ya hemos dicho, venia de Dowkhowtchina para ir á Smolensko, i caminaba, como era costumbre, continuamente inquietado por los cosacos. En el paso del Wop los soldados habian perdido sus bagages, las pocas provisiones que tenian, su artillería i su caballería; sin embargo conservaban sus filas con bastante regularidad, i solo á los que se habian separado les perseguian los cosacos, los hacian prisioneros, herian ó mataban á su antojo.

Estos infelices fugitivos no bien descubrieron el ejército de Ney, cuando corrieron á ampararse bajo su proteccion, i de este modo metieron en las filas del mariscal el miedo de que estaban poseídos. Soldados i rezagados todos se precipitaron ácia el Dwina, en el cual habia un puente que pronto se llenó por el crecido número de los que querian pasarle á un tiempo. Los franceses perdieron mucha gente, pero Eugenio i el infatigable Ney presentaron al fin un frente de defensa, i rechazaron á los cosacos que habian atacado de nuevo; estaban tan cerca de Smolensko que Napoleon pudo enviarles refuerzos i víveres durante la accion. En fin, Ney i el virey se desembarazaron de los enemigos i entraron en Smolensko, en donde Davoust habia ya encon-

trado un refugio. El ejército de Napoleon estaba entonces enteramente reunido; le dió cinco dias para consumir las provisiones que pudieron encontrarse en la ciudad, i prepararse á los terrores de una nueva retirada; pero aunque este plazo era indispensable, las malas noticias que seguian llegando de todas partes no permitian prolongar este intervalo de descanso. Ahora debemos explicar mas menudamente los acontecimientos que habian pasado en los extremos flancos de la línea de marcha de Napoleon, en donde los rusos, como ya hemos dicho, habiendo recibido considerables refuerzos, habian tomado la ofensiva, con el objeto de comunicar entre sí i obrar de comun acuerdo para cortar la retirada al ejército grande.

El dia 18 de agosto habia batido Saint-Cyr á Wittgenstein i tomado á Polotsk; por consiguiente la guerra por aquel lado no habia sido muy activa. El ejército frances se habia establecido en un acampamento fortificado, en el cual se habian construido barracas para los soldados, i lo habian defendido con buenos atrincheramientos; pero durante la guerra de partidas que hubo de sostener por espacio de dos meses consecutivos, Saint-Cyr tuvo grandes pérdidas, al paso que el ejército de Wittgenstein se duplicó con los reclutas que le llegaron. Por último desembarcó en Riga el general Steingel con dos divisiones del ejército ruso de Finlandia que ascendian á mas de quince mil hombres, i despues de algunos movimientos con Macdonald, que no tuvieron ningun resultado, se puso en marcha para unirse con Wittgenstein; i con este refuerzo el general ruso em-

pezó á tomar la ofensiva con mucho vigor. El dia 17 de octubre las guardias avanzadas francesas fueron rechazadas en el campo atrincherado de Polotsk, i el 18 el mismo campo fué atacado con furor, i los reductos que lo protegian ganados i perdidos varias veces consecutivas: los franceses se quedaron dueños de ellos, pero Saint-Cyr salió herido, i su situacion se hizo muy precaria. En efecto, el dia siguiente 19 de octubre, Wittgenstein renovó su ataque por la orilla derecha, al paso que Steingel, avanzando por la otra orilla, ame nazaba de ocupar Polotsk i su puente, i encerrar de esta suerte á Saint-Cyr en su campo atrincherado.

Felizmente para el general frances, la noche i una densa niebla le permitieron atravesar el rio, pasar á la orilla izquierda, i realizar de esta manera una retirada que Steingel no pudo precaver; pero independientemente de la pérdida del campamento, i de la importante plaza de Polotsk, que ocuparon los rusos el dia 20 de octubre, se introdujo la discordia entre el general bávaro Wrede i Saint-Cyr. Cuando este último quedó herido, el mando en gefe debia pertenecer al bávaro; pero los demas generales franceses no quisieron someterse á este sustituto, i Saint-Cyr, á pesar de sus heridas, se vió precisado á continuar ejerciendo las funciones de general en gefe.

La division francesa ciertamente hubiera quedado cortada, si Victor, que se hallaba entonces en Smolensko con un ejército de veinte i cinco mil hombres, destinados á cubrir el país, no hubiese recibido una orden de Napoleon, con fecha del dia 6 de noviembre, para

ir á reforzar á Saint-Cyr, que por este medio volvió á recobrar su superioridad numérica sobre Wittgenstein. Napoleon encargó despues á Oudinot, como mas osado, que tomase el mando del duque de Belluno, i mandó á Eugenio que marchase de Wiazma ácia Dowkhowtchina para reforzar aquel ejército. La marcha de Eugenio salió fallida, como ya lo hemos dicho, por la pérdida que experimentó en el paso del Wop, i se vió en la precision de dirigirse ácia Smolensko, en donde llegó en la mas deplorable situacion.

Mientras que Tormasoff i Schwartzenberg se observaban reciprocamente en las márgenes del Styr, dos cuerpos menos numerosos de rusos i polacos, hacian demostraciones hóstiles en el mismo país. El príncipe Bagration, cuando dejó las márgenes del Dwina, no habia retirado todas las tropas rusas de sus inmediaciones: habia dejado en Bobruisk una guarnicion considerable, que primeramente tuvo sitiada la caballería francesa á las órdenes de Latour Maubourg, i luego despues, cuando éste recibió la orden de reunirse con Napoleon, el general polaco Dombrowski.

Así estaban ocupados los ejércitos cuando el almirante Tchitchakoff, que de resultas de la paz con la Turquía pudo evacuar la Moldavia, avanzó ácia la Volhinia con cincuenta mil hombres, con el objeto de cooperar con Tormasoff i Ertell, i definitivamente obrar de concierto con Wittgenstein para cortar la retirada á Bonaparte.

El dia 14 de setiembre se verificó la importante reunion de los ejércitos de Tormasoff

i de Tchitchakoff, i teniendo ya sesenta mil hombres, fuerzas superiores á las que podian oponerles los franceses, austriacos i polacos, pasaron el Styr, i se adelantaron ácia el granducado de Varsovia, al paso que Schwartzenberg, no sin alguna pérdida, se retiraba á las orillas del Bug.

El príncipe Czernicheff partió con su escolta de escitas para llevar al ejército de Wittgenstein la noticia de los movimientos del de Moldavia. El camino recto entre estos dos ejércitos rusos lo tenia ocupado el ejército franco austriaco, i para evitar este obstáculo, Czernicheff se dirigió ácia el oeste, se internó bastante en la Polonia, é hizo un circuito bastante prolongado para rodear todo el ejército de Schwartzenberg. Marchando con una rapidez extraordinaria por los caminos mas aislados i secretos, atravesó el interior de la Polonia, tan solícito de evitar una poblacion cuyas disposiciones no eran amistosas, como los numerosos destacamentos enemigos.

Esta expedicion extraordinaria fué señalada por una circunstancia singular. El lector debe tener presente la prision del general Winzingerode delante del Kremlin. Winzingerode i otro general ruso fueron enviados, con una buena escolta, de Moscou á Wilna, para conducirlos luego á París. Mientras que el ilustre prisionero continuaba en Polonia su viage tan triste como involuntario, sin ninguna esperanza ya de libertad ni de escaparse, vió en la margen de un bosque la cara de un hombre que se retiró con tanta prontitud, que apenas su vista práctica tuvo tiempo de reconocer el gorro



i la lanza de un cosaco. Brilló á sus ojos un rayo de esperanza, que se cambió en certeza cuando una partida de cosacos precipitándose fuera del bosque, destruyó la escolta i libertó á los prisioneros. Czernicheff continuó su expedicion sin accidente, i retrocediendo del lado del Éste con tanta prontitud i sagacidad como osadía, llegó felizmente al cuartel general de Wittgenstein, cuyo ejército estaba entonces acampado entre Witepsk i Tchakniki; le llevó noticias del ejército de Moldavia, é instrucciones sobre el modo con que debia cooperar con aquel para que tuviese buen resultado el plan de cortar la retirada de Napoleon sobre la Polonia.

Napoleon con los tristes restos de su grande ejército estaba en medio de las ruinas de la incendiada ciudad de Smolensko, en la cual no podia permanecer, aunque reducido, para seguir su marcha, á echar mano de recursos casi desesperados. El grande ejército ruso le esperaba de flanco para atacar sus columnas al primer movimiento que hiciesen, i si se escapaba del enemigo huyendo, todas las ciudades de la Polonia que tenia en frente, i en donde estaban los acopios que habia hecho para sus tropas, estaban en poder de los rusos; en fin, los dos ejércitos de Tchitchakoff i de Wittgenstein estaban en posicion sobre el Berecina para interceptar su marcha. Encerrado entre los que le perseguian i los que le esperaban al paso para precisarle á retroceder; falto de caballería para resistir á las hordas de cosacos que por todas partes le ostigaban; con muy poca artillería para oponerla á la de los rusos, ¡cuan pocas esperanzas tenia de salvarse!

---

---

## CAPITULO II.

### RESUMEN DEL CAPITULO II.

NAPOLEON DIVIDE SU EJÉRCITO EN CUATRO CUERPOS QUE SALEN DE SMOLENSKO PARA RETIRARSE ÁCIA POLONIA.—MILORADOWITCH ATACA LA DIVISION DEL VIREY, QUE SE REUNE CON NAPOLEON EN KRASNOI DESPUES DE HABER SUFRIDO UNA GRAN PERDIDA.—KOUTOUSOFF ATACA Á LOS FRANCESES EN KRASNOI, PERO SOLO CON UN CAÑONEO LEJANO.—LA DIVISION DE DAVOUST SE REUNE Á NAPOLEON EN MUY TRISTE ESTADO.—NAPOLEON MARCHA ÁCIA LIADY.—MORTIER I DAVOUST SON ATACADOS I ESPERIMENTAN UNA PÉRDIDA CONSIDERABLE.—RETIRADA DE NEY.—PASA EL LOSMINA PERDIENDO MUCHOS HOMBRES I BAGAGES, I SE JUNTA CON NAPOLEON EN ORCZA CON SU DIVISION REDUCIDA Á MIL I QUINIENTOS HOMBRES.—TODO EL EJÉRCITO GRANDE QUEDA REDUCIDO Á DOCE MIL HOMBRES EFECTIVOS, I TREINTA MIL REZAGADOS.—EMBARAZO I CRUEL SITUACION DE BONAPARTE I DE SU EJÉRCITO.—NAPOLEON MARCHA ÁCIA BORIZOFF, I ENCUENTRA LOS CUERPOS DE VICTOR I OUDINOT.—PASA NAPOLEON EL BERECINA EN STUDZIANKA.—WITTGENSTEIN CORTA LA DIVISION DE PARTOUNEAUX.—COMBATE SERIO EN LAS DOS ORILLAS DEL RIO.—PÉRDIDA ESPANTOSA DE LOS FRANCESES AL PASARLO.—SEGUN EL PARTE OFICIAL DE LOS RUSOS, DESPUES DEL DESYELO SE ENCONTRARON TREINTA I SEIS MIL CADÁVERES EN EL BERECINA.

## CAPITULO II.

Cercadó Napoleon, como llevamos dicho, en las ruinas de Smolensko, i hallándose casi enteramente agotados los débiles medios que ofrecia la ciudad para la subsistencia i abastecimiento de su ejército, debió ocuparse de examinar con seriedad de que lado haria una tentativa para escaparse. Habiendo sabido la pérdida de Witepsk, ciudad que le habia proporcionado la entrada, i teniendo noticia de que Wittgenstein se hallaba en posesion de la línea del Dwina, se decidió naturalmente á tomar el camino de Wilna por Krasnoi, Borizoff i Minsk. En cada una de estas dos últimas ciudades habia un depósito de las provisiones que mas necesitaba, i no sabiendo aun lo que habia sucedido en el sud de la Lituania, podia esperar encontrar el ejército austro-sajon á las órdenes de Schwartzenberg dueño de las orillas del Berecina.

Empezó por organizar su ejército, tan bien como se lo permitian las circunstancias. Se hallaba reducido á unos cuarenta mil hombres, con un tren de artillería i bagages desproporcionados para tan pequeño número, á pesar de haber dejado ya atrás una gran parte de bagages i trescientos i cincuenta cañones. El emperador dividió aquella fuerza en cuatro cuerpos, que debian partir de Smolensko con la diferencia de un dia del uno al otro. Se puso á la cabeza del primero, compuesto de seis mil

hombres de su guardia i de un número casi igual de soldados, restos de diferentes cuerpos, los cuales se amalgamaron en batallones, lo mejor que pudo hacerse en semejante caso. Partió esta division de Smolensko en la noche del 13 de noviembre i madrugada del 14.

Hasta la noche del 15 á una hora muy descompasada, no pudo reunirse la division del virey Eugenio, casi de igual fuerza que la de Napoleon; pero inferior por lo demas, puesto que no tenia ningun cuerpo de la guardia imperial. Entonces se pusieron en camino los desgraciados que la componian, embaucados con las promesas de una feliz llegada á Lituania, país á que solo habia de llegar un número muy corto de aquellos infelices.

El 16 se puso en marcha Davoust con otra cuarta parte del ejército grande, compuesta de diez mil hombres sobre poco mas ó menos, despues de haber tenido una discusion un poco acalorada con Ney, que hubiera querido acelerar su marcha.

Ney se quedó hasta el 17 de noviembre. Encargado por la segunda vez de la arriesgada comision de cubrir la retirada, comision que habia cumplido con tanta admiracion entre Wiszma i Smolensko, se habia aumentado su division con cerca de cuatro mil hombres de la guardia imperial, con los cuales podia contarse, aun en las circunstancias mas desesperadas, porque estaban mejor mantenidos que las demas tropas, i tenian que sostener su antigua reputacion. Antes de salir los franceses de la ciudad, obedecieron la órden que les habia dado el emperador, de volar las torres

que rodeaban á Smolensko, para que en lo sucesivo no sirviesen de obstáculo á un ejército frances, segun se esplicó el mismo Napoleon. Tal era el lenguaje de aquel hombre extraordinario, que parecia querer preparar los medios de volver á entrar en Rusia, en el momento en que solo se trataba de saber si él ó un solo individuo de todo su ejército podria salir de aquel país fatal.

Miloradowitch con una numerosa vanguardia se adelantó sobre el camino real de Smolensko á Krasnoi. Bonaparte habia ya llegado á este último pueblo á la cabeza de su division; pero Eugenio, que conducia la retaguardia de la columna, se halló cortado; se le intimó que rindiese las armas, proposicion que el virey desechó con valor. En el mismo instante, todas las alturas de los alrededores fueron como otros tantos volcanes que hacian llover torrentes de fuego sobre los franceses é italianos; no obstante conservaron su terreno con un valor sin resultado. Hubo muchos muertos i prisioneros, i la division quedó casi enteramente destruída.

A pesar de todo continuó el virey defendiéndose hasta que la noche, aliada del partido mas débil, viniese á protegerle. Entonces, á la cabeza de su division, disminuída de la mitad, abandonó el camino real dejando sus hogueras encendidas para engañar al enemigo, i caminando por el campo raso, despues de grandes pérdidas i fatigas inesplicables, se reunió con Napoleon en Krasnoi, adonde llegó por un camino de travesía. El *quien vive* de una centinela, durante aquella delicada ma-

niobra, hubiera podido consumir la pérdida de toda la division; oyóse, pues, aquel grito; se salió de este mal paso por la presencia de espíritu de un polaco, que respondió á la centinela en ruso, i la impuso silencio haciéndola creer que era el cuerpo de Owaroff, empleado en una expedicion secreta.

En fin, al otro dia por la mañana, el 17 de noviembre, llegó Eugenio al cuartel general de su padre político, que habia estado muy inquieto por su causa. Luego que se reunió con el emperador la division de Eugenio, despues de la pérdida que habia experimentado, el total de sus tropas no pasaba de quince mil hombres. No obstante, hecha esta reunion, el genio activo de Napoleon desplegó su ascendiente, en medio de circunstancias tan desfavorables. En la noche del 15 al 16 habia encargado al general Roguet que con un destacamento de la guardia jóven desalojase un destacamento ruso que se habia acercado demasiado; i habiendo de este modo enseñado á los cazadores á respetar la caverna del leon, tomó la resolucion atrevida de quedarse en Krasnoi contra la voluntad del ejército ruso, hasta que se le reuniesen los destacamentos de Davoust i Ney.

El 17 al amanecer Eugenio, cuya division habia quedado fuera de servicio con la batalla del dia anterior, estuvo encargado de avanzar ácia Liady, mientras que Napoleon sacando su espada, i diciendo que ya habia hecho el papel de emperador, pero que iba á encargarse otra vez del de general, se puso á la cabeza de seis mil hombres de su guardia, seguido de Mortier, que tenia á sus órdenes

cinco mil hombres, para resistir á las fuerzas que Koutousoff tuviese á bien enviar contra él, cualquiera que pudiese ser la desigualdad del número. El nombre de Napoleon protegía casi solo su ejército. Los franceses sufrieron á la verdad el fuego de cien piezas de artillería al cual no podían responder, i cargas de caballería que no tenían medios de rechazar; pero á pesar de los vacíos que las balas dejaban en sus filas, i de que algunos de sus batallones en cuadro fuesen rotos por la caballería, aun no se atrevió Koutousoff á arriesgar un ataque sério contra Napoleon.

La batalla, ó el cañoneo de Krasnoi, se concluyó con la llegada de Davoust i su columna, rodeada i seguida por un numeroso cuerpo de cosacos, de quienes procuraba desprenderse por una marcha precipitada. Pidiendo Napoleon noticias de Ney i de la retaguardia, tuvo el disgusto de saber que probablemente estaba aun el mariscal en Smolensko; ó que si estaba en camino, debía hallarse rodeado de dificultades de que era imposible que pudiese salir bien. Recibió tambien aviso de que los rusos desplegaban mas vigor; que el príncipe Galitzin estaba á punto de ocupar á Krasnoi, i que, si no marchaba á toda prisa sobre Liady, era muy probable que hallase al enemigo en posesion de aquella plaza. A pesar de lo encantado que estuviese Napoleon de conservar su posicion para proteger la aproximacion de Ney, vió entonces que persistiendo en aquel designio, no haría mas que esponerse á mayor peligro él i su ejército, sin poder, segun todas las probabilidades humanas, ser de ninguna

utilidad al mariscal. Con este convencimiento, se puso á la cabeza de su guardia vieja para marchar cuanto antes sobre Liady, á fin de apoderarse del pueblo, i asegurarse al mismo tiempo el paso del Dnieper, que de otro modo hubiera estado cerrado para él. Encargó á Davoust i Mortier la defensa de Krasnoi hasta la noche si era posible, i de aprovechar la obscuridad de la noche para seguirle; la retirada de Napoleon pareció romper el encanto que habia adormecido á los rusos i reanimado á los franceses; dirigieron aquellos un ataque muy vivo contra la segunda i tercera division, i Mortier i Davoust tuvieron mucho trabajo en llegar á Liady, despues de haber sufrido gran pérdida. Para completar el desastre, la division de Ney tuvo todo el ejército ruso entre ella i Napoleon, de resultas de la marcha de las demas columnas sobre Liady. Ahora nos falta hablar de la retirada de aquel célebre guerrero.

El 17 de noviembre salió Ney de Smolensko á la cabeza del último cuerpo del ejército de invasion, teniendo á sus órdenes de siete á ocho mil hombres en estado de batirse, dejando á sus espaldas cinco mil enfermos i heridos, i seguido de rezagados á quienes habia forzado á ponerse en marcha el cañon de Platoff, que habia entrado en la ciudad en el instante que salió Ney. Avanzaron sin mucha dificultad hasta que llegaron al campo de batalla de Krasnoi, donde vieron todos los restos de una accion sangrienta i montones de cadáveres. Por los uniformes reconocieron los cuerpos del ejército de Napoleon de que habian



hecho parte, aunque no hallasen á nadie para decirles que se habia hecho de los que habian sobrevivido á aquella accion. No estaban todavia muy distantes de aquel sitio fatal, cuando se acercaron á las orillas del Losmina, donde el enemigo habia hecho á su gusto sus preparativos para recibirlos. Allí se hallaba Miloradowitch á la cabeza de una fuerza considerable i una espesa niebla fué la causa de que la columna de Ney llegase hasta bajo las baterías de los rusos, antes de saber que tenia que correr peligro alguno.

Un oficial ruso se avanzó solo é invitó á Ney á capitular: »Un mariscal de Francia no se rinde jamas,» respondió el intrépido militar. Se retiró el oficial, i las baterías rusas principiaron un fuego de metralla, á la sola distancia de cerca de ciento i veinte toesas. La alteracion de la atmósfera disipó la niebla, é hizo ver la desgraciada columna francesa teniendo en frente un barranco protegido por los enemigos, i espuesto por todas partes al fuego de sus artilleros, mientras que las alturas estaban cubiertas de soldados rusos apostados para sostener las baterías. Muy lejos de perder valor en una situacion tan peligrosa, se abrieron los guardias de Napoleon un camino por en medio del barranco del Losmina, con una rara intrepidez, i se arrojaron con furor sobre las baterías rusas; estos á su vez cargaron á la bayoneta, i padecieron cruelmente los que habian pasado el rio. A pesar de haberse malogrado aquella tentativa, no por eso dejó de persistir Ney en querer abrirse un paso á viva fuerza por en medio de aquel cuerpo enemigo

superior que le estaba opuesto de frente. Los franceses se precipitaron de nuevo sobre las baterías, perdiendo filas enteras, que inmediatamente se reemplazaban con los compañeros de los que caían. Aquel ataque fué tan desgraciado como el primero, i viendo Ney que no era ya dudoso el destino general de su columna, trató por lo ménos de salvar algunos restos del naufragio. Habiendo reunido cerca de cuatro mil hombres escogidos, se separó del resto de su division, se puso en marcha á la sombra de la noche, é hizo un movimiento retrogrado, como si tuviese designio de volverse á Smolensko. Este era en efecto el único camino que tenia abierto, pero no le siguió mucho tiempo; porque desde que llegó á un arroyo que parecia deber desaguar en el Dnieper, tomó su curso por guia, i llegó sin accidente alguno á las orillas de aquel rio, cerca del pueblo de Syrokovenia. Allí encontró el único sitio en donde la superficie del agua estaba helada completamente, á pesar de que el hielo era tan delgado que se le oía rechinar bajo los pies de los soldados.

Tres horas se concedieron para dar á los rezagados que se habian estraviado durante aquella marcha nocturna, el tiempo de reunirse en aquel parage, si tenian la dicha de encontrarle. Ney pasó aquellas tres horas en el mas profundo sueño, acostado en la orilla del rio i embozado en su capa. Luego que se concluyeron las tres horas, empezó el paso del rio i se continuó sin interrupcion, á pesar de que el movimiento del hielo i el sonido espantoso que se oía al deshacerse hiciesen titubear al mas

bravo soldado. Los carros, entre los cuales habia algunos cargados de enfermos i heridos, probaron tambien el pasar, pero el hielo se rompió con su peso; i el ruido que metieron al undirse i los lamentos sofocados de los infelices de los ahogados anunciaron á los soldados la suerte de sus compañeros. Bien pronto parecieron los cosacos á la retaguardia segun su costumbre, cogieron algunos cientos de prisioneros, i se apoderaron de la artillería i de los bagages.

No obstante, el mariscal á la cabeza de una tropa reducida á mil i quinientos hombres, se abrió un camino con las armas en la mano hasta Oreza, ciudad adonde Napoleon habia ido desde Liady, despues de haber pasado el Dnieper. Ney llegó el 20 de noviembre, i encontró allí á Eugenio, Mortier i Davoust. El emperador le llevaba entonces dos leguas de delantera; Napoleon saludó á Ney llamándole el *valiente de los valientes*, título que no podia disputársele; i declaró que habria dado sus tesoros por haberse asegurado que existia. Sus compañeros se apresuraron á recibirle i remediar sus necesidades; entonces se hallaban en Polonia, los víveres no escaseaban tanto, i generalmente estaban mas á gusto.

En aquella época se hallaba ya reunido el ejército que en Smolensko contaba todavia cuarenta mil hombres; apenas se componia entonces de doce mil que mereciesen el nombre de soldados i conservasen la disciplina; tanto habian aclarado las filas de aquellas legiones invencibles el frio i la miseria mas que el acero; ademas, pasaban tal vez de treinta mil los rezagados de toda especie, pero nada ó casi nada

añadian á la fuerza del ejército, pues no servian mas que para aumentar el número, no se sujetaban á ninguna regla de disciplina, i robaban el país sin piedad.

Como ya no podia hablarse de Minsk, cuya plaza habian tomado los rusos, Napoleon dirigió sus miras sobre Borisoff. Habia en esta ciudad un puente sobre el Berecina, de trescientas toesas de largo, i del cual le parecia importante apoderarse para poder definitivamente escaparse de Rusia. Pero mientras que reflexionaba sobre el movimiento que deberia hacer luego que hubiese pasado el Berecina en Borizoff, le sorprendió todavia otra mala noticia. Se hallaban en poder del enemigo aquella ciudad i el puente de que tanto necesitaba. Borizoff estaba ya ocupado, i Dombrowski habia sido derrotado bajo sus muros.

„¡Está, pues, escrito, dijo levantando los ojos al cielo i dando golpes en la tierra con su baston, está escrito que ya no harémos mas que yerros!”

Napoleon no habia todavia dejado advertir tan evidentemente cuan penetrado estaba de la crítica situacion á que él mismo se habia reducido. Estudiando el mapa para buscar en él un parage el mas á propósito para pasar el Berecina, apuntó con el dedo el país de los cosacos, i se le oyó murmurar: „¡Ah! César XII! ¡Pultawa!” Pero eran momentáneas aquellas exclamaciones que le arrancaba el conocimiento de su posicion; estaban tomadas todas sus resoluciones con calma i firmeza, i con el íntimo sentimiento de lo que se debia á los que le acompañaban.

Se decidió por último que á despecho de Tchitchakoff i de su ejército, que ocupaba la orilla izquierda, se probaria el paso del Berecina mas abajo de Borizoff, en un sitio que llamaba Studzianka, donde no tiene aquel rio mas que cincuenta i cinco toesas de ancho i seis pies de profundidad.

El primer relámpago de mejor fortuna se debió al feliz éxito de Victor i Oudinot. Avanzaban estos con la esperanza de salvar á Borizoff, cuando supieron que Wittgenstein habia derrotado á Dombrowski, i que los rusos victoriosos perseguian en sus cercanías los restos de su ejército. Oudinot reunió inmediatamente bajo su proteccion á los polacos esparcidos, i marchando contra la vanguardia de los rusos, los rechazó haciéndoles experimentar una pérdida considerable. De resultas de aquel descalabro, se vió Wittgenstein obligado á abandonar á Borizoff, i poner otra vez el Berecina entre él i los franceses. Pero volviendo á pasar aquel rio, tuvo cuidado de cortar el puente de Borizoff, de modo que á pesar de que aquella ciudad estuviese en poder de los franceses, no pudiese servirles para efectuar su paso; i cuando supo el emperador aquella noticia, se vió precisado á sujetarse al plan de pasar el Berecina en Studzianka como mejor pudiese.

Entretanto, i como medida preparatoria, redujo el emperador todos los oficiales, aun los de mas alto grado, á tener un solo coche, i mandó que se destruyesen los carros, para poder emplear todos los caballos i bueyes de tiro en el transporte de los cajones i piezas de artillería. Otra medida que indica todas las nece-

sidades imperiosas del momento, tenia relacion con los oficiales que aun conservaban sus caballos. De mil i ochocientos hombres de que constaba la caballería mandada por Latour Maubourg, á su salida de Smolensko, se hallaba reducida á ciento i cincuenta. Para llenar aquel vacío, cerca de quinientos oficiales, los únicos que quedaban montados, formaron un cuerpo que se llamó el *escuadron sagrado*, i que hizo su servicio cerca de la persona del emperador. Grouchy i Sebastiani tuvieron el mando de aquel cuerpo, en el cual los oficiales servian en clase de soldados, i los generales de division en la de capitanes. Pero no se pasó mucho tiempo sin que la fatiga i la falta de forrages, que no respetan clase ni condicion, hubiesen desmontado la mayor parte del escuadron sagrado.

Hallándose por este medio el ejército un poco reorganizado, i habiendo tomado algunas fuerzas, gracia á la mejora de los víveres i á la cesacion de los campamentos al sereno desde la batalla de Krasnoi, entró entonces en los inmensos bosques de pinos que cubren el curso del Berecina, para ocultar mejor al enemigo su marcha aventurada. Dirigíase éste ácia Borizoff, cuando resonaron grandes gritos en los bosques, i esparcieron desde luego la confusion en las filas, inspirando la idea de que habian sido ocasionados por un ataque imprevisto. Pero aquel temor se cambió bien pronto en alegría, cuando se vió que estaban próximos á reunirse al ejército de Victor i Oudinot, de una fuerza de cincuenta mil hombres, en el mejor estado, que de nada carecian. No obs-

tante , por grande que fuese la alegría del ejército grande , apenas fué igual á la sorpresa de las tropas que llegaban , cuando reconocieron los restos de aquellos soldados numerosos que habian dejado esplendidamente equipados , i que entonces su traje , su ayre i su marcha los hubieran podido comparar á unos esqueletos salidos del sepulcro. Desfilaron por delante de sus camaradas mas dichosos , con unos rostros que espantaban ; sus uniformes estaban remplazados con ropages de muger , i con todos los andrajos que cada uno habia podido procurarse ; sus pies estaban descalzos i ensangrentados , i en vez de zapatos estaban cubiertos con guñapos muy asquerosos. Parecia haber desaparecido toda la disciplina ; ya no daban órdenes los oficiales ; el soldado no obedecia ya. Solo el sentimiento de un peligro comun los tenia unidos i les inclinaba á esforzarse para avanzar ; una misma fatiga hacia que todos reposasen al rededor de las mismas hogueras ; pero en cuanto á lo demas , lo poco de disciplina que les quedaba era el efecto del instinto mas bien que el del deber , i en muchas ocasiones le olvidaron enteramente.

No obstante , el ejército de los dos mariscales , aunque apenas habian vuelto de su admiracion , se reunió con las filas del ejército grande ; i como si el desórden hubiera sido contagioso , bien pronto manifestó disposiciones de sacudir el yugo de aquella disciplina militar que desconocian sus nuevos compañeros. Pero mientras que Napoleon avanza ácia el Bercina , es preciso hablar de los movimientos de los rusos.

La gloria i los trofeos que habia recogido durante la marcha del ejército grande frances, habian bastado para satisfacer enteramente á Koutousoff; i en el hecho, habia de que poder colmar la ambicion reducida que podian suponerle en aquella edad avanzada que inspira ordinariamente el deseo de conservar mas bien que el de adquirir. Del 15 al 19 de noviembre se habian apoderado los rusos de doscientas veinte i ocho piezas de artillería, habian hecho veinte i seis mil prisioneros, entre ellos trescientos oficiales, sin hablar de diez mil hombres perdidos en diferentes acciones ó muertos de fatiga. Contento con estas ventajas, el prudente veterano llegó, á pequeñas jornadas á Kopin sobre el Dnieper, sin atravesar aquel rio, i sin tratar de favorecer la defensa del Berecina, atacando la retaguardia del enemigo.

No por esto dejó de sufrir el ejército ruso grandes pérdidas. No tenian entonces, segun dicen, menos de treinta mil hombres enfermos ó heridos fuera de servicio, aunque la mayor parte se restablecieron despues.

Napoleon en su inminente riesgo no tenia que temer mas que la oposicion de Tchitchakoff, cuyo ejército, fuerte de treinta i cinco mil hombres, se habia apostado en las orillas del Berecina, para impedir el paso de Bonaparte por cualquiera parte que intentase verificarle. Mirando Tchitchakoff como cierto que Napoleon haria la tentativa de pasar el Berecina mas abajo de Borizoff, no pudo dejarse convencer que podia tentarse igualmente el paso mas arriba de aquella ciudad. Napoleon por medio de los informes i noticias que le habian



transmitido los judíos, quienes por dinero servían de espías á los dos partidos, logró confirmar á Tchitchakoff en la creencia de que no hacia mas que una ficcion sobre Studzianka, con el objeto de impedir que los rusos dirigiesen su atencion mas abajo sobre el Berecina. Jamas salió mejor ninguna estratagema.

El mismo dia que Napoleon se preparaba para pasar el rio en Studzianka, en lugar de cuidar Tchitchakoff de lo que ocurría mas arriba de Borizoff, no solamente bajó á lo largo del Berecina con todas las fuerzas que estaban á sus órdenes inmediatas, sino que tambien ordenó á la division de Tschaplitz, compuesta de seis mil hombres, i que precisamente vigilaba el parage donde Napoleon tenia intencion de echar sus puentes, que abandonase aquella posicion, i marchase tras de él siguiendo el curso del rio. Esta era exactamente la orden que Bonaparte hubiera dictado al general ruso, si la cosa hubiera estado en su mano.

Cuando los franceses llegaron á Studzianka, su primer cuidado fué el de preparar dos puentes, trabajo que fué acompañado de muchos peligros i dificultades. Se ocuparon en ello toda la noche, esperando ser saludados por la mañana por las baterías del destacamento de Tschaplitz que guarnecian las alturas de que ya hemos hablado, en la orilla opuesta. Los generales franceses, i principalmente Murat, miraron el peligro como tan inminente que apresuraron á Bonaparte para que se confiase á la fidelidad de algunos polacos que conocian el país, i les abandonase á su destino, proposicion que Napoleon desechó como indigna

de él. Los franceses trabajaron en los puentes toda la noche; todavía estaban poco adelantados, i la artillería de los rusos los hubiera destruido con facilidad. Pero ¿cual fué la alegría i la sorpresa de los franceses cuando á los primeros rayos del dia vieron que los rusos estaban en plena marcha para abandonar su posicion? Aprovechándose Bonaparte de su marcha, hizo que pasase el rio á nado un cuerpo de caballería llevando cada soldado un cazador en las ancas, i de este modo puso un pie al otro lado de aquella barrera peligrosa. Una gran parte del ejército de Victor habia vuelto á subir el rio por el lado de Studzianka, mientras que la última division ocupaba todavía á Borizoff, que se hallaba en poder de aquel mariscal. Esta era una retaguardia para proteger el ejército de Napoleon en el crítico momento del paso, contra cuya interrupcion era de esperar por parte del cuerpo de Wittgenstein.

Durante los dias 26 i 27, hizo Napoleon que una parte de sus tropas pasase el Berecina, formando la vanguardia las de Oudinot. Bien pronto se estableció allí aquel mariscal tan bien, que reconociendo su error Tschaplitz, i habiendo hecho un movimiento retrogrado para volver á tomar su importante posicion en Studzianka, halló en ella á los franceses apostados muy fuertemente para poder volver á hallar la ocasion que habia perdido. Se detuvo pues, en Stakhowa, i esperó allí refuerzos i órdenes. Durante este tiempo, continuaba el paso del Berecina, con lentitud á la verdad, porque eran inmensos el número de los rezagados i la

cantidad de bagages; sin embargo al mediodia ya habian pasado el rio Napoleon i sus guardias. Victor, cuya division formaba la retaguardia del ejército grande, habia tomado el lugar de la guardia imperial en la orilla izquierda, i Partouneavx, que formaba la retaguardia de todo el ejército, salió de Borizoff, en donde se habia quedado para llamar ácia aquel punto la atencion del enemigo. Apenas habia salido de aquella ciudad cuando los rusos se apoderaron de nuevo de ella, entrando Platoff en el mismo instante. Ultimamente, la division de Partouneaux se vió abrumada por fuerzas superiores, i se rindió despues de una resistencia obstinada. Cayeron en poder de Wittgenstein tres generales, su artillería, i cerca de siete mil hombres, segun los informes de los rusos; presa tanto mas preciosa, quanto la mayor parte de los prisioneros pertenecian á la division de Victor, que no estaba ni aniquilada ni desordenada, i que tenia ochocientos hombres de hermosa caballería en buen estado.

Para aprovecharse de aquella ventaja echaron los rusos un puente de pontones sobre el Berecina en Borizoff; i habiéndose puesto en comunicacion Tchitchakoff i Wittgenstein, resolvieron dar un ataque simultaneo sobre ambas orillas, i Wittgenstein i Platoff marchaban sobre Studzianka para aniquilar la retaguardia del emperador, la cual no habia podido aun efectuar el paso, á pesar de todos los esfuerzos de Napoleon i sus generales. Asi pues bien lejos de creerse Napoleon ya seguro, parecia ver que los peligros se multiplicaban en su derredor; pero por el lado del Berecina,

que ocupaba entonces, es decir, sobre la orilla izquierda, su presencia de espíritu i el valor de sus soldados le dieron una superioridad decidida.

Pudieron en fin los franceses abrirse un camino ácia un pueblo llamado Brelowau, por en medio de profundos pantanos, pasando por largas calzadas, especies de puentes construidos con troncos de pinos, en donde un ataque sério hubiera imposibilitado su marcha. Mientras tanto se representaba en la orilla derecha la escena mas horrorosa i terrible que la guerra pueda presentar jamas.

Victor, que mandaba la retaguardia de los franceses, compuesta de unos ocho á diez mil hombres, se hallaba en las alturas de Studzianka para cubrir la retirada por los puentes. La derecha de aquel cuerpo de ejército estaba apoyado en el rio; un barranco lleno de matorrales cubria el frente, pero el ala izquierda estaba sin apoyo; se hallaba *al aire*, segun la frase militar, i cubierta por dos regimientos de caballería. Detrás de aquella línea defensiva, estaban millares de rezagados mezclados con aquella clase de gentes que ordinariamente marchan á la cola de los ejércitos, i con los infelices que por diversos motivos, habiendo acompañado á los franceses desde Moscou, habian sobrevivido á los horrores de una marcha. Véanse mugeres, niños i viejos, entre aquella multitud errante, en las orillas de aquel rio fatal, como los espectros que segun la fábula se amontonan en las orillas de la laguna Estigia, i procuran en vano atravesarla. La falta de orden, que era imposible mantener,

la cortadura de los puentes, el tiempo que se necesitaba para repararlos, los temores que retenian á aquellos desgraciados en el instante de arriesgar aquel peligroso paso en medio de semejante gentío, todo habia concurrido para detenerlos en la orilla derecha. Los bagages, á pesar de los que ya se habian perdido, i á despecho de la dificultad de transportarlos i de las órdenes precisas de Napoleon, formaban todavia un inmenso número de carros, gale-  
ras i coches de toda especie, aumentados con los bagages de las tropas de Oudinot i Victor; una parte marchaba ácia los puentes, otra estaba desordenada en la orilla del rio. Lo mismo sucedia con la restante artillería.

Tal era la situacion de las cosas cerca de los puentes, cuando Wittgenstein, despues de su victoria sobre Partouneaux, avanzando ácia la orilla izquierda del Berecina, empeñó un combate terrible con la retaguardia mandada por Victor, i empezaron á caer las balas de cañon de los rusos en medio de aquella masa confusa i desordenada, que hemos tratado de describir. Entonces fué cuando aquel cuerpo todo entero de rezagados i fugitivos, se precipitó á un mismo tiempo sobre los puentes con la ceguedad de la desesperacion, habiendo sofocado todo sentimiento de prudencia ó de humanidad por el instinto que inclina á cada uno á pensar en su propia conservacion. Aquella horrible escena de desórden se hizo todavia mas horrorosa, con la violencia desesperada de los que decididos á abrirse un camino á toda costa, atropellaban i hollaban con sus pies todo cuanto se oponia á su paso. Los hombres

débiles i sin socorro se retiraban del apretón i se sentaban á un lado para esperar su suerte, ó mezclándose en el tropel eran arrojados al río, despachurrados por las ruedas de los carruages, tal vez heridos á sablazos por sus compañeros, ó estropeados con sus pies para abrirse paso. Durante todo aquel tiempo, continuaba la acción con furor; i como si el cielo hubiera querido mezclar su cólera con la rabia de los hombres, se levantó un huracán que añadió nuevos terrores á una escena tan lamentable por sí sola.

A eso del mediodía empezaron los franceses á perder terreno, aunque todavía resistían con valor; los rusos, que llegaban sucesivamente en fuerza, lograron ganar el barranco, i les obligaron á tomar posición mas cerca de los puentes. Casi á la misma hora se rompió el puente grande, que se había construido para la artillería i los carros pesados; i el gentío que le pasaba se precipitó en el agua. El grito general de agonía de aquella multitud desesperada se oyó mas que el estrépido de los elementos, que los rayos de la guerra, el silvido de los vientos i los *hourras* prolongados i temibles de los cosacos. Aquella escena horrosa duró hasta media noche; un gran número de desgraciados fueron empujados en el río helado, otros se arrojaron á él voluntariamente, sea por desesperación, sea con la débil esperanza de pasar á nado á la otra orilla; i si algunos lo lograron, no fué sino para perecer de frío i de estenuación. Luego que oscureció, Víctor abandonó el puesto que había defendido con tanto valor, i á su vez pasó el

rio con el resto de sus soldados, cuyo número se había disminuído considerablemente. Durante toda la noche continuó el puente cubierto de una multitud confusa espuesta al fuego de la artillería de los rusos, á quienes en la misma obscuridad servia de apunte el ruido que acompañaba á su marcha. Al amanecer pegó fuego al puente el general Eblée, ingeniero frances, i cayó en poder de los rusos cuanto quedaba en la otra orilla, incluso un gran número de prisioneros i una cantidad considerable de cañones i bagages. Jamas se ha conocido con exactitud la pérdida total de los franceses; pero el informe de los rusos, con relacion á los cadáveres que se recogieron i quemaron luego que el desyelo lo permitió, dice que fueron mas de treinta i seis mil los que perecieron en el Berecina.

---

## CAPITULO III.

## RESUMEN DEL CAPITULO III.

NAPOLEON SE DECIDE Á VOLVERSE Á PARÍS. — SALE DE SMORGONI EL 5 DE DICIEMBRE. — LLEGA Á VARSOVIA EL 10. — ENTREVISTA CURIOSA CON EL ABATE DE PRADT. — LLEGA Á DRESDE EL 14; I Á PARÍS EL 18 Á MEDIA NOCHE. — ESTADO HORRIBLE DEL EJÉRCITO GRANDE DESPUES DE LA SALIDA DE NAPOLEON. — LLEGA Á WILNA, DE DONDE LE ECHAN LOS COSACOS. — HUYE ÁCIA KOWNO. — DISENSIONES ENTRE LOS GENERALES FRANCESES. — POLÍTICA PRUDENTE DE LOS AUSTRIACOS Á LAS ÓRDENES DE SCHWARTZENBERG. — SITUACION PRECARIA DE MACDONALD. — SE RETIRA SOBRE TILSIT. — YORK SE SEPARA DE LOS FRANCESES. — RETIRADA DE MACDONALD Á KOENISBERG. — FIN DE LA ESPEDICION DE RUSIA EN LA QUE PERDIERON LOS FRANCESES DE CUATROCIENTOS Á QUINIENTOS MIL HOMBRES ENTRE MUERTOS I PRISIONEROS.

## CAPITULO III.

Luego que el ejército de Bonaparte se halló reunido al otro lado del Berecina, se declararon todos los síntomas de una desorganizacion completa. El puente de Brelowau, donde



hizo noche despues de haber efectuado el paso, fué enteramente destruido para encender las fogatas del campo con las maderas con que estaban construidas las casas. La misma suerte cupo á una parte considerable del cuartel general de Bonaparte, i con mucha dificultad se salvó de la soldadesca su propio cuarto. Apenas puede vituperarse aquella falta de disciplina, porque la noche era mortalmente fria; i entre los desgraciados que estaban mojados i arrecidos de frio, porque se habian caído en el rio helado, hubo muchos que se tendieron en el suelo aquella noche, i no se levantaron jamas.

El 29 de noviembre abandonó el emperador las orillas fatales del Berecina, á la cabeza de un ejército mas desorganizado que nunca; porque muy pocos soldados del cuerpo de Oudinot, i apenas uno solo del de Victor, que sobrevivian aun, pudieron resistir al contagio del desórden general. Todos los cuerpos marchaban sin ninguna disposicion regular, no teniendo ya vanguardia, centro ni retaguardia, en fin, como si fuesen rebaños. Los soldados solo deseaban correr mas que los rusos, i á pesar de eso todos los dias sorprendian un gran número de ellos los cosacos i los partidarios. Dichosamente para Napoleon, habia tenido el duque de Bassano la precaucion de enviar ácia las orillas del Berecina una division de franceses mandada por el general Maison, que bastó para formar una retaguardia, i proteger aquella masa de fugitivos en desórden i sin defensa. De este modo llegaron á Malodeczno el 3 de diciembre,

Allí descubrió Bonaparte á sus principales confidentes su resolucion de abandonar el ejército i marcharse á París. La reciente conspiracion de Malet le habia convencido de que era allí necesariamente su presencia. \*

Tomado aquel partido, mandó Napoleon que se hiciesen en Smorgoni los preparativos de su marcha, teniendo intencion de quedarse en Malodeczno hasta que se le reuniese el general Maison i la retaguardia, que se hallaba á una jornada de distancia detrás del cuerpo principal. Esperó, pues, su llegada. Por fin se vió llegar á Maison, pero teniendo á sus espaldas á Tschaplitz i los rusos. El frio era tan escesivo (el termómetro marcaba veinte grados bajo cero), que no tuvieron mas que escaramuzas.

El 5 de diciembre estaba Bonaparte en Smorgoni, donde recibió un nuevo refuerzo que llegaba muy á tiempo. Era el general Loison, que se habia avanzado á la cabeza de la guarnicion de Wilna, para proteger su retirada en aquella ciudad; socorro muy oportuno, que suministró una nueva retaguardia para reemplazar la que mandaba Maison, que el frio i el cansancio habian puesto fuera de servicio, como igualmente á todos cuantos habia protegido desde las orillas del Berecina hasta Smorgoni. Loison recibió orden de encargarse de aquel deber peligroso, i por consiguiente la de quedar, segun costumbre, á una jornada de distancia de los restos de lo que habia sido ejército grande.

---

\* Mas adelante hallará el lector los detalles de aquella trama singular.

Arreglado de este modo el órden de la marcha, Napoleon se decidió á partir. Se habian preparado tres trineos, en uno de los cuales debia colocarse con Caulaincourt, cuyo nombre tenia intencion de tomar, viajando de incógnito, á pesar de que su exterior ofrecia una diferencia notable, siendo el duque de Vicencio alto, flaco i estirado. En una audiencia general, en que se hallaban presentes el rey de Nápoles, el virey de Italia, Bertier i los mariscales, anunció Napoleon que dejaba á Murat para mandar el ejército como generalísimo. Habló el language de la esperanza i de la confianza. Ofreció contener las disposiciones hostiles de los austriacos i prusianos, presentándose á ellos á la cabeza de la nacion francesa i de un millon i doscientos mil hombres. Dijo que habia mandado á Ney que fuese á Wilna, reorganizase el ejército, i diese un golpe capaz para quitar á los rusos las ganas de avanzar mas lejos. En fin, les aseguró que encontrarian cuarteles de invierno detrás del Niemen. Entonces se despidió afectuosamente de cada uno de sus generales, uno detrás de otro, i subiendo en su trineo, imágen verdadera del barco pescador de Jerges, salió de Smorgoni á las diez de la noche.

Cuales fueron las sensaciones de aquel hombre extraordinario, abandonando los restos de su ejército, es lo que no tenemos ni siquiera medio de conjeturar. Durante su extremo apuro, todo su exterior habia anunciado la mayor firmeza; de modo que las espresiones de pesadumbre ó de irritacion que se le soltaban alguna vez, eran recibidas i anotadas por los

que las oían como escepciones curiosas á su estado de calma ordinario.

Despues de haber estado muy próximo á que le hiciese prisionero el partidario ruso Sesslawin, en un pueblo llamado Youpranoui, llegó Napoleon á Varsovia el 10 de diciembre. En esta ciudad trataba el abate de Pradt, entonces ministro de Francia cerca de la dieta de Polonia, de conciliar los diversos rumores que llegaban de todas partes, cuando vió entrar en su aposento una especie de fantasma envuelta en unas pieles endurecidas con los hielos, i apoyada sobre un criado: no dejó de costarle trabajo al embajador reconocer al duque de Vicencio.

„Ah! ¡este es Caulaincourt! dijo el prelado sorprendido; ¿i donde está el emperador?

—En la fonda de Inglaterra os está esperando.

—¿Porqué no se ha apeado en el palacio?

—Viaja de incógnito.”

Habiendo satisfecho en fin su curiosidad, se apresuró el abate de Pradt á ir á la fonda de Inglaterra; vió en el patio tres trineos medio rotos, el uno para el emperador i Caulaincourt, el segundo para dos oficiales generales, i el tercero para el mameluco Roustan i otro criado. Fué introducido con un aire de misterio en un mal aposento de una mala fonda, donde se ocupaba una criada en encender lumbre con leña verde. Allí estaba el emperador, á quien volvía á ver el abate de Pradt por la primera vez, desde que habia hecho el papel de rey de los reyes entre los soberanos reunidos en Dresde. Llevaba una le-

vita verde, adornada con alamares de oro i guarnecida de pieles; i paseándose apresuradamente por el aposento, trataba de procurarse el calor que le negaba la chimenea. Saludó al señor embajador, como él le llamaba, con un aire de buen humor. El abate sintió un movimiento de sensibilidad á que estaba dispuesto á entregarse; pero, como dice, «el infeliz no se apercibió de ello;» ciñó, pues, la espresion de su adhesion á ayudar á Napoleon á quitarse su levita. Por lo que respecta á nosotros, nos hallamos inclinados á creer que, si Napoleon rechazó las efusiones de interés que el arzobispo de Malines tomaba por él, fué porque hacia poco caso de ser el objeto de su interés ó de su compasion. Supo por su ministro que el espíritu de los habitantes del gran ducado habia cambiado mucho desde que se les habia conducido á desesperar de la regeneracion de su país, i que puesto que los polacos no podian ser libres, buscaban los medios de reconciliarse con sus antiguos amos los prusianos. La llegada de dos ministros polacos interrumpió las comunicaciones del embajador. Desde aquel momento, solo Napoleon hizo el gasto de la conversacion, ó por mejor decir, principió un monólogo en el cual se traslucia el temor que tenia de que el mal éxito de su espedicion de Rusia dañase á su reputacion, mientras que luchaba contra aquella conviccion penosa, haciendo la enumeracion de los medios que tenia para reparar sus pérdidas, i alegando los obstáculos que le habia opuesto la naturaleza, á los cuales se habia visto precisado á sucumbir.

» Es preciso formar diez mil cosacos polacos, dijo, i detener la marcha de los rusos. Una lanza i un caballo serán suficientes; de lo sublime á lo ridículo no hay mas que un paso. »

Las autoridades le felicitaron por haberse libertado de tantos peligros.

» ¡Tantos peligros! repitió; no he tenido ninguno. Yo vivo en la agitacion; cuanto mas enredo, me va mejor. Los reyes de cucaña engordan en sus palacios; yo engordo á caballo i en los campos. De lo sublime á lo ridículo no hay mas que un paso. En lances peores me he visto. . . . En Marengo fuí batido hasta las seis de la tarde, i por la mañana siguiente era dueño de la Italia. . . . En Essling, quiso detenerme aquel archiduque. . . . Publicó no sé qué. . . . Mi ejército se habia adelantado ya de hora i media. . . . Ni siquiera me digné dar disposiciones. . . . Es sabido lo que vale mi presencia. . . . No pude impedir que el Danubio creciese diez i seis pies en una noche. . . . ¡ Ah! sin eso se habia concluido la monarquía austriaca; pero estaba escrito en el cielo que debia casarme con una archiduquesa (esto lo dijo con un gran aire de buen humor). Lo mismo que en Rusia no pude impedir que helase. Todas las mañanas me decian que habia perdido diez mil caballos durante la noche. . . . ¡ I bien, buen viaje, aun no se han muerto las yeguas! » Se despidió de ellos cinco ó seis veces en el discurso de aquella arenga; pero siempre volvió á su objeto. » Nuestros caballos normandos no son tan duros como los de los rusos. . . . No resisten á diez grados de frio (bajo cero):

no sucede lo mismo con los hombres: vean vmds. los bávaros; no queda uno tan siquiera. Dirán tal vez que me he quedado mucho tiempo en Moscou, esto puede ser cierto; pero el tiempo era hermoso.... El invierno ha venido antes de lo acostumbrado.... Además de que yo esperaba hacer la paz. El 5 de octubre envié á Lauriston para tratar de ello.... Habia pensado ir á Petersburgo, tenia tiempo para ello, i volverme á las provincias meridionales de la Rusia ó á Smolensko. I bien, se ocupará á Wilna; he dejado allí á Murat. ¡Ah! ¡ah! esta es una escena política. Quien nada arriesga, nada tiene.... De lo sublime á lo ridículo no hay mas que un paso. Los rusos han hecho ver que tienen carácter.... Todo el pueblo adora á su emperador.... Tienen nubes de cosacos.... Algo es poseer un imperio semejante.... Los paisanos de la corona son afectos á su gobierno.... La nobleza está montada á caballo.... Me han propuesto que manumitiese á los esclavos, pero yo no he querido consentir en ello.... Hubieran hecho pedazos á todo el mundo.... Yo hacia una guerra en regla al emperador Alejandro; pero ¿quién hubiera esperado un golpe como el del incendio de Moscou? Ahora le atribuyen á nosotros; pero ellos son ciertamente los autores. Este sacrificio hubiera hecho honor á la antigua Roma.”

Apagóse el fuego; los consejeros escuchaban con una desesperacion helada, i acalorándose el emperador, parte andando, parte por el fuego de su discurso, continuó su monólogo, tan pronto dejando escapar, á pesar suyo, ideas i

sentimientos que hubiera querido ocultar; tan pronto apoyando lo que deseaba hacer creer á los demas; i repitiendo muy á menudo, por refran de su arenga, el aforismo que él ha inmortalizado sobre lo poco que dista lo sublime de lo ridículo.

En fin, se decidió buenamente á ponerse en camino; cortó la conversacion para ahorrarles los cumplimientos que le hacian deseándole un buen viage, asegurando con brevedad que »aunque no quisiese el diablo, cada vez iria mejor;» i montó en el humilde trineo que conducia á Cesar i su fortuna. Echaron á andar los caballos, pensaron volcar el coche saliendo de la puerta, i desaparecieron en la obscuridad.

Tal es la relacion animada que hace el abate de Pradt, quien declara solemnemente, que despues de haber recorrido bien su memoria no le acusa ni olvido ni falta de exactitud. No niega Napoleon la certeza de aquella larga conversacion, pero pretende que el abate ha hecho de ella una caricatura. Sea como quiera, garrapateó, segun dice, una orden al señor embajador, para que inmediatamente se volviese á París, i en vista de lo que acababa de suceder en Rusia, i de lo que iba á pasar en Polonia, debió recibirse aquella orden con tanto mayor placer, cuanto que parecia deberse apoyar bien pronto con las lanzas de los cosacos.

Napoleon continuó su viage con la mayor celeridad posible; estando en Santa Elena, dijo que habia faltado muy poco para haber sido detenido en Silesia. »Pero, añadió él mismo, los prusianos pasaron en deliberar el tiempo



que hubieran debido emplear en obrar. Se condujeron como los sajones, de quienes dijo jocosamente Carlos XII, saliendo de Dresde: «Hoy deliberarán si hubieran debido hacerme detener ayer.»

No obstante, Napoleon continuaba viajando con secreto i rapidéz. El 14 de diciembre estaba en Dresde, donde tuvo una larga conferencia particular con el buen rey anciano, cuyo reconocimiento ácia el emperador, su bienhechor, no se habia resfriado con motivo de los reveses que este habia sufrido. Aquella entrevista, bien diferente de la anterior, se verificó en la posada donde se apeó Bonaparte, i adonde Augusto fué á verle de incógnito. Llegó á París el 18 por la noche: se hallaba aquella ciudad dos dias habia en una grande agitacion causada por el recibo del boletin veinte i nueve, en el cual, con una especie de repugnancia, descorria el emperador el velo que ocultaba todos los desastres de la guerra de Rusia.

No se nos reprenderá tal vez el detenernos en circunstancias demasiado minuciosas, si decimos que Napoleon i el que le seguia tuvieron alguna dificultad en hacerse abrir tan tarde las puertas de Tullerías. La emperatriz se habia retirado á su habitacion; entraron en la antecámara dos hombres vestidos de pieles, i uno de ellos se adelantó ácia la puerta de la alcoba de María Luisa. La dama de servicio se arrojó precipitadamente entre aquel intruso i la puerta; pero reconociendo á Napoleon, dió un gran grito, i sobresaltada la emperatriz salió á la antecámara. Su entrevista

fué estremamente afectuosa , i prueba que en medio de todas las pérdidas que acababa de hacer Napoleon , le quedaba todavia la felicidad doméstica.

Pero volvamos al ejército grande , ó mas bien á la reunion de los que habian hecho parte de él , porque apenas quedaba la apariencia de un ejército. Los soldados de la guardia imperial , que hasta entonces se habian jactado de conservar alguna disciplina , no quisieron obedecer ya á ningun gefe desde la marcha de Napoleon. Murat , á quien se habia delegado el mando , apenas parecia ejercerle , i nadie le escuchaba. Si Ney i algunos mariscales conservaban todavia alguna autoridad , debian agradecerla á la costumbre , i á un instinto de disciplina que se despertaba en el momento en que se trataba de pelear. Apesar de eso no podian organizar ninguna defensa seria , i sus tropas hubieran sido infaliblemente hechas pedazos i dispersadas sin las de Loison , que siguieron formando la retaguardia , i que no habiendo estado jamas en la orilla oriental del fatal Berecina , habian conservado , en medio de grandes padecimientos , bastante disciplina para mantener sus filas , conducirse como soldados , i hacerse respetar. La division de Loison era como un escudo que protegia la retirada desordenada del principal cuerpo de ejército.

No obstante , es tan esencial algun grado de orden á toda sociedad humana , que aun en aquella masa desorganizada , los rezagados , que componian en aquel entonces casi todo el ejército , se dividian en pequeñas partidas que

se ayudaban unas á otras, i que tenian algunas veces el socorro de un miserable caballo. Si el animal sucumbia con el peso de la carga, era destrozado i devorado mientras que la vida palpitada todavia en sus venas. Los gefes de aquellas partidas se escogian entre sus mismas filas. Pero aquella especie de union, aunque ventajosa en general, tenia tambien sus inconvenientes. Los que estaban filiados en alguna de aquellas cofradias, no hubieran dado á ninguno de los que no hacian parte de ellas un bocado de pasta de harina de centeno, que, sazonado con un poco de pólvora de cañon en lugar de sal, formaba, con la carne de caballo cocida, su principal i mejor alimento. No consentian que un estraño se arri-mase á calentarse á su hoguera; i cuando encontraban algun botin, se veía muy á menudo batirse dos de aquellas compañías, particularmente cuando eran de países distintos, sobre cual quedaria dueña de él. Un puñado de harina era una tentacion para matar al desgraciado que no estaba en estado de defenderla. Se asegura, i deseamos de todo nuestro corazon que no fuese cierto, que los prisioneros pasaban todas las noches en las quintas, sin hacerles ninguna distribucion de víveres, i que como bestias embargadas, perecian de hambre, de frio, i del delirio furioso que les causaba semejante tratamiento. Algunos de aquellos desgraciados degeneraron en canibales, i á los franceses mismos se les ha echado en cara aquel horrible modo de proceder.

Para colmo de males tan espantosos, el dia 6 de diciembre aumentó el frio, que durante

algun tiempo era soportable, hasta 18 i 20 grados bajo cero. Los unos caían i espiraban sin hablar palabra; la sangre de los otros se subia á la cabeza por falta de circulacion, les salia por los ojos i la boca, i cayendo los desgraciados sobre la nieve ensangrentada, encontraban en la muerte el término de sus sufrimientos. Por la noche i en los bivaques, aproximaban los soldados sus miembros pasmados tan cerca del fuego, que durmiéndose en aquella posicion, se quemaban los pies hasta los huesos, al paso que el hielo pegaba sus cabellos á la tierra. En aquella situacion los hallaban los cosacos muy á menudo, i dichosos los que concluían su vida de una lanzada. Otros horrores pasaban tambien que será mejor callar; bastante hemos dicho para probar que jamas habia manchado las páginas de la historia una calamidad semejante. En aquella horrible retirada se habian reunido al ejército veinte mil reclutas desde que habia pasado el Berecina; ó por mejor decir, constaba aquel de ochenta mil hombres, comprendiendo los cuerpos de Oudinot i Victor. Pero la mitad de aquel número pereció entre el Berecina i los muros de Wilna.

Tal era el estado en que se hallaba el ejército cuando llegó á aquella ciudad, donde se habian hecho inmensos acópios para recibirle. Los almacenes estaban llenos hasta arriba; pero, lo mismo que sucedió en Smolensko, temiendo por su responsabilidad los administradores i comisarios, no se atrevieron á suministrar víveres á una multitud desordenada que no podia autorizar la distribucion de las raciones, ni dar un recibo en regla. Los des-

graciados hambrientos caían en la calle á las puertas de los almacenes, perecian alli de desfallecimiento, i maldecian, exhalando su último suspiro, la exactitud mal entendida que negaba á los hombres que morian de hambre el bocado que hubiera podido salvarles la vida. En otros parages, la soldadesca desesperada echaba abajo las puertas de los almacenes de comestibles i bebidas, i robaba i devastaba cuanto encontraba. Muchísimos se emborracharon, cayeron en la calle, i en ella ballaron el fin de su vida antes que el de la borrachera. Los enfermos que se iban á los hospitales los vieron llenos no solamente de moribundos, sino de muertos, cuyos cadáveres dejaban se helasen ó pudriesen en las escaleras i corredores, i algunas veces hasta en la sala de los que sobrevivian: tales eran los consuelos que Wilna les proporcionaba, despues de haber sido el objeto de tantas esperanzas.

A pesar de todo, movidos algunos habitantes á piedad, temor ó codicia, porque muchos soldados tenian todavia encima de ellos algunos restos del pillage de Moscou, se manifestaron dispuestos á abrigar i mantener á aquellas fantasmas vivientes que pedian uno i otro tan pronto con las amenazas i las imprecaciones del furor, tan pronto con el lamento de los moribundos. Tambien principiaron á hacerse distribuciones en los almacenes públicos; i aquellos hombres, que despues de tanto tiempo no habian tenido un pedazo de pan, cuya única cama habia sido la tierra helada, i cuya cabeza no se habia cubierto sino con la bóveda del firmamento de donde caía

nieve continua, se creyeron en un paraíso cuando volvieron á encontrar la menor parte de aquellas comodidades de la vida á las cuales se piensa tan poco cuando se gozan, i que se echan de menos con tanta viveza cuando se vé uno privado de ellas en todo ó en parte. Algunos lloraban de alegría al recibir el pan de municion i cuando se veían libres de sentarse á la mesa bajo cubierto.

El ruido de un cañoneo, al principio muy lejano, interrumpió repentinamente aquella comida, que parecia ofrecer la garantía de la vuelta á la seguridad i á la vida social; luego fué aproximándose el ruido de momento en momento, despues por las cargas de la fusilería, i últimamente por el sonido de los tambores que tocaban llamada en las calles de la ciudad. Pero era en vano la llamada; hasta la guardia imperial se hizo sorda. Los soldados estaban cansados de vivir, i parecia que semejantes á los judíos en el desierto, no deseaban mas que morir con la boca llena. En fin los *hourras*, que todavia no se distinguian bien, i el grito mas cercano de ¡*Los cosacos!* ¡*los cosacos!* que desde mucho tiempo era la señal mas eficaz para hacerles poner en camino, les forzaron á dejar sus guaridas i precipitarse en las calles. En ellas encontraron la retaguardia mandada por Loison; aunque reforzada con el cuerpo de los bávaros á las órdenes de Wrede (habia quedado aquella tropa en las fronteras de la Volhinia), entraba en la ciudad con todo el desórden consecuente á una derrota: se supo que habia sido rechazada por Wittgenstein, Platoff i otros partidarios rusos, quienes la

habian perseguido hasta las puertas de la ciudad.

Ademas de los inmensos almacenes que pertenecian al ejército frances, habia en Wilna un depósito considerable de dinero i de riquezas que se habia formado alli cuando el ejército marchó sobre Moscou, i particularmente un tesoro que pertenecia á Napoleon. La ciudad, aunque abierta, hubiera podido sostenerse hasta que se hubiesen quemado los almacenes i llevado los bagages; pero fué tal la confusion del momento, que los rusos se abrieron la entrada de Wilna por un lado, mientras los franceses salian por el otro, dirigiendo su huida sobre Kowno, con la parte mas preciosa de sus bagages, ó por lo menos con lo que se halló mas pronto para seguirles. Los habitantes de la ciudad, es decir las clases inferiores, i particularmente los judíos, creyeron entonces hacer su corte á los vencedores despedazando á los desdichados que habian recibido en sus casas, ó despojándolos i echándolos desnudos en medio de las calles. Dicen que en seguida castigaron los rusos aquella barbaridad cometida por los judíos, i que hicieron prender á muchos.

A pesar de todo, la columna de los fugitivos habia llegado á una altura i á un desfiladero llamado Ponari. Alli se enredaron los carros unos con otros, i últimamente se volcó uno de los furgones cargados de dinero, se hizo pedazos, i dió á luz su cargamento. Desde aquel instante desapareció toda la disciplina; i como si hubieran querido adelantarse á los rusos, se abalanzaron los mismos soldados

franceses sobre los bagages, rompieron los furgones, i se apropiaron cuanto contenian. Llegaron los cosacos en aquel momento de desorden; pero á la vista de un botin tan rico olvidaron su animosidad nacional, se pusieron á robar juntamente con los soldados franceses, i no quisieron perder su tiempo en batirse cuando parecia que habia alli bastantes riquezas para contentar á todo el mundo. No obstante, los soldados de la guardia imperial dieron un ejemplo raro de honor i disciplina. Habiendo el conde de Turena rechazado á los cosacos que le rodeaban, distribuyó el tesoro privado de Napoleon entre sus guardias, quienes despues lo restituyeron fielmente. »Ni siquiera se perdió una sola moneda,» dice Segur. No obstante, parte de aquel hecho debe haber sido algo exagerado; porque un gran número de soldados de la guardia imperial perecieron inmediatamente, i los cosacos, que fueron sus ejecutores testamentarios, poco pensarían ciertamente en restituirlo.

Es inútil seguir por mas tiempo la huída de aquel desgraciado cuerpo de soldados errantes. Llegaron por último á Kowno, última ciudad de la Polonia rusa, tratando Ney por si solo de darles algunas órdenes i algunos socorros, mientras que á cada paso le abandonaban i se abandonaban ellos mismos. Parece que en Kowno habia todavía cerca de mil hombres sobre las armas, i tal vez veinte mil en un estado de completo desorden. Pareció que los rusos cesaron de perseguirlos luego que los fugitivos pasaron el Niemen sobre el yelo.



Los mariscales i generales celebraron un consejo de guerra en Gumbinnen, en el cual estalló Murat el resentimiento sofocado desde tanto tiempo que mantenía contra su cuñado. Estaba descontento de Napoleon, porque no habia reprimido severamente la insolencia con que pretendia le habian tratado en diferentes ocasiones Davoust i Ney; declamó abiertamente contra él, tratándole de insensato, sobre cuya palabra no se podia contar. En aquel momento de cólera i descontento, se echó en cara el haber reusado las proposiciones de la Inglaterra. Si hubiera obrado de otro modo, dijo él mismo, todavia seria un gran rey como los soberanos de Austria i Rusia. » Aquellos soberanos, respondió Davoust con amargura, son monarcas por la gracia de Dios i por la sancion del tiempo; pero vos no sois rey sino por la gracia de Napoleon i la sangre de los franceses. Sois culpable de una ingratitude grosera, i yo os denunciaré al emperador. » Tal fué la estraña escena que presenciaron los mariscales sin despegar su boca. Sirve para probar la poca union que reinaba en sus consejos, cuando dejaba de presidir en ellos el genio del amo.

Desde Gumbinnen pasaron los franceses á manifestar su miseria en Koenisberg. Por todas partes fueron tratados con frialdad, pero sin dureza, por los prusianos, quienes antes habian sufrido de su parte actos de opresion; pero en el estado en que los veían, no les miraban como seres sobre quienes debia recaer su venganza. El ejército supo en Koenisberg el destino de sus dos álas, i era de naturaleza á hacer perder todas sus esperanzas.

Sobre la derecha de la antigua línea de marcha de los franceses, desde que Schwartzberg supo que el emperador había sido deshecho completamente i que su ejército se hallaba en una derrota total, creyó que como simple auxiliar, no tenía ya mas derecho de arriesgar la vida de un solo austriaco en aquella querrela. Se concluyó un armisticio entre los austriacos i los rusos, en el cual se convino que maniobrarian como en un juego de aljérez, pero que no se batirian. Regnier fué en breve alcanzado i sorprendido en Khalish, mas no puede atribuirse al abandono de Schwartzberg general austriaco, sino al alto demasiado largo que hizo él mismo para cubrir algunos depósitos en Polonia. Los restos del ejército de Regnier, por lo menos el que se refugió en el territorio austriaco, fué bien recibido; en seguida se reunió á sus banderas. No obstante, estaba ya entonces disuelta la alianza con el Austria que, en un sentido, habia costado tan cara á Napoleon; su ala derecha estaba enteramente destruida por la defeccion de sus aliados. No iban mejor las cosas en el ala izquierda, ó mas bien iban todavía peor.

Durante los seis meses fértiles en acontecimientos de la campaña de Rusia, se habia quedado Macdonald, que mandaba el ala izquierda, en la Curlandia con un ejército de cerca de treinta mil hombres, de los cuales veinte mil eran prusianos, i el resto alemanes de diferentes naciones. A pesar de todo se condujeron bien en diversas ocasiones. Cuando Macdonald tuvo que rechazar los ataques i las

salidas de la numerosa guarnicion de Riga, su actividad i sus esfuerzos le pusieron en estado de salvar el parque de artillería gruesa destinado para el sitio de aquella plaza, el cual Mitau, en el dia 29 de setiembre, casi habia caído en manos del general ruso Lewis. Pero Macdonald tuvo motivo en aquella ocasion, aunque de ningun modo estaba descontento de los soldados, para sospechar de York, su gefe, por la frialdad que tenia por la causa de los franceses. En el hecho, estaba aquel oficial encargado de un servicio que aborrecia en el fondo de su corazon. Era miembro de *Tugend Bund*, de quien se ha hablado muy á menudo; era un ardiente patriota prusiano, ardia en deseos de libertar su país natal de un yugo estrangero. Esperaba, pues, con impaciencia el momento que le proporcionaria un motivo plausible para poder, sin deshonorarse, separar sus tropas de las del mariscal frances.

Acia principios de diciembre se hizo precaria la situacion de Macdonald, tanto que tuvo que retirarse á Tilsit; se componia su vanguardia de la division prusiana de Massenbach, que consistia principalmente en caballería; él mismo la seguia con los bávaros, sajones, etc., i York conducia la retaguardia con quince mil prusianos, resto de aquel ejército auxiliar. En aquel órden estando divididos los prusianos en dos cuerpos, i colocado el suyo en el medio, como si hubiera querido impedirles que se combinasen, avanzaba Macdonald con bastante inquietud, pero sin quejarse por su parte, ni poner dificultades el general prusiano. Pero el 28 de enero, cuando el mariscal

llegó á Tilsit, que estaba en la línea de su retaguardia, i que hubo enviado adelante la caballería de Massenbach á Regnitz, se hallaban tan distantes las tropas de York, en la retaguardia, que Macdonald se vió precisado á hacer alto para esperarlas. Escribió á York metiéndole prisa para que llegase, i envió orden á Massenbach para que volviese atrás. York no le respondió. En Regnitz no pudo hacerse obedecer el general frances Bachelu, que habia sido enviado como ayudante general cerca del cuerpo de Massenbach. Los coroneles de la caballería prusiana dieron por excusa el mal tiempo i el estado de los caminos; se negaron á hacer tocar llamada; i cuando por último se dió la orden de traer los caballos contra toda voluntad, i que hubieron llegado, los soldados desobedecieron á su turno. Mientras que las tropas prusianas se hallaban en aquel estado de motin, oyeron á un emisario ruso que les metia prisa para que le entregáran el general frances; pero los soldados, aunque resueltos á abandonar á Bachelu, no quisieron hacerle traicion. Aquella proposicion hirió sus sentimientos de honor; montaron á caballo, i volvieron á Tilsit para acompañar á Bachelu hasta el ejército de Macdonald. Pero no habia variado su resolucion: del mismo modo que en Regnitz se habian negado á montar á caballo, se negaron en Tilsit á apearse. Ultimamente se les pudo decidir á desmontar i retirarse á sus cuarteles; pero todo era fingido. Mientras se les suponía durmiendo, volvieron los prusianos á montar á caballo con el mayor silencio, i teniendo á su cabeza á Massenbach i los demas

oficiales fueron á reunirse con el general York i sus conciudadanos.

Aquel general habia separado entonces i para siempre sus tropas de los franceses. El 30 de diciembre habia concluido un armisticio con el general ruso Dibbeitsch, con la condicion de que quedarian los prusianos acantonados en su territorio i observarian la neutralidad durante dos meses, pero que pasada aquella época, si tal era la voluntad de su soberano, serian libres de reunirse á las tropas francesas. York i Massenbach escribieron ambos á dos á Macdonald para anunciarle su separacion de su ejército. El primero se contentó con decirle que hacia poco caso de la opinion que podria tener el mundo de su conducta, que la habian dictado los motivos mas puros, su deber para con sus tropas i su país. Massenbach manifestaba su estimacion i respeto por el general Macdonald, i decia que si le habia abandonado sin haber tenido una entrevista con él, habia sido por miedo de que su consideracion personal por el mariscal le impidiese escuchar la voz de su deber.

De este modo un general prusiano fué el primero que dió el ejemplo de abandonar el partido que servia contra su voluntad, ejemplo que no tardó en encontrar imitadores. Era aquello para York una alternativa de dificultades, porque su zelo, como patriota, se hallaba, hasta un cierto punto, en oposicion con las ideas ordinarias del honor militar. No obstante no habia abandonado á Macdonald antes de haber en cierto modo procurado poner en seguridad al mariscal i al resto de su ejército.

Se hallaba fuera del territorio de la Rusia, casi al abrigo de la persecucion de los rusos. York se habia vuelto neutral, pero no el enemigo de su antiguo comandante.

Reducido Macdonald, con los restos del ejército á unos nueve mil hombres, efectuó su retirada á Koenisberg, despues de una viva escaramuza.

De este modo concluyó la memorable expedicion de Rusia, la primera de las empresas de Napoleon en la cual sufrió una derrota completa, i en la que no se sabe lo que debe chocar mas, si la osadia en concebirla, ó la terrible catástrofe. El ejército grande fué enteramente aniquilado, i probablemente son exactos los siguientes resultados, dados por Bouthourlin:

Muertos en el campo de batalla....	125,000.
Muertos de cansancio, de hambre, i de los rigores del clima.....	132,000.
Prisioneros, comprendidos en ellos cuarenta i ocho generales, tres mil oficiales, i mas de ciento noventa mil soldados.....	193,000.
Total.....	<u>450,000.</u>

El resto de las tropas que escaparon de aquel desastre, independientemente de los dos ejércitos auxiliares de austriacos i prusianos, que nunca se vieron espuestos á los mismos horrores, podrá ascender á unos cuarenta mil hombres, de los cuales apenas diez mil eran franceses. A pesar del gran cuidado que se tenia

en destruir cuanto no podia llevarse, los rusos se apoderaron de setenta i cinco águilas ó banderas, i mas de nuevecientos cañones.

De esta suerte el primer general de su siglo á la cabeza de un innumerable ejército, precipitándose sobre su adversario colosal, batiendo su ejército, destruyendo su capital ó siendo causa de su destruccion, no obtuvo otro resultado que la pérdida de casi todo su ejército; i con esta pérdida forzosa, sin mediar una accion general, compró su salvacion personal i pudo restituirse á sus estados.

---



---

## CAPITULO IV.

### RESUMEN DEL CAPITULO IV.

**E**FECTOS QUE PRODUJO EN LOS PARISIENSES EL REGRESO DE NAPOLEON. — FELICITACIONES DE TODOS LOS FUNCIONARIOS PÚBLICOS. — CONSPIRACION DE MALET. — COMO SALIÓ FALLIDA. — IMPRESION QUE ESTE ACONTECIMIENTO HACE EN NAPOLEON TANTO EN RUSIA COMO Á SU REGRESO. — DISCUSIONES CON EL PAPA, Á QUIEN CONDUCEN Á FRANCIA, PERO SE MANTIENE INFLEXIBLE. — SITUACION DE LOS NEGOCIOS DE ESPAÑA. — GRANDES I FELICES ESFUERZOS DE NAPOLEON PARA RECLUTAR SU EJÉRCITO. — GUARDIAS DE HONOR. — EN EL MES DE ABRIL ASCIENDE EL EJÉRCITO Á TRESCIENTOS CINCUENTA MIL HOMBRES, SIN CONTAR LAS TROPAS QUE ESTABAN DE GUARNICION EN ALEMANIA, ITALIA I ESPAÑA.

## CAPITULO IV.

**E**l retorno de Napoleon á París se asemejó á la aparicion repentina de un hombre que cae de las nubes: por la mañana siguiente no se hablaba de otra cosa en París, i visto el temple del carácter de Napoleon i la sujecion á que tenia acostumbrados á los parisien- ses, el efecto que produjo dió nueva impul-



sion á toda la capital; si no pudieron borrarse las impresiones que el vigésimonono boletín habia impreso en la capital, se tuvo mucho cuidado de ocultarlas. Los descontentos sofocaron los murmullos que habian empezado á exaltar los ánimos; los afligidos enjugaron sus lágrimas ó las derramaron en secreto; el feliz regreso de Napoleon bastó para reparar la pérdida de quinientos mil hombres, i calmar las penas de sus viudas i huérfanos. El emperador convocó el consejo de estado, i habló con una franqueza aparente de las desgracias que el ejército habia sufrido, imputándolas todas á la nieve. »Todo habia ido bien, dijo; éramos dueños de Moscou; se habian superado todos los obstáculos; el incendio de la ciudad no habia producido ninguna mudanza en el estado floreciente del ejército frances; pero el invierno ha causado una calamidad general.»

Por de contado, el *Monitor* nada dijo de las cosas de Rusia, i anunció el regreso del emperador, como si hubiese llegado de Fontainebleau; pero, algun tiempo despues de una frialdad aparente, semejante á las aguas de un rio, que mientras dura el desyelo se acumulan detrás de una barrera de témpanos i la rompen súbitamente, asi se vió aparecer un torrente general de felicitaciones de los funcionarios públicos, cuyos empleos ó emolumentos debian correr la misma suerte que el poder del emperador, i cuya sola voz era admitida para representar la del pueblo. Las ciudades de Roma, Florencia, Milan, Turin, de Hamburgo, Amsterdam, Maguncia i todas las que eran de alguna importancia en el imperio, se reunieron

para declarar que bastaba la presencia del emperador para disipar todas las inquietudes i hacer reinar la dicha i la tranquilidad. Las li-sonjas mas exageradas de las grandes calidades de Napoleon, el mas entero rendimiento á su servicio, la mas ciega confianza en su prudencia, era el asunto de todas sus cartas.

Pero en las oficinas de la administracion fué en donde causó la mas profunda sensacion la vuelta tan inesperada del monarca. Durante sus expediciones, tenian los empleados la costumbre de trabajar como les daba la gana; pero su regreso produjo el efecto de la presencia repentina del maestro de escuela que se ha ausentado por algunos instantes. Todo era zelo i esfuerzos de actividad para anticipar los deseos del amo. Cada cual redobló en aquella ocasion su zelo real ó aparente; porque todos temian, i algunos con razon, que su conducta con relacion á un acontecimiento que habia sucedido poco tiempo antes, no hubiese incurrido en la censura del emperador. Queremos hablar de la conspiracion de Malet, incidente singular, cuyos pormenores hemos omitido hasta ahora.

Durante las antiguas ausencias de Napoleon, el gobierno del interior de la Francia, bajo la direccion de Cambaceres, marchaba como siempre con tanto método, aunque con menos actividad, como si Napoleon hubiera estado en las Tullerías. El sistema de administracion era exacto; no lo era menos el de la vigilancia. Las obligaciones de los funcionarios públicos se miraban tan estrictas como las de los militares. Pero durante la larga ausencia

de Napoleon en su expedicion de Rusia, se formó una conspiracion que manifestaba la poca adhesion que la nacion empezaba á tener al gobierno imperial, los débiles medios que habrian bastado para trastornarle, i el poco interés que habria escitado una nueva revolucion.

Se ignora cual era el fin que se proponia Malet. Era de familia noble, i servia antes de la revolucion en los mosqueteros de la casa real, lo que ha hecho creer á muchas personas que meditaba la restauracion de los Borbones. No obstante, como habia llegado al grado de gefe de brigada en el ejército republicano, es probable que pertenecia á la secta de los filadelfios.\* En 1808 fué preso el ge-

\* Esta era una sociedad secreta de militares, cuyo objeto inmediato se dirigia á trastornar el poder imperial, i cuya mira final tal vez no la conocian bien ellos mismos. Era su fundador el coronel Santiago José Oudet, suizo, hombre relajado i entusiasta al mismo tiempo, con arreglo al sistema de su compatrióta Rosseau. Murió de un tiro la noche anterior á la batalla de Wagram, no como lo aseguraron sus partidarios, por una partida de austriacos, sino por gendarmas encargados de aquella mision. Continuó subsistiendo su secta, i hubo sospechas de que el mismo Massena estaba implicado en sus intrigas. Se hicieron comunicaciones al lord Wellington en nombre de los filadelfios, en el mes de mayo de 1809; pero la negociacion no era de naturaleza que mereciese el apoyo del general ingles. Southey, *Historia de la guerra de la Peninsula*, vol. II, pág. 303. (a)

(a) No tiene razon Southey para hacer un suizo del coronel Oudet: era natural de las montañas del Jura. Véase la *Historia de las sociedades secretas del ejército*, obra en la que no son tal vez exactas todas las cosas que contiene, i cuyo héroe es el coronel Oudet.

(Editor).

neral Malet acusado de haber tomado parte en una intriga contra el emperador, i estaba todavía bajo la vigilancia de la policía cuando formó aquel atrevido proyecto que faltó poco para lograrse. Siendo entonces menos rigurosa su detencion en una casa de sanidad, halló el medio de fabricar ó hacer fabricar un decreto falso del senado anunciando de oficio la muerte del emperador, la abolicion del gobierno imperial i el establecimienito de una comision provisional de administracion. Aquel escrito parecia autorizado con el sello i las firmas oficiales.

El 23 de octubre á media noche se escapó Malet del sitio donde se hallaba detenido, se vistió con gran uniforme, i acompañado de un cabo en traje de edecan, fué á la cárcel pública, donde pidió i obtuvo la libertad de dos generales, Lahorie i Guidal, detenidos como él por causas semejantes poco mas ó menos. Se fueron juntos á los cuarteles de los mínimos, en donde entonces no había ningun partidario de los mas fieles i mas adheridos á Napoleon, quienes, mientras que su poder vacilaba en Francia cubrian con sus huesos las nieves de la Rusia i los campos de la España, pero donde solo había batallones de conscriptos i de reclutas sin esperiencia. Allí tomó Malet un aire de autoridad absoluta, mandó tocar el tambor, pasó revista á las tropas é hizo salir destacamentos con diferentes órdenes.

Nadie le disputó el derecho de mandar; i Soulier, que se hallaba á la cabeza de las tropas, las puso enteramente á su disposicion. El mismo alegó que la calentura le habia trastornado el espíritu. Tal vez cedió tambien á la

influencia de una carta de pago de cien mil francos que le pusieron sobre su cama, i cuyo importe le dijeron que debia distribuirse á los soldados como gratificacion i á los oficiales como doble sueldo. Un destacamento de conspiradores se apoderó de Savary, ministro de la policia, i le condujo á la cárcel. No le costó mucho mas trabajo á otro destacamento arrestar al prefecto de policia. Un batallon, bajo la misma direccion, ocupó la plaza de Greve i se apoderó de la casa de la ciudad; mientras que el conde Frochot, que habia sido trece años prefecto del Sena, sobrecogido con aquella noticia repentina, i lisonjeándose tal vez de encontrar su nombre en la lista de los miembros de la comision provisional, tuvo la complacencia de poner á los conspiradores en posesion de la torre de Santiago, desde donde ordinariamente se tocaba á rebato, i la de hacer componer una habitacion en la casa de la ciudad para recibir á la nueva administracion. Pero el gefe de los conspiradores, como le sucedió á Fiesco en Génova, pereció en el momento en que parecia estaba su atrevida empresa en el punto de ser coronada con un éxito feliz. Hasta entonces nadie habia pensado en desobedecer el falso decreto del senado. Las noticias que habian circulado prepararon á todo el pueblo á la muerte del emperador, i la resolucion que se seguia parecia una consecuencia tan natural, que adhirió á ella con facilidad i tomó en ella muy poco interés.

Pero Malet, que habia ido en persona á tomar posesion de las oficinas del estado mayor en la plaza de Vendoma, encontró contra su

esperanza, una gran resistencia en el general Hullin. Dispuesto Malet á todo trance, tiró un pistoletazo ácia la cabeza del general, i le hirió gravemente, pero al mismo tiempo fué reconocido por Laborde, gefe de la policía militar, quien no creyendo que el senado hubiese escogido para la importante mision de que estaba encargado, á una persona que antes era su prisionero, se arrojó sobre Malet, i se apoderó de él; con esto concluyó la conspiracion. Se condujeron á los cuarteles los soldados que habian servido de ciegos instrumentos. Malet i veinte i cuatro cómplices suyos, militares la mayor parte, fueron juzgados por una comision militar, i doce de ellos fueron fusilados el 29 de octubre, en la llanura de Grenelle. Malet recibió la muerte con la mayor serenidad. Reflejaba el sol sobre el cuartel de los inválidos, i estaban ocupados los trabajadores en dorar su magnífica media naranja, con arreglo á las órdenes espresas de Bonaparte, i á imitacion, decian, de las que habia visto en Moscou. El prisionero hizo algunas observaciones sobre el adorno que de ello resultaria para la capital. Caminando ácia el sitio fatal, dijo de un aire misterioso, pero severo: "Vms. han cogido la cola, pero no cogerán la cabeza." De aquellas palabras se ha sacado la consecuencia de que como la máquina infernal, formada en su origen por los jacobinos, habia sido ejecutada por los realistas, del mismo modo habia sido concebida aquella conspiracion por los realistas, á pesar de que se confió su ejecucion á manos republicanas. Algunas personas que viven todavia han debido saber

la verdad, pero el público la ha ignorado siempre.

Tal fué la noticia que en la jornada fatal del 6 de noviembre llegó á Bonaparte entre Viazma i Smolensko, i que le decidió á abandonar el ejército en Smorgoni para volverse prontamente á París. No le alarmaba tanto la conspiracion como la indiferencia i la ligereza con que la nacion, ó por lo menos París su capital, parecia estar pronta á abandonar la dinastía que habia tenido esperanzas de hacerla perpetua. Igualmente le alarmó el número de las ejecuciones, i exclamó contra la severidad que habia conducido á la muerte, sin distincion á tantos oficiales, mas bien engañados que cómplices del gefe de la conspiracion. »Esto es una carnicería, gritó; esto es una matanza! ¡Qué impresion va á hacer en París!»

Luego que Napoleon llegó á su capital, la halló tan indiferente á la ejecucion de los criminales como lo habia estado á sus ventajas efímeras. Pero su corazon estaba ulcerado; en la primera audiencia que dió á sus ministros, declamó contra la ideología, ó en otros términos, contra toda doctrina que haciendo un llamamiento á los sentimientos generosos de patriotismo i libertad, se opondria al derecho imprescriptible i divino de los soberanos. Hizo grandes alabanzas de los Harlay i de los Molé, ministros de la justicia, que habian muerto defendiendo los derechos de la corona; i dijo gritando que la muerte mas bella seria la del soldado que cae en el campo de batalla, si la del magistrado que muere por la defensa del

trono i de las leyes no fuera mas gloriosa todavia.

Ofrecia este asunto una materia admirable para las flores de retórica de los diferentes consejeros de estado, á quienes se habia sometido la suerte de Trochot, prefecto culpable, para juzgar de la estension de su crimen i del castigo que merecia.

„¿Qué significa la vida? dijo el conde de Chabrol, que habia remplazado al tímido Trochot en el empleo de prefecto de París; ¿qué significa la vida en comparacion de los intereses inmensos que reposan sobre la cabeza sagrada del heredero del imperio? Por mí, á quien una mirada inesperada de V. M. I. ha llamado desde tan lejos á ocupar un puesto tan inminente, lo que mas estimo en esta distincion que hace de mí, es el honor i el derecho de ser el primero á dar el ejemplo de un sacrificio fiel.”

La opinion de M. de Fontanes, senador, par de Francia, i gran maestro de la universidad imperial, era que „la razon se detiene con respeto ante el misterio del poder i la obediencia, i abandona toda averiguacion sobre su naturaleza á aquella religion que hizo sagrada la persona de los reyes á imagen del mismo Dios. Su voz es la que humilla la anarquía i las facciones, proclamando el derecho sagrado de los soberanos, i la misma Divinidad es la que ha hecho de ello una máxima inalterable en Francia i un artículo inmutable de las leyes de nuestros padres; es la naturaleza la que designa los reyes para sucederse unos á otros, mientras que la razon declara



que no puede cambiar la dignidad real por sí misma. Permitid, señor, continuó, que la Universidad de París aparte un momento sus miradas del trono que ocupais con tanta gloria, para dirigirlas ácia la augusta cuna del heredero de vuestra grandeza. Le unimos á V. M. en el amor i el respeto que os tenemos á ambos á dos, i le juramos de antemano la misma adhesion sin límites que debemos á V. M."

M. Seguier presidente del tribunal de París, afectó menos elocuencia, i por esta misma razon probó que tenia mas gusto, contentándose con declarar que los magistrados de París eran las columnas mas seguras de la autoridad imperial; que sus predecesores se habian espuesto á muchos peligros por la defensa de la monarquía, i que á su vez estaban prontos á sacrificarlo todo por la persona sagrada del emperador i por la perpetuacion de su dinastía.

Al abrigo de aquellas violentas protestas escapó el desgraciado Trochet, á la manera que un navío privado de aparejos se descabulle fuera de la línea de batalla, á favor del fuego de los otros navíos. Se le privó de su empleo, pero se le permitió que se retirase, fuese para continuar sus estudios de ideología, fuese para procurarse sobre los misterios del derecho hereditario, conocimientos mas profundos que los que hasta entonces habia adquirido.

Volvamos á tomar el hilo de nuestra historia. Habiendo sondeado Bonaparte la disposicion del senado, i no hallando motivos para temer ninguna oposicion por parte de sus súbditos, reunió todos sus esfuerzos, como vamos á ver, para continuar la guerra estrangera; pero

se ocupó al mismo tiempo en cicatrizar las llagas interiores del imperio, que eran tanto mas peligrosas por cuanto sangraban interiormente, sin dejar por defuera ningun síntoma de su existencia.

Se trataba en primer lugar de la disputa con el papa, que habia hecho nacer i continuaba alimentando tanto escándalo en la Iglesia galicana. Ya hemos dicho que negándose el papa á consentir ninguna enagenacion de sus dominios seculares, habia sido arrebatado por fuerza de Roma, transferido á Grenoble, i á continuacion vuelto á llevar por en medio de los Alpes á Savona en Italia. Napoleon, que negó que hubiese autorizado para tratar de aquel modo al príncipe de la Iglesia, continuó sin embargo reteniéndole en Savona. Allí estuvo confinado hasta el mes de junio de 1812. En tanto se le envió una diputacion de obispos franceses, con un decreto de Napoleon, declarando que si continuaba Su Santidad negando la institucion canónica al clero de Francia, como lo habia hecho desde la toma de la ciudad de Roma i del patrimonio de San Pedro, se celebraria un concilio de prelados para pronunciar su destitucion.

El 4 de setiembre de 1811 admitió el santo padre la diputacion de los obispos; escuchó con paciencia sus argumentos; en seguida arrojándose ante ellos, repitió el salmo *Judica me Domine*. Cuando los prelados trataron de justificarse, Pio VII, con un tono animado, les amenazó de lanzar una escomunion contra cualquiera de ellos que quisiera escusar su conducta. Volviendo á tomar inmediatamente su

mansedumbre natural, alargó su mano á los obispos que le habian ofendido, la cual besaron con veneracion. Los prelados franceses le dejaron, llenos de tristeza i vertiendo lágrimas. Muchos de ellos se mostraron despues opuestos á las miras de Napoleon, i sufrieron prision, á consecuencia de su adhesion á lo que les parecia ser su deber.

Su Santidad fué transportado con precipitacion á Fontainebleau, adonde llegó el 19 de junio de 1812. Los historiadores franceses dicen con énfasis que el anciano no fué arrojado en una prision, sino que por el contrario estaba muy bien alojado en el palacio, i que se le permitia asistir á la misa; ; admirable condescendencia con el gefe de la Iglesia católica! Pero siempre es verdad que se hallaba prisionero. Permaneció en Fontainebleau hasta que Napoleon volvió de Rusia; i cuando el 19 de febrero de 1813 salió el emperador de San Cloud bajo el pretexto de una partida de caza, se presentó de un golpe delante de su venerable prisionero. Empleó toda su influencia, i por cierto que la poseía muy grande, para obligarle á aceptar sus proposiciones, i creemos de buena fé que las voces que le acusan de haberle maltratado personalmente, estan desnudas no solamente de pruebas, sino de toda verdad. Hizo la sumision que exigia mas fácil para la conciencia de Pio VII, no pidiéndole ninguna cesion de sus derechos temporales, i concediéndole un término de seis meses para la institucion canónica. El emperador i el papa convinieron i firmaron once artículos.

Mas apenas se tocó aquel punto cuando de nuevo estalló la discordia. Era del interés de Napoleon ver concluído cuanto antes aquel cisma, puesto que el papa se negaba á reconocer la validez de su segundo matrimonio, i por consiguiente á ratificar la legitimidad de su hijo. Por este motivo publicó en el *Monitor* los artículos del tratado, como si contuvieran un nuevo concordato. El papa se quejó, diciendo que los artículos publicados no eran un concordato en sí mismos, que no eran mas que los preliminares, sobre los cuales podria tener lugar un tratado semejante despues de una madura reflexion. Se indignó de lo que miraba como una sorpresa de parte del emperador de los franceses, i se negó á admitir el pretendido concordato. De este modo se malogró la tentativa de Napoleon para terminar el cisma de la Iglesia, i las discordias eclesiasticas volvieron á principiarse con mas irritacion que nunca.

Volviendo la vista ácia la España, vió Napoleon sus negocios en mejor estado que lo que podia esperar, despues de la batalla de Salamanca i la toma de Madrid. El lord Wellington, sostenido débilmente por el ejército español, en el cual se suscitaron bien pronto grandes disputas i grandes zelos, no habia podido por falta de suficiente artillería de sitio, tomar la fortaleza de Burgos, i se veía en peligro de ser cortado por el ejército de Soult, quien habia levantado el sitio de Cádiz, mientras que él combatia el que mandaba el conde de Erlon, á las órdenes del rey intruso. Retiróse, pues, el general ingles con su pru-

dencia ordinaria sobre el territorio de Portugal, i viendo Napoleon que su ejército de España subia á doscientos i setenta mil hombres, creyó que era mas que suficiente para resistir á las fuerzas que podia tener la Península sobre las armas reunidas al ejército arreglado de los aliados que mandaba el lord Wellington, i que á lo sumo podia llegar á setenta mil hombres. En su consecuencia retiró ciento i cincuenta cuadros de batallones que destinó á instruir á sus jóvenes conscriptos.

Entonces fué cuando las cien cohortes, ó cien mil jóvenes del primer *ban* de la guardia nacional, que habian sido colocados para guarnecer la frontera, con la declaracion de que bajo ningun pretesto debian pasar los límites de la Francia, se convirtieron en tropas ordinarias de línea, i destinadas á llevar los cuadros traídos de España. Al mismo tiempo se retiraron de España cuatro regimientos de la guardia, uno de caballería polaca i otro de gendarmas. Los marineros de la escuadra francesa, cuyo servicio no tenian entonces nada de realidad, fueron desembarcados, ó mas bien llamados de los puertos i de las ciudades marítimas en donde perdian su tiempo. Con ellos se formaron cuerpos de artillería. Aquel refuerzo podia proveer cuarenta mil hombres. Pero mientras que Napoleon conservaba su crédito cerca de la nacion, era la conscripcion su mejor i mas infalible recurso, i con el apoyo de un decreto del senado pudo disponer de antemano de la del año de 1814. Aquel decreto hizo subir sus levás de toda especie á trescientos i cincuenta mil hombres.

La remonta i el reclutamiento de la caballería ofrecian una dificultad mas grande; á este embarazo se añadia el del restablecimiento de la artillería i del material del ejército, que se habian destruido enteramente en la retirada de Rusia. Pero los sótanos de las Tullerías no estaban todavia agotados, aunque contribuyeron ampliamente para los preparativos de la campaña anterior. Se gastaron inmensos tesoros; cada artesano, cuya habilidad podia ser útil, puso manos á la obra; se compraron ó se proporcionaron caballos por todas partes, i era tal la actividad de Napoleon, i la estension de sus recursos, que estuvo en el caso de prometer á los miembros de la cámara legislativa, que surtiria, sin aumentar las cargas del estado, la cantidad de trescientos millones que se necesitaban para reparar las pérdidas de la última campaña.

No debe echarse en olvido que uno de los medios de reclutar la caballería era una especie de conscripcion de nueva invencion, destinada á hacer entrar en las filas del ejército los jóvenes de las clases elevadas, que habian evitado los primeros sorteos, ó que se habian eximido del servicio poniendo un sustituto comprado en su lugar. Se proponia Napoleon levantar sobre aquellas clases, exentas hasta entonces de la conscripcion, diez mil jóvenes de las primeras clases de la sociedad, para formar con ellos cuatro regimientos de guardias de honor, que debian mirarse poco mas ó menos como las tropas de la casa real, bajo el antiguo régimen.

La admirable energía de Napoleon, i la influencia que podia ejercer sobre los espíritus de

los demas, no se presentaron jamas con tanto brillo como en aquel período de su reinado. Habia vuelto á la silla de su imperio en una crisis terrible, i en la situacion mas desgraciada. Sus súbditos habian ignorado durante seis semanas sí era muerto ó vivo, i una conspiracion formidable, que habia salido bien por un momento, habia demostrado á la vez que se habia despertado la actividad de sus enemigos secretos, i que reinaba entre sus amigos, en la apariencia, una indiferencia apática. Llegaba para anunciar una catástrofe terrible, cuya causa habia sido su ambicion: la pérdida de quinientos mil hombres, con sus armas, sus municiones i su artillería, la muerte de tantos hijos de la Francia cubierta de luto. Habia dejado á sus espaldas aliados llenos de frialdad i mala voluntad, quienes á cada paso se cambiaban en enemigos, i enemigos animados por sus pérdidas i su ausencia, amenazando de reunir toda la Europa para una gran cruzada contra su poder. Jamas se presentó un soberano ante su pueblo en una situacion mas precaria, ó amenazado de un porvenir mas incierto.

A pesar de todo llega Napoleon; parece no haber hecho mas que dar una patada en el suelo, i salen legiones armadas á su voz; las dudas i el descontento del público desaparecen como las nieblas al salir el sol; i la confianza que le habia acompañado en su fortuna, renace con toda su fuerza, á pesar de sus últimos descalabros. En el mes de abril ascendia su ejército, como lo hemos visto, á trescientos cincuenta mil hombres, sin contar las fuertes guarniciones que se habian dejado en Dantzick,

Thorn, Modlin, Zamosk, Czenstochau, Custrin, etc., aumentadas entonces con los restos del ejército grande que se habian refugiado en aquellas plazas. Reclutas sin número se habian organizado igualmente en Italia, i un ejército formidable peleaba en España, sin hablar de todas las tropas que la necesidad le habia obligado á retirar de aquella carnicería. Fuese, pues, que Napoleon se decidiese á proponer la paz, fuese que quisiese continuar la guerra, se hallaba á la cabeza de fuerzas poco inferiores á las que habia mandado hasta entonces.

Habiendo con esto dado algunos pormenores sobre el estado interior de la Francia, es necesario ahora que volvamos nuestra vista al exterior, i examinemos las consecuencias de la campaña de Rusia para la Europa en general.

---



## CAPITULO V.

## RESUMEN DEL CAPITULO V.

MURAT ABANDONA PRECIPITADAMENTE EL EJÉRCITO GRANDE. — NÓMBRASE Á EUGENIO EN SU LUGAR. — MEDIDAS QUE TOMA EL REY DE PRUSIA PARA SALIR DE SU ESCLAVITUD. — ABANDONA Á BERLIN I SE TRASLADA Á BRESLAU. — TRATADO FIRMADO ENTRE LA RUSIA I LA PRUSIA Á PRINCIPIOS DE MARZO. — LLEGA ALEJANDRO Á BRESLAU EL 15; EL 16 DECLARA LA PRUSIA LA GUERRA Á LA FRANCIA. — PREPARATIVOS MILITARES DE LA PRUSIA. — ENTUSIASMO UNIVERSAL EN TODO AQUEL PAÍS. — BLUCHER NOMBRADO GENERALÍSIMO. — JUSTIFICACION DEL PRÍNCIPE REAL DE SUECIA POR HABERSE REUNIDO Á LA CONFEDERACION CONTRA LA FRANCIA. — CONDUCTA DEL AUSTRIA. — NAPOLEON NO MODERA NADA DE SU SOBERBIA NI DE SUS PRETENSIONES. — SE ESTABLECE UNA REGENCIA EN FRANCIA DURANTE SU AUSENCIA, I SE NOMBRA POR REGENTA Á MARÍA LUISA CON PODERES LIMITADOS.

## CAPITULO V.

Se confirió á Murat el mando de los restos del ejército grande, cuando Napoleon se separó

de él en Smorgoni; pero este puesto era tan penoso i desagradable que no podia alhagar la ambicion del rey de Nápoles; tampoco le aceptó como una compensacion de las diferentes mortificaciones que habia sufrido durante la campaña, i que, como hemos observado ya, le habian inspirado un vivo resentimiento contra su cuñado. Siendo por otro lado mas bien soldado que general, perdió la guerra para él todos sus encantos, desde el momento en que ya no podia desplegar su valor á la cabeza de su caballería; i para cúmulo de su impaciencia, tuvo zelos de la autoridad que su muger ejercia en Nápoles durante su ausencia, i deseaba ardientemente volver á tomarla. En su consecuencia, se dió prisa á colocar las tropas en las diferentes fortalezas prusianas de que acabamos de hablar, que guarnecian los franceses, i el 16 de enero abandonó de un golpe el ejército. Irritado Napoleon con su conducta, anunció su marcha i la elevacion de Eugenio, virey de Italia, al mando general del ejército, con aquella nota de censura: »El virey de Italia está mas acostumbrado á conducir en grande los negocios militares; i ademas goza de toda la confianza del emperador.» Aquel sarcasmo indirecto aumentó la tibieza entre los dos cuñados.

En tanto continuaban los rusos avanzando en Prusia sin oposicion, deseando con su presencia atraer aquel país al paso decidido que esperaban despues de tanto tiempo. El modo con que la Francia habia tratado á la Prusia, las contribuciones escesivas que la habia exigido, las amenazas de borrarla de la lista

de los estados de Europa, la ocupacion de sus fortalezas i la privacion de todos sus derechos de independencian, constituían un abuso de los derechos de conquista i de la fuerza, que no podia durar, luego que cesase de dominar aquella fuerza misma.

En su consecuencia, tomó el rey Federico sus medidas para sacudir el yugo de los franceses; pero lo hizo con sabiduría i moderacion. Cualesquiera que fuesen las injusticias que los prusianos habian sufrido, no buscó el rey de Prusia los medios de vengarse, aun cuando solo los paisanos hubieran podido destruir los ejércitos franceses en derrota, rechazados sin defensa sobre sus dominios, en el estado de apuro en que se hallaban. Es verdad que estalló el resentimiento popular comprimido por largo tiempo, i que tanto en Koenisberg como en otras partes se ejercieron crueldades contra los franceses; pero fué contra la voluntad del gobierno, que las reprimió cuanto estuvo en su poder. El rey no tomó medida ninguna para cortar la retirada del mismo Napoleon, á pesar de que hubo motivo de esperar que tomara aquella resolucion. Renovó el armisticio concluído por York; toleró que los restos del ejército grande, lo poco que habian perdonado el frio i los apuros, engrosasen las guarniciones enemigas que ocupaban sus plazas fuertes. En una palabra, cumplió con todas las obligaciones de un aliado, aunque de un aliado involuntario, hasta que concluyese enteramente, con la destruccion i la derrota de Napoleon, aquella guerra en la que se habia empeñado como auxiliar.

No debía sin duda esperarse tampoco que Federico espusiese sus propios dominios á la devastacion de los rusos , continuando una guerra en la cual no habia representado mas que un papel de segundo órden ; i no era permitido creer que un país oprimido desde tanto tiempo despreciase los medios que se le presentaban entonces de recobrar su libertad.

Antes de tomar su última resolucion , se decidió el rey, por un motivo prudente, á poner su persona en seguridad, de miedo que no le tomasen en rehenes , como á Fernando i á los Borbones de España. Inmediatamente abandonó á Berlin el 22 de enero de 1813 , i se retiró á Breslau , donde no habia tropas francesas. A continuacion publicó un manifiesto dirigido á su pueblo , convocó sus ejércitos , i dió la señal al patriotismo. Invitó no obstante al embajador frances para que le siguiese á Breslau , en donde inmediatamente se suscitaron multiplicadas discusiones entre él i el gabinete prusiano.

No podian los negociadores franceses responder á las quejas de exacciones i opresiones de toda especie , sino recordando á los prusianos que Napoleon , despues de sus victorias decisivas , habia tolerado que su nacion conservase el nombre de independiente , i el rey una corona precaria.

El 1.º de marzo , volviendo la Prusia á un sistema que jamas se habia interrumpido sino por el efecto deplorable de sus desgracias , firmó un tratado de alianza ofensiva i defensiva con la Rusia. El 15 de marzo llegó á Breslau el emperador Alejandro ; la entrevista fué muy tierna entre los dos soberanos , amigos íntimos

en tiempos pasados, i que se habian conservado siempre mutuamente el mismo cariño, á pesar de las circunstancias imperiosas que les habian hecho enemistarse, en un momento en que importaba á la Rusia tener los menos antagonistas posibles arrojados contra ella en la balanza. El rey de Prusia lloraba: „Valor, hermano mio, dijo Alejandro; estas son las últimas lágrimas que os hará verter Napoleon.”

El 16 de marzo declaró la Prusia la guerra á la Francia. Se echan de ver en el manifiesto de aquella declaracion muchos raciocinios sobre la cantidad de las contribuciones debidas i recibidas. Hubieran podido reasumirlas declarando „que la Francia habia sujetado á la Prusia i la habia esclavizado, pero que en aquel entonces podia la Prusia romper las cadenas que le habia impuesto la violencia.” Por lo demas, se halla esplicada aquella verdad en la parte del manifiesto que declara „que abandonada la Prusia á sí misma, i sin esperanza de recibir suficientes socorros de un aliado que se habia negado á obrar con respecto á ella segun lo exigia la justicia, debia tomar consejo de sí misma, á fin de volverse á levantar i mantener su existencia como nacion.” El rey buscaba en el amor i en el valor de su pueblo los medios de salirse del apuro, i volver á su monarquía la independendencia necesaria para asegurar la prosperidad futura de su reino.

El emperador Napoleon recibió aquella declaracion de guerra con la calma de un hombre que la esperaba mucho tiempo habia. „Mas vale, dijo, tener un enemigo declarado que un aliado vacilante.” Los prusianos en

general, la acogieron con arrebatos de alegría, i los sacrificios que hicieron con una presteza leal todas las clases del estado, probaron con mas claridad que todo lo demas, su ódio general contra la Francia i el resentimiento que aquella nacion habia escitado durante el curso de sus ventajas.

El resentimiento i el deseo de la venganza, reconcentrados desde tanto tiempo en el corazon de los prusianos, hicieron una esplosion parecida á la de un volcan. Los jóvenes de todas clases se apresuraron para llenar las filas del ejército; se olvidaron las distinciones del nacimiento, i aun se abolieron casi enteramente; no se hacia al prusiano otra pregunta mas que la de si tenia los medios i la voluntad de ayudar á libertar á su país. Los estudiantes, en quienes la educacion acrecienta en general el amor á la libertad i el honor nacional, se formaron en batallones i escuadrones; los unos compusieron las cohortes negras, que luego se distinguieron; los otros tomaron las armas i el traje de cosacos, cuyo nombre habia atemorizado tanto á los franceses. Por lo general, estaban formados aquellos voluntarios en compañías de cazadores á pié i á caballo, no diferenciándose de las tropas de línea mas que en el uniforme, que en vez de ser azul, era de un verde obscuro. Su disciplina, bajo las bases de un sistema inventado por Scharnhorts, estaba admirablemente calculada para dar á las nuevas levás el grado de instruccion i el porte necesario para hacerlas útiles, sin pretender que fuesen tan exactas en los detalles, que no pueden aprenderse sino con la esperiencia.

En pocas semanas se levantaron numerosos ejércitos; i la Prusia, á la manera de un hombre robusto que se despierta despues de un corto sueño, se avanzó para ocupar su lugar entre las naciones independientes.

Se escogió un gefe que la naturaleza parecia haber formado adrede para mandar un ejército nacional en una época tan crítica. Este era el célebre Blucher, que se notaba entre el pequeño número de generales prusianos que aun despues de la batalla de Jena, habian continuado sosteniendo la gloria del gran Federico, bajo cuyas órdenes habia hecho Blucher sus primeras campañas. Aquel oficial, que habia combatido hasta el último dia de esperanza, lleno de grandeza de alma i de amor á su patria, habia quedado en la obscuridad durante la larga duracion de la dominacion francesa. Era uno de aquellos caracteres ardientes é inflexibles que temia Napoleon, que rara vez se vió que perdonase á los que en su conciencia se habian opuesto á su poder, á pesar de la generosidad de que hizo alarde en en otras ocasiones. Miraba á semejantes hombres como sus enemigos personales, en política i bajo todos aspectos; i como los hacia vigilar muy de cerca por su policia, no podian hallarse seguros sino viviendo en una profunda obscuridad. Pero entonces salió precipitadamente de su retiro el viejo guerrero, como en los antiguos espectáculos de los romanos se abalanzaba un leon desde su obscura caberna en la arena del anfiteatro, donde debia muy pronto representar su terrible papel á la vista de un concurso admirado. Blucher era verdaderamente el hombre que

en aquella urgente necesidad hacia falta á la nacion prusiana para conducir una guerra nacional. No era distinguido en la ciencia de la guerra, ni hábil para trazar el plan de operaciones de una campaña; Scharnhorst, i despues de él Gneisenan, estuvieron encargados de aquella parte de los deberes de general, como personas que conocian perfectamente la estrategia; pero en el campo de batalla, nadie poseía la confianza de los soldados en un grado tan alto como el general Blucher. El primero en el ataque i el último en la retirada, rara vez se ensoberbecia con la victoria, i jamas se dejaba abatir por los reveses.

La Suecia, ó por mejor decir, el príncipe real, habia entrado tambien en la confederacion, como ya lo hemos dicho; i Bonaparte, sea como hombre, sea como emperador, manifestaba mas animosidad contra él que contra el rey de Prusia. Representaba á este como un vasallo rebelde é ingrato; al otro, como un refugiado frances que habia renunciado á su país.

Aquella última acusacion era todavia, si es posible, menos razonable i menos justa que la primera: Bernadotte, llegando á ser heredero de la corona de Suecia, era por consiguiente sueco por este mismo hecho; porque nadie, en el estado en que él se hallaba, tiene derecho, uniendo su fortuna personal al destino de la nacion que le adopta, de exceptuar ningun caso en el cual pueda estar obligado á abandonar los intereses de aquella nacion por los de un país que fué el suyo.

Cuando al cabo de algunos meses autorizó Napoleon la piratería contra el comercio de la



Suecia, i se apoderó á mano armada de la única porcion de territorio sueco que estaba á su alcance, nada hubiera sido menos puesto en razon que exigir que el príncipe real, porque habia nacido en el Bearne, debiese tolerar que se le hiciese la guerra como rey de Suecia, sin oponer toda la resistencia posible. Supongamos, lo que hubiera podido suceder fácilmente, que la Córcega hubiese quedado parte constituyente de los dominios ingleses, ¿no hubiera sido ridículo considerar á Napoleon á la cabeza del gobierno frances, como obligado á los deberes de súbdito de Jorge III, solo porque habia nacido en Ajaccio? No obstante, no hay mas diferencia entre ambos casos que la de la amplitud é importancia de la Francia con relacion á la Córcega, circunstancia que no puede tener ninguna influencia sobre la naturaleza de las obligaciones impuestas á los que han nacido en ambos países.

Mientras que las potencias del Norte formaban aquella coalicion mejor concertada, i con fuerzas de una naturaleza bien diferente de aquellas que en las primeras ocasiones habian sido menos dichosas, miraba el Austria con ojo incierto é irresoluto la lucha que veía acercarse. Sus miramientos por un soberano unido á la familia de su emperador, por vínculos tan estrechos como lo estaba Napoleon, no habian impedido al gabinete austriaco que se alarmase con el acrecentamiento escesivo del poder de la Francia, i de la ambicion de su gefe; habia, contra su voluntad, suministrado tropas auxiliares á la Francia en la última campaña, i habia tomado una actitud de neu-

tralidad tan pronto como se lo habian permitido las circunstancias. El restablecimiento de la independencia del mundo debia devolver al Austria las provincias que habia perdido, i con particularidad la Iliria i el Tírol, con la influencia que habia tenido tanto en Italia como en Alemania; mas podia obtener todas aquellas ventajas de Napoleon, menos poderoso ya, i que queria sustraerse á las represalias de la Europa aliada, renunciando á sus pretensiones á la monarquía universal; i en su consecuencia concluyó el Austria que el mejor partido que tenia que tomar era el de hacerse mediadora entre la Francia i los aliados, reservándose arrojar su espada en la balanza, si la fuerza i la ambicion de Napoleon conservaban todavia el ascendiente, mientras que por otro lado, si se hallaba restablecida la paz por un tratado concluido bajo sus auspicios, protegeria á un mismo tiempo al yerno de su emperador, volveria á ganar las provincias i la influencia que habia perdido, i contribuiria, destruyendo las pretensiones arrogantes de la Francia, á dar la tranquilidad á la Europa.

Otto, ministro frances en Viena, podia ver ya en el gobierno austriaco una disposicion á hacer revivir las antiguas pretensiones que habian aniquilado las victorias de Napoleon, i escribió á su córte, desde el principio de enero, que el Austria fundaba ya un mérito en no declarar inmediatamente la guerra á la Francia. El envío del general Bubna á París dió un carácter mas favorable á la intervencion de los ministros austriacos. Informó al gabinete frances de que el emperador Francisco estaba pronto

á tratar con la Francia como aliada fiel, con tal que se le permitiese igualmente al Austria tratar con las demas potencias como nacion independiente.

Napoleon no dejó mucho tiempo al gabinete austriaco en la creencia de que sus pérdidas hubiesen disminuído en nada sus altas pretensiones, ó le hubiesen determinado á abjurar sus proyectos de soberanía universal. Segun sus declaraciones al senado i al cuerpo de los representantes del pueblo frances, ni el sentimiento de las desgracias pasadas, ni el temor de las que podrian sobrevenir, no le indujeron á abandonar la mas injusta de sus usurpaciones, la mas desarreglada de sus pretensiones: estaba decidido á restablecer su preponderancia armada, i á desenvainar otra vez la espada; en una palabra, el recuerdo de su retirada de Moscou debia borrarse con nuevas victorias antes de consentir ningun tratado de pacificacion.

Las notas del *Monitor*, durante el invierno de 1812 á 1813, notas que siempre redactaba Bonaparte, contenian el desafio que se atrevia á hacer á la Europa, i declaraban que tenia intencion de hacer marchar de frente las dos guerras de España i Alemania. Se proponia al mismo tiempo abrir la campaña de Alemania (á pesar de haber perdido la alianza de la Prusia i del Austria) con un ejército doble del que habia llevado á Rusia, i reforzar los ejércitos de España de modo que mantuviese en ella un ejército efectivo de trescientos mil hombres. »Si alguno, decia él mismo, deséase saber á que precio consentiria conceder la paz, podria verlo en la carta del duque de

Bassano al lord Castlereagh, antes que principiase la campaña de 1812.”

Si se consulta aquel documento, se echará de ver que no contiene la menor cesion por parte del emperador de Francia, sino que se pide que ceda la Inglaterra á su hermano José la España (casi libre entonces) con la oferta de dejar á sus soberanos legítimos el Portugal i la Sicilia; pero ninguno de aquellos dos reinos dependia de Napoleon. En otros términos consentia en desistir de las pretensiones que le era imposible hacer valer, bajo condicion de que se le concedieran todos los puntos que todavia eran dudosos.

Era estravagante suponer que la Inglaterra, despues de los desastres que habia ocasionado la retirada de Rusia, quisiese aceptar unas condiciones que habia reusado cuando Napoleon estaba á la cabeza de su hermoso ejército, i ufano con la esperanza de sus futuras conquistas. Cuando el Austria pues, ofreció su mediacion á la córte de San James se contentaron los ministros ingleses con hacer ver lo ridículo de las preteasiones de la Francia, en documentos que se miraban como auténticos; pidieron que se anulasen, i que Napoleon hiciese ó prometiese algunas concesiones antes que consintiesen detener su marcha con negaciones inútiles.

En resumidas cuentas, el destino del mundo estaba de nuevo confiado á la suerte de los combates, i probablemente debian todavia verterse arroyos de sangre antes de establecer un principio que pudiese servir de base para una pacificacion general.

Napoleon tomó una medida política cuya mira era evidentemente la de conciliarse su suegro el emperador de Austria. Se estableció una regencia durante su ausencia, i se nombró regenta á María Luisa. Pero se la privó de todo poder real i efectivo, porque Napoleon se reservó esclusivamente el privilegio de presentar todos los decretos que debia dar el senado, i no dejó á la emperatriz mas que el derecho de presidir á las sesiones de aquel cuerpo.

## CAPITULO VI.

## RESUMEN DEL CAPITULO VI.

ESTADO DEL EJÉRCITO GRANDE FRANCES. — AVANZAN LOS RUSOS I SE PRESENTAN SOBRE EL ELBA. — POR TODAS PARTES SE REUNEN Á ELLOS LOS HABITANTES. — EVACUAN LOS FRANCESES Á BERLIN, I SE RETIRAN SOBRE EL ELBA. — SE REUNE Á LOS ALIADOS EL PRÍNCIPE REAL DE SUECIA CON TREINTA I CINCO MIL HOMBRES. — LOS SOBERANOS DE RUSIA I PRUSIA OCUPAN Á DRESDE. — MUERTE DEL MARISCAL BESSIERES, ACABADA EL 1 DE MAYO. — BATALLA DE LUTZEN, DADA EL DIA 2. — PIERDEN LOS ALIADOS VEINTE MIL HOMBRES ENTRE MUERTOS I HERIDOS, I CONSERVAN LOS FRANCESES EL CAMPO DE BATALLA DESPUES DE HABER TENIDO UNA PÉRDIDA CONSIDERABLE. — LOS ALIADOS SE RETIRAN Á BAUTZEN. — LOS DINAMARQUESES I LOS FRANCESES TOMAN Á HAMBURGO. — BATALLA DE BAUTZEN, DADA EN LOS DIAS 20 I 21 DE MAYO, CON GRANDE PÉRDIDA POR AMBAS PARTES. — QUEDAN LOS FRANCESES DUEÑOS DEL CAMPO DE BATALLA. — SE RETIRAN LOS ALIADOS EN BUEN ÓRDEN. — EL 23 PIERDEN LA VIDA LOS GENERALES FRANCESES BRUYERES I DUROC. — DOLOR DE NAPOLEON AL SABER LA MUERTE DEL ÚLTIMO. — ARMISTICIO FIRMADO EL 4 DE JUNIO.

## CAPITULO VI.

**V**olvamos otra vez nuestras miradas ácia la Alemania, país que fué durante tanto tiempo el teatro de las querellas de la Europa, i en donde el feliz éxito de los rusos i la entera derrota del ejército de Napoleon habian trasladado nuevamente la guerra. Dejamos los restos del ejército grande caminando á toda prisa ácia las fortalezas que ocupaban los franceses en Prusia, donde se distribuyeron del modo siguiente :

Antes que abandonase Murat el ejército grande introdujo en Thorn.....	6,000	hombres.
En Modlin.....	8,000	
En Zamosk.....	4,000	
En Graudentz (prusianos)...	6,000	
En Dantzick.....	30,000	
Total.....	<u>54,000</u>	

Este total de cincuenta i cuatro mil hombres era todo lo que quedaba de lo que Napoleon continuaba llamando ejército grande de Rusia, á pesar de que la tercera parte de aquellos soldados no habian entrado nunca en aquel país, por haber estado empleados en Lituania ó en Volhinia, libertándose por este medio de los horrores de la retirada.

Avanzando las tropas ligeras de los rusos aun mas allá de la línea del Oder, empezaron á dejarse ver sobre el Elba, i vieron por todas partes unirse á ellos los habitantes del país, que influidos con las doctrinas de *Tugend Bund*, é inflamados de ódio contra los franceses tomaron las armas en todas cuantas partes vieron parecer á sus libertadores. Los franceses retrocedieron de todos lados i evacuando el príncipe Eugenio á Berlin se retiró sobre el Elba.

Mientras que las tropas ligeras de Rusia i Prusia recorrían la Alemania ó por lo menos las provincias del oeste i norte pasó el rey de Suecia á Stralsund en el mes de mayo de 1813 con un contingente de treinta i cinco mil hombres, en virtud del convenio que habia concluido en Abo, i esperó con inquietud la union que debia ponerle á la cabeza de las tropas rusas i alemanas, i aumentar su cuerpo principal hasta el número de ochenta ó cien mil hombres. Las proclamas de independencia que publicaron los aliados, les grangearon amigos en cuantas partes se presentaron, i tres cuerpos de cazadores, mandados por Czernicheff, Tettenborn i Winzingerode, se esparcieron sobre las dos orillas del Elba. Los franceses se retiraron de todas partes para reconcentrarse bajo los muros de Magdeburgo i de otras plazas fortificadas que poseían todavia. Al mismo tiempo se declararon en favor de los aliados Hamburgo, Lubeck i otras ciudades, i recibieron sus tropas con una alegría de que Hamburgo en particular fué castigado severamente por los acontecimientos que se siguieron.



El general frances Morand se esforzó para detener el torrente de lo que llamaban defeccion, i con cerca de cuatro mil hombres se apoderó de Luneburgo, que se habia declarado en favor de los aliados. Estaban ya las tropas en la plaza, i á punto, decian, de establecer tribunales militares i castigar los crímenes políticos de los ciudadanos, cuando parecieron en un instante los rusos, mandados por el activo Czernicheff; se abrieron un camino en la ciudad, con la espada en la mano, i el 2 de abril de 1813 mataron ó hicieron prisionero todo cuanto componia el cuerpo de Morand. El virey Eugenio trató de poner límites al atrevimiento que manifestaban entonces los aliados, dando un golpe atrevido. Abandonó enteramente las cercanías de Magdeburgo con la mira de sorprender á Berlin; pero fué sorprendido él mismo en Mockern, rechazado, derrotado i obligado á encerrarse en Magdeburgo, donde fué bloqueado.

La Dinamarca principió á tratar con los aliados, i aun en una ocasion hizo una demostracion para unir sus armas con las suyas, como se verá despues.

El rey de Sajonia, que habia sido siempre el amigo mas sincero de Napoleon, no se atrevió entonces á arrostrar la tempestad. Se retiró á una plaza segura en Franconia, mientras que su ejército se separaba de los franceses, i que, arrojándose en Torgau, principiaba á estipular una neutralidad que hubiera concluído probablemente como la de York, por una union con los aliados.

Davoust se retiró ácia el norte, despues de haber hecho volar el hermoso puente de Dresde,

á pesar de la tumultuosa oposicion de los habitantes que le llenaron de execraciones. El emperador de Rusia i el rey de Prusia pusieron muy pronto su cuartel general en Dresde, donde todas las clases de ciudadanos los recibieron con alegres aclamaciones.

A la llegada de nuevas levás francesas por en medio de los desfiladeros de las montañas de la Turingia, salió Eugenio de Magdeburgo, i se reunió con ellas sobre el Saale. El total de las tropas francesas podria ser de ciento i quince mil hombres efectivos; pero la mayor parte eran reclutas, i aun muchos de ellos unos niños. El ejército de los aliados se reunió por el lado de Leipzick, i se estableció en el camino que debia seguir Napoleon para ir á aquella ciudad, i desde allí á Dresde, ácia cuyo punto se dirigia.

Acababa de hacerse en el ejército aliado un cambio importante, de resultas de la muerte del veterano Koutousoff, á quien habia reemplazado Wittgenstein en el mando general.

En Weissenfels i Poserna hubo escaramuzas el 29 de abril i el 1.º de mayo, i este último dia fué testigo de un acontecimiento doloroso para Bonaparte. Se empeñó un combate en el desfiladero de Rippach, cerca de Poserna, i no hubo nada de notable mas que la muerte de un excelente oficial. Habiéndose avanzado el mariscal Bessieres para ver como iba la accion, fué muerto de un balazo. Debe acordarse el lector que este mariscal fué el gefe de las guardias de Napoleon, desde el tiempo que tenian el humilde título de guias, hasta el momento actual que componian la guardia im-

perial, de la cual era coronel general. Su cuerpo fué cubierto con un paño blanco, i se ocultó su muerte todo el tiempo posible á la guardia, que le estimaba mucho. En otra ocasion, habiéndole muerto el caballo que montaba, le dijo Napoleon que debia grandes obligaciones á la bala que habia matado su caballo, puesto que le habia hecho conocer lo mucho que le amaba la guardia, la cual le habia llorado como muerto. Pero esta vez habia llegado su hora; Napoleon lo sintió sinceramente, porque se hallaba de este modo privado de uno de sus mas antiguos i de sus mas constantes servidores, en un momento en que le era adversa la fortuna.

A pesar de eso no se entibiaba la guerra. El ejército frances continuó avanzando ácia Leipsick por el lado del sud, i los aliados se aproximaron por el del norte para defender aquella plaza.

El centro del ejército frances estaba colocado cerca del pueblo llamado Kaya, bajo las órdenes del mariscal Ney; estaba sostenido por la guardia imperial, con su hermosa artillería, ordenada delante de la ciudad de Lutzen, célebre por la última batalla de Gustavo Adolfo, i que iba á ver una tragedia todavia mas sangrienta. Marmont mandaba el ala derecha, que se estendia hasta el desfiladero de Poserna. El ala izquierda de los franceses iba desde Kaya hasta el Ester. Como no esperaban á verse forzados á tener una accion en aquel sitio, ni aquel dia (2 de mayo), hacia Napoleon marchar su derecha adelante, hallándose Lauriston á la cabeza de la columna con la intencion de

apoderarse de Leipsick, i contando encontrar el ejército de los aliados á espaldas de aquella ciudad.

Pero estos, animados con la presencia del emperador Alejandro i del rey de Prusia, habian tomado la atrevida resolucion de avanzar ácia el sud durante la noche, á lo largo de la orilla izquierda del Ester, trasladarse por la mañana sobre la derecha, i atacar el centro del ejército frances, mandado por Ney, con la flor de sus tropas, á las órdenes de Blucher.

Fué irresistible el furor de aquel ataque, i á pesar de la defensa mas obstinada, se apoderaron los aliados del pueblo de Kaya, punto sobre el cual se apoyaba el centro de los franceses. Era aquel un momento de crisis digno del genio de Napoleon, i no se faltó á sí mismo. Atacado de flanco, mientras que él marchaba en columna, logró, por un movimiento que era un golpe maestro, hacer volver sus dos alas de modo que pudieron adelantar á su turno el flanco de las alas de los enemigos. Condujo en persona su guardia para sostener su centro, que estaba casi roto. El combate fué tanto mas obstinado i sangriento, cuanto que se veía de un lado la flor de la juventud prusiana, que habia abandonado sus universidades para sostener la causa del honor nacional i de la libertad, i del otro los jóvenes de París, un crecido número de los cuales pertenecian á las clases superiores de la sociedad, i cuyo valor trataba de mantener la fama nacional. Por ambas partes estaban animados los combatientes con la presencia de sus soberanos respectivos; sostuvieron el honor de su

país, i pagaron un ámplio tributo á las parcas. El ejército frances constaba de ochenta i un mil infantes i cuatro mil caballos; i el de los aliados de ciento siete mil hombres, entre ellos veinte mil de caballería.

La batalla duró muchas horas antes que pudiera juzgarse si los aliados lograrían su objeto de romper por en medio el centro del ejército frances, ó si los franceses, antes de sufrir aquel descalabro, conseguirían hacer volver sus alas sobre los flancos de los aliados. En fin este acontecimiento principió á parecer el mas probable. Reconocióse que las descargas de fusilería que se oían á lo lejos sobre la derecha i la izquierda, i cuyo doble ruido se distinguía en medio del tumulto del centro, eran de Macdonald i Bertrand, quienes mandaban las alas francesas. En el interin logró el emperador volver á tomar el pueblo de Kaya, por un nuevo esfuerzo, i haciendo pasar los aliados con destreza sus tropas consumidas entre las dos ramas aproximadas que figuraban de este modo las dos alas de Napoleon, se retiraron del combate sin otra pérdida que la que habian sufrido ya en el campo de batalla; pero habia sido inmensa aquella pérdida. Veinte mil hombres de los aliados fueron muertos ó heridos. De este número era Scharnhorst, uno de los mejores oficiales de estado mayor de la Europa, que habia organizado con tanta habilidad la *landwehr* i los cuerpos de voluntarios de Prusia. Los príncipes Leopoldo de Hesse Hombourg, i el de Mecklenbourg Strelitz, ligado muy de cerca con la familia real de Inglaterra, perdieron igualmente la vida.

El veterano Blucher fué herido, pero rehusó retirarse, i le curaron sus heridas en el campo de batalla. El ejército frances sufrió por su parte una pérdida considerable, pues se calcula en doce mil hombres entre muertos ó heridos i siete ú ocho de sus generales.

La batalla de Lutzen tuvo verdaderamente resultados importantes, aunque menos decisivos que los que pintaban con tan vivos colores los boletines. Los monarcas aliados se retiraron sobre el Mulcla, i fué necesario abandonar toda esperanza de empeñar á la Sajonia á que entrase en la coalicion. Las tropas francesas fueron de nuevo recibidas en Torgau por orden espresa del soberano, á pesar de la oposicion del general sajón Thielman. El rey de Sajonia abandonó á Praga, donde se habia retirado últimamente, i llegó á Dresde el 12. Napoleon dispuso una fiesta militar para recibir al viejo monarca, i le volvió á conducir como en triunfo á su hermosa capital. No podia el corazon paternal de Federico Augusto volverla á ver entonces con mucho placer; porque, mientras que ocupaban los franceses la parte de Dresde que estaba sobre la orilla izquierda del Elba, apenas habian los aliados evacuado la otra; i todavia se disputaban el puente de barcas, quemado hasta la superficie del agua, empeñados los franceses en repararle, i los aliados en destruirle.

Otro resultado de la batalla de Lutzen fué que los aliados no pudieron mantenerse sobre el Elba. Su principal cuerpo de ejército no se retiró á pesar de todo sino hasta Bautzen, ciudad inmediata al nacimiento del Spree,

á unas doce leguas de Dresde, donde escogió una fuerte posicion. Destinóse para cubrir á Berlin un ejército de observacion, á las órdenes del geneaal Bulow, en el caso que el enemigo hiciese alguna tentativa por aquel lado. De este modo se hallaban los aliados en una situacion igualmente favorable para recibir refuerzos, ó para retirarse sobre la Silesia, si se veían atacarlos antes de recibirlos.

Pero uno de los resultados mas desagradables de aquella batalla fué la precision en que se hallaron los aliados de retirarse en toda la línea de la orilla derecha del Elba.

Desde el 9 de mayo, dia en que se retiró el cuerpo principal de ejército de los aliados, atacó Davoust vivamente la plaza de Hamburgo á la cabeza de cinco ó seis mil hombres, amenazándola con castigarla por el papel que habia representado. Por último los dinamarqueses evacuaron á Hamburgo, en la tarde del 12 de mayo para volver bien pronto en un sentido enteramente diverso; porque habiéndose asegurado que estaban decididos los aliados á insistir en que la Dinamarca cediese la Noruega á la Suecia, i pareciendo anunciar la noticia de la batalla de Lutzen, que el astro de Napoleon volvió á tomar su ascendiente, rompió el príncipe dinamarques su negociacion con los aliados, i renovó su liga ofensiva con la Francia.

El 30 de mayo tomaron posesion de Hamburgo en nombre de Napoleon cinco mil dinamarqueses, aliados de la Francia en aquel entonces, i mil i quinientos franceses. A pesar de todo mantuvieron una buena disciplina, i no hubo mas saqueo que el de las exaccio-

nes regulares; pero aquella ocupacion solo fué el prelude de una larga serie de males que sufrió Hamburgo durante todo el tiempo de las hostilidades; i aunque esta desgraciada ciudad quedó entonces reducida, se continuó la guerra en sus inmediaciones.

Mientras tanto, Dresde era el teatro de las negociaciones políticas, i en sus inmediaciones resonaba el ruido de las armas. El conde Bubna hizo muy fuertes reconvencciones á Bonaparte de parte del emperador de Austria para preparar una paz general; i parece probable que Napoleon procuró deslumbrar al gabinete de Viena haciéndole ver ventajas capaces de decidirle á declararse á favor suyo. Las audiencias del conde de Bubna se prolongaban hasta media noche, i al parecer se discutian en ellas asuntos de la mayor importancia.

Durante algunos dias se limitó la guerra á algunas escaramuzas en la márgen derecha del Elba, cuyo éxito fué dudoso i pasó á menudo de uno á otro partido. El dia 12 de mayo, Ney atravesó el rio cerca de Torgau, i amenazó el territorio prusiano, dirigiéndose ácia Spremberg i Hoyerswerder, como si hubiese querido atacar á Berlin, que solo le protegía el ejército de observacion de Bulow. Sin duda que su objeto era incitar á los aliados á dejar su fuerte posicion de Bautzen, inspirándoles temores por la capital de Prusia; pero conservaron su posicion, i Napoleon marchó en persona para desalojarles de ella. Salió de Dresde el dia 18 de mayo: avanzando ácia Bautzen, pasó cerca de las ruinas de la hermosa ciudad pequeña de Bischoffswerder, i manifestó un



pesar muy sincero cuando supo que la soldadesca francesa la habia incendiado, despues de un encuentro que habia tenido en sus inmediaciones con un cuerpo ruso. Prometió que la haria edificar de nuevo, i mandó dar inmediatamente una suma de cien mil francos á los habitantes como una parte de indemnizacion por sus pérdidas. En otra ocasion pasando por un campo de batalla en donde no habian recogido aun los heridos, manifestó una tierna sensibilidad, cosa que en él no era extraordinaria, pues no podia ver sufrir á nadie sin manifestar compasion.

„Señor, su herida es incurable,“ le dijo un cirujano, á quien mandaba que socorriese á uno de aquellos infelices.

„Con todo, probad si puede curar“ replicó Napoleon; i añadió bajando la voz, „siempre será una víctima menos.“

El dia 21 al llegar el emperador á Bautzen, fué personalmente á reconocer la formidable posicion de los aliados. Ney se reunió con el emperador á las tres de la tarde, i el ejército pasó el Spree por diferentes puntos en frente del ejército de los aliados. Napoleon estableció su cuartel general en la ciudad abandonada de Bautzen, i su ejército avanzando lentamente ácia el enemigo con la mayor precaucion, se acampó formando una línea que se estendia de éste á oeste en frente del enemigo. Los aliados se concentraron con el mismo cuidado, i la izquierda, que la formaban los rusos, se apoyaba en unas montañas cubiertas de árboles. Las baterías que dominaban las inmediaciones hacian el centro inaccesible.

Como era inútil pensar en atacar de frente semejante posición, Napoleon acudió á la maniobra de la guerra moderna que jamas ningun general ha entendido mejor que él, cual era la de rodearla i por consiguiente inutilizarla. A Ney se dió pues el encargo de hacer un círculo considerable al rededor del extremo izquierdo de los rusos, al paso que Oudinot les atacaba mas de cerca, debiendo llamar su atención, procurando ocupar los valles, i franqueando las montañas en las cuales estaban apoyados. Los rusos estaban preparados á esta última tentativa: Miloradowitch i el príncipe de Wurtemberg defendieron este punto con el mayor valor; i á pesar de los prodigiosos esfuerzos de Bonaparte, la fortuna del dia pareció declararse en favor de los aliados. Napoleon dirigió seguidamente un ataque contra las alturas fortificadas sobre la derecha de los aliados, que defendian los prusianos, en donde tropezó tambien con muchas dificultades i esperimentó mucha pérdida. Solo despues de haber puesto en movimiento todas sus reservas, i haberlas combinado perfectamente, pudo al cabo conseguir su proyecto. Soult condujo el ataque i lo sostuvo con las puntas de las bayonetas; i al cabo de cuatro horas de una lucha sangrienta durante las cuales varias veces se ganaron i perdieron las alturas, los franceses quedaron dueños de ellas.

En el instante en que los franceses acababan de ganar el punto de apoyo de la derecha de los aliados, el cuerpo de Ney con los de Lauriston i Regnier, formando en junto sesenta mil hombres, se habian establecido á sus

espaldas. Entonces fué cuando Blucher se vió precisado á abandonar aquellas alturas que tanto tiempo i tan valerosamente habia defendido.

Pero aunque los aliados estuviesen así rodeados por ambas alas, que en consecuencia se vieron precisados á replegarse sobre el centro hicieron su retirada en buen órden como en la batalla de Lutzen.

Llegó la noche, i la única ventaja decisiva que sacó Napoleon de aquella sangrienta jornada, fué el haber cortado la retirada de las tropas aliadas por los caminos reales de Silesia i ácia Breslau que es la capital, rechazándoles ácia los caminos mas impracticables inmediatos á la frontera de Bohemia.

Todo el dia 22 de mayo se pasó en ataques contra la retaguardia de los aliados, i estos los rechazaron todos con su calma i su táctica. El emperador Napoleon se puso á la cabeza de la columna que les perseguia, i se espuso al fuego bien sostenido i mejor dirigido con que Miloradowitch cubria su retirada. Escitaba á sus generales á que persiguiesen con vigor, valiéndose de espresiones que indicaban su impetuosidad.

En las alturas de Reichenbach, hizo alto la retaguardia de los rusos, i mientras que los coraceros de la guardia disputaban el paso á los lanceros rusos, una bala de cañon mató al general Bruyeres: era un veterano del ejército de Italia, favorito de Napoleon, i un compañero de sus primeras campañas. Pero la fortuna aquel mismo dia reservaba un golpe todavia mas cruel para probar la sensibilidad de Napoleon. Cuando estaba examinando el

último punto en el cual los rusos continuaban su resistencia, una bala de cañon mató á un soldado de su escolta al lado suyo. »Duroc, » dijo á su antiguo servidor i su confidente fiel, entonces mayordomo mayor de su palacio, » hoy está la fortuna encarnizada contra nosotros. » Todavía este encarnizamiento no estaba agotado.

Pocos instantes despues, mientras que el emperador i su séquito pasaban por un camino hondo se oyeron tres cañonazos. Una bala dió contra un arbol, mató de rebote al general Kirchener, é hirió mortalmente á Duroc, á quien el emperador acababa de hablar. Mandó hacer un alto que duró todo el resto del dia; Napoleon estaba parado delante de su tienda, rodeado de sus guardias, que compadecian á su emperador como si hubiese perdido un hijo suyo. Fué á ver al moribundo, á quien la bala le habia roto las entrañas, i le espresó su afecto i su sentimiento. Esta fué la única ocasion en que la pena le absorbió enteramente, á tal punto, que no quiso oír los detalles militares, ni dar órdenes. » Todo esto para mañana, » respondia á los que se atrevian á pedirle instrucciones. Espidió mas de un decreto en favor de la familia de Duroc, i depositó doscientos napoleones en manos del pastor en cuya casa Duroc, dió el último suspiro, á fin de levantar un monumento en memoria suya, para el cual dictó él mismo un epitafio muy sencillo i tierno. Napoleon perdió en Bessieres i Duroc dos de sus mejores oficiales, dos de sus amigos los mas adictos i cuyas opiniones tenian mas influencia sobre él que las de los demas, á quienes

concedia menos confianza. Esta doble pérdida era de muy mal agüero para su fortuna.

Resumiendo el total de las pérdidas que ocasionó aquella batalla, debemos observar que los franceses sufrieron tanto mas, cuanto que la fuerte posicion de los aliados les ponía en cierto modo á cubierto del fuego.

La víspera de aquella sangrienta batalla, por consecuencia, se decia segun los deseos de la córte de Viena, que el conde de Nesserolde habia escrito una carta á Caulaincourt, duque de Vicencio, proponiendo un armisticio. La misma propuesta contenia una carta del conde Stadion á Talleyrand, que Napoleon habia mandado venir i tambien Fouché, acaso porque temia el efecto de sus intrigas durante su ausencia, en medio de las dificultades que le rodeaban. Este armisticio debia ser el preliminar de una negociacion para la cual el Austria proponia su mediacion.

Sin embargo, Napoleon ocupó á Breslau, que las princesas de la familia real de Prusia abandonaron para retirarse á Bohemia, é hizo levantar el sitio de Glogau, cuya guarnicion empezaba ya á padecer hambre. Hubo tambien algunas escaramuzas sangrientas sin que produjesen ningun resultado importante, en las cuales la victoria distribuyó sus favores con bastante igualdad; pero el ejército principal de los aliados no se manifestó dispuesto á empeñar tercera accion general; continuó su retirada ácia la Alta Silesia, i ni aun el amago de una marcha sobre Berlin pudo decidirle á una accion.

En fin, se concluyó el armisticio, que se firmó el dia 4 de junio. Bonaparte manifestó un

deseo sincero de hacer la paz, ó por lo menos aparentó desearla abandonando á los aliados la posesion de Breslau i de la Baja Silesia, que les permitia restablecer sus comunicaciones con Berlin. Los intereses del mundo, tanto tiempo confiados á la decision de las armas, parecian depender entonces de los argumentos de una asamblea de políticos.

## CAPITULO VII.

## RESUMEN DEL CAPITULO VII.

CAMBIAMIENTO EN LOS RESULTADOS PRODUCIDOS EN OTRO TIEMPO POR LAS VICTORIAS DE LOS FRANCESES. — DESALIENTO DE LOS GENERALES. — DECADENCIA DE LA DISCIPLINA DE LAS TROPAS. — MIRAS DEL AUSTRIA. — ARGUMENTOS EN FAVOR DE LA PAZ. — TENACIDAD DE NAPOLEON. — SITUACION DEL INTERIOR DE LA FRANCIA. — ENTREVISTA ENTRE NAPOLEON I EL MINISTRO AUSTRIACO METTERNICH. — RETARDOS EN LAS NEGOCIACIONES. — PLAN DE PACIFICACION PROPUESTO EL 7 POR EL AUSTRIA. — RÓMPESE EL ARMISTICIO EL 10. — ÚNESE EL AUSTRIA Á LOS ALIADOS. — DISPOSICIONES PACÍFICAS QUE NAPOLEON MANIFIESTA REPENTINAMENTE EN AQUELLA ÉPOCA. — SE ATRIBUYEN Á LA NOTICIA DE LA BATALLA DE VITORIA.

## CAPITULO VII.

Las victorias de Lutzen i Bautzen eran tan inesperadas i tan brillantes, que deslumbraron completamente á cuantos tenian una supersticiosa confianza en Bonaparte. Pero las espres-

siones de Augereau á Fouché, cuando este último pasó á Maguncia para ir al encuentro de Napoleon á Dresde, prueban lo que pensaban sus mejores oficiales. » ¡Ah! dijo, nuestro sol ya no tiene brillo. ¡Cuanto ruido han metido en París estas dos batallas, i cuan poco se parecen á nuestras victorias de Italia! ¡Que guerra! no perdonará uno solo de nosotros: no hará la paz; bien lo conoceis tan bien como yo: Napoleon se hará cercar por quinientos mil hombres; pero creedme: el Austria no le será mas fiel que la Prusia. Si, siempre será inflexible; i á no ser que le maten, i no le matarán, nos hará perecer á todos.”

En la realidad, se notaba generalmente que aunque los soldados franceses hubiesen conservado todo su valor, i que el emperador desplecase su talento acostumbrado, ya no resultaba, con mucha diferencia, el mismo efecto en los aliados.

Tambien se notaba que, aunque Bonaparte, haciendo esfuerzos inauditos hubiese organizado un ejército numeroso como el anterior, él mismo habia encontrado una imposibilidad de restablecer la misma disciplina que sus antiguos soldados habian perdido en los horrores de la retirada de Rusia, i que sus nuevos reclutas no conocian todavia. Los sajones i los silesios conocian que las cargas que necesariamente debe imponer la presencia de una fuerza armada, ya no las hacia llevaderas la especie de disciplina que en otros tiempos observaban los mismos franceses, i que era una garantía contra los ultrages gratuitos i contra la dilapidacion del botin. Ahora, por el contrario,



era una cosa muy comun ver un cuerpo de soldados arrojar, pisotear i destruir provisiones que quizás serian muy urgentes para un batallon que pasaria el dia siguiente. El valor i la energia del soldado frances siempre eran los mismos; pero el recuerdo de sus desgracias pasadas le habia vuelto mas egoista, mas devastador i mas feroz.

Los que veían las cosas bajo este punto de vista poco agradable, aunque amigos de la Francia i de Napoleon, llegaron á desear que nunca se hubiesen dado las batallas de Lutzen i de Bautzen, porque estas mismas acciones presentaban grandes obstáculos para arreglar una pacificacion.

Los partidarios de la paz sostenian que si Napoleon intentaba continuar la guerra, su prolongada permanencia en Sajonia i en Prusia animaría ciertamente al Austria á unirse á la coalicion formada contra él, i que suponiendo que eligiese á Dresde para centro de sus operaciones, se veria espuesto á que le cogiesen por el flanco los inmensos ejércitos del Austria, que bajarían en el valle del Elba por los desfiladeros de las montañas de la Bohemia.

Una conducta diferente, decían los mismos consejeros, aseguraria al Austria las intenciones pacíficas de la Francia, i propenderia al mismo tiempo á retener é intimidar á los demas aliados. Que Napoleon evacuase voluntariamente las fortalezas que estaban bloqueadas sobre el Oder i sobre el Elba; que aumentase de esta suerte su ejército con cincuenta mil veteranos; que con esta fuerza i las tropas que ya tenia á sus órdenes, se retirase detrás del Rhin, tan repe-

tidas veces proclamado como el límite natural de la Francia, ¿quién se atrevería á atacarle en su propia frontera, tan bien fortificada, defendida por semejante ejército, i teniendo á espaldas todos los recursos de la Francia? No sería ciertamente el Austria, pues una vez que estuviese asegurada que Napoleon habia renunciado á su proyecto de convertir la Francia en una nacion de soldados, i limitase sus miras á hacerla feliz, aquella potencia desearia seguramente mantener una dinastía unida á la suya, en un trono que podia llegar á ser la proteccion i el adorno de la Europa en vez de ser su terror i su azote.

En la realidad, aunque parecia que Napoleon, tomando el partido que se le aconsejaba, hubiera debido hacer grandes sacrificios, sin embargo en las circunstancias en que se hallaba, mas bien hubiera abandonado pretensiones que dependian de los eventos de la guerra, que no ventajas que estuviesen verdaderamente en su posesion, i hubiera cedido muy poca cosa, ó por mejor decir, nada hubiera cedido de lo que formaba los verdaderos límites de su imperio: esto se verá evidentemente echando una ojeada al supuesto abandono que se le pedia.

Por de contado debia renunciar á toda pretension sobre la España. Napoleon acababa de recibir la noticia de la batalla decisiva de Victoria que sellaba la libertad de la Península, i debia saber que, abandonando este punto tan disputado no perdía otra cosa mas que aquello de que ya le habia despojado la suerte de las armas; i por este medio hubiera puesto

á cubierto las provincias del sudoeste de la Francia de los ataques del ejército español é ingles, que ya estaba amenazando de invadirlas.

Es cierto que Napoleon en parte era dueño de la Alemania, mientras que la ocupacion de las fortalezas i los tratados á que habia sometido á los príncipes vasallos suyos pudiesen asegurar en ella su influencia. Pero toda la nacion, en cada provincia i en cada ciudad, era enemiga de la Francia i del soberano de la Francia, á causa de la supremacia que se habia arrogado, i de los males que habia hecho sufrir á todo el país, por sus pedidos perpétuos de tropas para expediciones lejanas, i por su sistema continental. Además, la cuestion de la guerra i de la paz estaba principiada insistiendo en la manumision de la Alemania, i no consintiendo á ella, no debia ignorar Napoleon que tendria contra sí la Rusia, la Prusia, la Suecia i los alemanes prontos á insurreccionarse por todas partes, apoyados con toda la fuerza imponente del Austria. Cualesquiera que pudiesen ser las condiciones del restablecimiento de la paz, un artículo indispensable debia ser el anonadamiento de la influencia, contra naturaleza, de la Francia sobre la orilla derecha del Rhin, i á Napoleon le tenia mas ventaja renunciar á ella voluntariamente, que esperar que la insurreccion de los pueblos i descontento de los soberanos, poco antes vasallos suyos, derribasen todo su sistema no dejando mas que los escombros.

La Inglaterra insistiria, indudablemente, en la libertad de la Holanda, pero este era un sacrificio que no debia costar mucho á Napo-

leon, que hubiera conservado la Bélgica i toda la márgen izquierda del Rhin desde Huninga hasta Amberes, que comprendia, los mas bellos estados de los antiguos duques de Borgoña, que nunca habian pertenecido á los antiguos reyes de Francia. La libertad de la Holanda podia compensarse con la restitution de algunas colonias francesas. La Inglaterra nunca ha impuesto condiciones muy duras cuando se ha tratado de una paz general.

Algunas dificultades hubieran podido suscitarse relativamente á la Italia; pero los vínculos estrechos que unian á los emperadores de Austria i de Francia, ofrecian diversos medios de allanarlas.

Por todo lo dicho, parece que se trató de algunas condiciones de esta naturaleza, que de un golpe hubieran terminado la guerra, dejando á Napoleon el mas bello reino de Europa, con un territorio mucho mas estenso que el que nunca hubiesen poseído los mas poderosos reyes de Francia. Al contrario, los países que hubiera debido ceder i las pretensiones á que hubiera debido renunciar, en el caso supuesto, se asemejaban al mastelero herido de un rayo durante una tempestad, que el marino tiene la prudencia de cortarlo para precaver el daño que podria acarrear al navío que ya de nada le sirve. Pero desgraciadamente sucedió que Napoleon, que en general era muy tenáz en sus opiniones, se imaginó que no podia cortar el tal mastelero sin amainar al mismo tiempo el pabellon que en él habia fijado; i que le era imposible renunciar á sus elevadas pretensiones, por muy disparatadas que fuesen, sin

menoscabar su gloria personal, en cuyo lustre cifraba toda su felicidad.

No quiso, pues, dar oídos á los que, haciendo valer argumentos semejantes á los que acabamos de esponer, le instaban para que hiciese de la necesidad virtud, abandonando lo que no podia conservar, sin correr el mayor riesgo de vérselo arrebatár. Insistió en sostener lo contrario, i citó las varias ocasiones en que habia obtenido triunfos, cuando en lances desesperados cada cual habia protestado de antemano contra los medios arriesgados de que se servia para salvarse. Esta tenacidad no nacia solamente de aquella confianza natural en su superioridad, que siempre se nota en una alma tan enérgica, sino que la habian alimentado todos los acontecimientos de su vida.

» A la edad de treinta años, decia de sí mismo, ya habia hecho todas mis conquistas; gobernaba el mundo, habia confundido los partidos, reunido una nacion, creado un gobierno, un imperio.... Debemos convenir que la fortuna me echó á perder; siempre he mandado; desde el principio de mi carrera me he visto con el poder en la mano, i tales han sido las circunstancias i mi fuerza, que desde que he tenido el mando, ya no he reconocido señores ni leyes. »\*

Nada puede añadir el historiador á una confesion tan franca. No es extraño que un hombre favorecido constantemente por la fortuna se complaciese en jugar recio; i que despues

---

\* *Diario del conde de Las-Casas*, tomo VII, pag. 157, ed. francesa de 1824.

de haber multiplicado sus albures con una confianza entera en su dicha, quisiese continuar jugando hasta el punto de perder en vez de ganar, al paso que la prudencia hubiera debido dictarle que dejase la partida cuando el naipe empezaba á declarársele contrario.

Talleyrand i Fouché quisieron que su amo se aprovechase de su esperiencia en aquella ocasion, i se esplicaron con mas ó menos reserva sobre el terror que su ambicion habia estendido, i sobre la determinacion que los aliados habian tomado, bien asi como el Austria, de no hacer la paz sin una garantía que les pudiese al abrigo de sus empresas futuras. Napoleon recibió sus avisos con desprecio, atribuyéndolos á una duda de la fuerza i de la perseverancia de su genio, ó una inquietud por su interés personal que les inclinaba á desear la conclusion de la guerra, á cualquier precio que fuese.

El armisticio ofrecia entonces una ocasion propicia para establecer las bases de una paz general, ó por mejor decir, pues tal era su verdadero motivo, para poner al Austria en el caso de explicar claramente cuales eran sus intenciones definitivas en aquella crisis inesperada, que la habia constituida en gran parte árbitra del destino de la Europa. Napoleon desde que habia llegado á Sajonia, se habia persuadido que, aunque fuese probable que el Austria se aprovecharia de aquel instante crítico para precisarle á restituir las provincias ilirias, i acaso otros estados de que le habian despojado las guerras anteriores, sin embargo, el enlace que habia contraído con la familia imperial, i el

temor que inspiraban sus talentos militares, impedirían definitivamente que aquel gabinete hiciese causa común con los aliados. Si hubiese llegado á sus oídos una espresion que se escapó al ministro austriaco Metternich, le hubiera hecho mudar de opinion.

Maret, duque de Bassano, habia insistido fuertemente con el ministro austriaco sobre los vínculos que se habian establecido con el casamiento: Metternich le respondió con énfasis: "El casamiento, si, el casamiento, fué una union fundada en consideraciones políticas, *pero.....*"

Esta sola palabra descubria tanto como la mas pequeña llavecita que abre el arca de hierro mas sólida. Probaba con la mayor evidencia que la alianza que resultaba del casamiento no impediria al Austria, en la discusion de que se trataba, de seguir la marcha que exigiese la política general. Pronto se vió la prueba de ello, cuando el conde de Metternich vino á Dresde para tener una conferencia con Napoleon.

Este célebre hombre de estado, este perfecto cortesano, habia sido muy bien recibido en las Tullerías, i Napoleon parece que le habia considerado como uno de aquellos hombres en quienes la jovialidad i el buen humor se agregan á un carácter flexible i susceptible de dejarse guiar i dominar por un genio dotado de fuerza i carácter como el suyo. Se equivocaba completamente: Metternich, vivo i amable en sociedad, era firme i decidido en los negocios. Vió que habia llegado el momento de poner límites al poder absoluto de la Francia i de

Napoleon, i estaba resuelto, en lo que concernia al Austria, á no dejar de aprovecharse de la ocasion por ninguna mira de interés ó ventaja personal. Su entrevista con Napoleon fué en Dresde el dia 28 de junio, i los por menores siguientes pueden considerarse como auténticos.

Napoleon, que siempre se preciaba de adoptar un estilo sencillo i claro en todas sus negociaciones, ó mas bien de seguir su sistema de proponer al instante las únicas condiciones bajo las cuales consentiria en entrar en negociacion, no admitia medio alguno entre el rompimiento de las hostilidades i la aceptacion de la paz con las condiciones que juzgaba conveniente dictar. Esta manera perentoria i sin réplica de tratar, propendia grandemente á abreviar las formas de la diplomacia; no tenia mas que un inconveniente, cual era el de no convenir sino en boca de un vencedor, ó cuando el renuevo de las hostilidades, segun todas las probabilidades humanas, debia ser el principio de una carrera de victorias.

Napoleon reconvino á Metternich de favorecer á sus enemigos, tardando tanto tiempo á entablar la negociacion. Dió á entender que el ministro austriaco acaso habia huído el cuerpo hasta que la Francia estuviese mas abatida que al principio de la campaña, al paso que ahora que habia ganado dos batallas, el Austria interponia su mediacion para impedir que siguiese el curso de sus victorias. »Presentándose el Austria para ser mediadora, dijo, no representa, con respecto á mí, ni el papel de amiga, ni el de juez imparcial; es mi enemiga. Vinds.



estaban en vísperas de declararme la guerra, cuando la victoria de Lutzen les hizo juzgar prudente reunir fuerzas mas considerables. Ahora han reunido vmds. doscientos mil hombres detrás de las montañas de Bohemia, bajo las órdenes de Schwartzenberg. ¡Ah Metternich! ya conozco el objeto de vuestro gabinete. Quereis aprovecharos de mis dificultades, i coger el momento favorable para volver á ganar cuanto se pueda de lo que yo os he conquistado. La única cuestion que se examina es la de saber si será mas ventajoso ponerme á contribucion ó hacerme la guerra. Todavía no os habeis fijado sobre este punto, i acaso solo habeis venido aqui para certificaros de lo que mas conviene. Ahora bien, hagamos un trato, ¿cuánto quereis?

Metternich respondió á este principio insultante » que la única ventaja que deseaba su soberano era ver restablecerse en los congresos generales de Europa, aquella moderacion i respeto por el derecho de las naciones, de que él mismo estaba penetrado; queria, ante todo, adoptar un sistema de equilibrio que estableciese la tranquilidad universal bajo la garantía de una asociacion de estados independientes.”

Era facil de concebir adonde iba á parar este discurso i cual seria su conclusion. Napoleon afectó mirarlo como una figura de retórica cuyo objeto era encubrir las miras particulares del Austria. » Yo hablo muy claro, dijo, i voy al grano. ¿Les conviene á vmds. aceptar la Iliria i mantenerse neutrales? No pido mas que neutralidad, pues me basta mi ejército contra los rusos i los prusianos.

— » ¡ Ah ! ¡ señor ! respondió Metternich , no depende mas que de vuestra magestad unir todas nuestras fuerzas con las vuestras ; pero debo decir la verdad : las cosas han llegado á un punto que el Austria no puede quedarse neutral ; es forzoso que seamos por vos ó contra vos. »

Despues de esta declaracion explícita , de la cual podia deducirse que el Austria no dejaria las armas á menos que Bonaparte aceptase las condiciones que habia propuesto para una pacificacion general , i que estaba determinada á rehusar cualquier ventaja que pudiera ofrecérsela para comprar su neutralidad , el emperador i el ministro austriaco se retiraron á un gabinete , sin que les siguiesen sus secretarios , i alli es presumible que Metternich le comunicó circunstanciadamente las condiciones que el Austria le proponia. Muy luego se oyó á Napoleon que decia en alta voz : » ¡ Que ! ¡ no solo la Iliria , sino la mitad de la Italia , el restablecimiento del papa , el abandono de la Polonia , la renuncia de la España , de la Holanda , de la confederacion del Rhin , de la Suiza ! ¿ Esta es vuestra moderacion ? ¡ Vais ofreciendo vuestra alianza de un campo á otro , en donde podreis obtener mas estension de territorio , i hablais de indepenencia de las naciones ! En resumen quereis la Italia ; la Suecia pide la Noruega ; la Inglaterra quisiera tener la Holanda i la Bélgica. Quisierais desmembrar el imperio frances , i verificar todos estos cambios solo con una amenaza de guerra de parte del Austria. ¿ Podeis acaso esperar que ganareis , con una plumada , tan crecido número de plazas

las mas fuertes de Europa, cuyas llaves me han costado batallas i victorias? ¿Creeis que seré tan dócil que haga retirar á mis soldados haciéndoles volver á pasar el Rhin, los Alpes i los Pirineos con las armas á discrecion, i que firmando un tratado que es una verdadera capitulacion, me entregue como un necio en manos de mis enemigos, contando en su generosidad para obtener un permiso dudoso de existir? ¿Acaso cuando mi ejército victorioso se halla á las puertas de Berlin i de Breslau, espera el Austria arrancarme semejante concesion, sin disparar un tiro ni sacar la espada de la vaina? Esperarlo es insultarme. ¿I es mi suegro quien concibe semejante proyecto? ¿Es él quien os envia? ¿En que actitud quiere presentarme á los ojos del pueblo frances? Grandemente se equivoca si supone que un trono mutilado pueda servir de abrigo en Francia á su hija i á su nieto. ¡Ah! Metternich, acabó diciendo, ¿cuanto os ha dado la Inglaterra para determinaros á hacerme la guerra?"

El ministro austriaco, no dignándose defenderse de una acusacion tan grosera, solo respondió con un aire de desprecio i resentimiento. Siguióse un profundo silencio, durante el cual Napoleon i Metternich se paseaban aceleradamente en la sala sin mirarse el uno al otro. Bonaparte dejó caer su sombrero quizás para salir de aquella penosa situacion, pero Metternich estaba demasiado resentido para representar el papel de cortesano, i el emperador se vió precisado á cogerlo él mismo. Napoleon tomó entonces la palabra con un tono mas moderado, i dijo que todavia no desesperaba de

hacer la paz: insistió para que se reuniese el congreso; queria que aun cuando se volviesen á romper las hostilidades, no por eso dejasen de continuarse las negociaciones para la paz. En fin, como un comerciante astuto que procura hacer un negocio ventajoso, dijo en voz baja á Metternich, que su ofrecimiento de la Iliria *no era su última palabra*.

Sin embargo, habia dicho su última palabra, i uno i otro sabian perfectamente entonces cuales eran sus miras recíprocas. Metternich habia rehusado todos los ofrecimientos de ventaja particular que pudiesen hacerse al Austria para separarla de la causa general, i Bonaparte habia desechado como un insulto toda proposicion que propendiese á ponerle en igualdad con los demás soberanos de la Europa; queria ser Cesar ó nada. El insulto personal que habia hecho á uno de los hombres que más influencia tenían en los consejos del Austria, no era de buen agüero para la negociacion; de suerte que toda esperanza de paz parecia mas lejana que nunca.

En consecuencia, los negocios iban con mucha lentitud en el congreso de Praga, i tomaron un rumbo evasivo. El congreso se habia fijado para el dia 5 de julio, i debía durar hasta el 10 de agosto, para que hubiese tiempo de entenderse sobre las proposiciones contestadas. La Inglaterra se habia negado á ser parte en el armisticio alegando que estaba convencida de que Napoleon no consentiria en ninguna condicion razonable. Por último el dia 7 de agosto propuso el Austria su plan de pacificacion, cuyas bases consistian en lo que sigue: 1.º la

supresion del gran ducado de Varsovia, que debia dividirse entre la Rusia, la Prusia i el Austria; 2º el restablecimiento de las ciudades anseáticas en su antigua independendencia; 3º la reorganizacion de la Prusia, dando á este reino una frontera en el Elba; 4º la cesion al Austria del puerto de Trieste i de las provincias ilirias. Por el momento no se trató de la evacuacion de la España i de la Holanda, cuyo objeto pretendia principalmente la Inglaterra, que no hacia parte en el congreso, i se reservaron el tomar en consideracion esta materia cuando se hiciese la paz general. El artículo último estipulaba que la situacion de las potencias europeas, tanto de primer orden como de inferiores, se garantizaria á todas i á cada una de ellas, de la manera que se arreglaria en el tratado de paz, sin que nada pudiese innovarse sin el consentimiento general.

Bonaparte ofreció mucho; pero la mayor parte de sus concesiones iban cargadas de condiciones que probaban con cuanta repugnancia las hacia, i que, en varios casos, parecian prepararle los medios de revocarlas cuando las circunstancias se lo permitiesen.

1º Napoleon consentia en ceder el gran ducado de Varsovia; pero pedia que Dantzick, cuyas fortificaciones deberian arrasarse, quedase ciudad libre, i que se indemnizase á la Sajonia de la cesion del ducado, á espensas de la Prusia i del Austria; 2º consentia en la cesion de las provincias ilirias, pero esceptuaba el puerto de Trieste; 3º pedia que la confederacion se extendiese hasta el Oder, i por último que se garantizase el territorio de la Dinamarca.

Antes que esta tardía aceptación de algunas de las condiciones propuestas por los aliados hubiese podido recibirse en Praga, había llegado el día 10 de agosto en que fenecía el armisticio, i el Austria había renunciado á la amistad de la Francia para entrar en la confederacion de los aliados. En la noche del 10 al 11 se vieron en el aire cohetes de nueva invencion que despedian mucho brillo, i que se disparaban de altura en altura entre Praga i Tachenberg, que era el cuartel general del emperador de Rusia i del rey de Prusia, para anunciar á estos soberanos que estaba roto el armisticio.

Metternich i Caulaincourt no por esto dejaron de continuar sus negociaciones, i repentinamente Napoleon pareció desear sinceramente la paz que hasta entonces había eludido. Metternich persistió entonces en sus reclamaciones relativamente á Trieste i á las ciudades anseáticas; no quiso admitir la continuacion de la confederacion del Rhin, como una solicitud hecha tan fuera de su lugar i caso, que casi podría llamársela ridícula, i exigió que se reconociese la independenciam del Alemania, no menos que la de la Suiza.

Bonaparte consintió, por fin en todas estas demandas, consentimiento que hubiera podido asegurarle la paz, si lo hubiese concedido en su entrevista con Metternich, ó mientras duraba el congreso, antes del día 10 de agosto. Pero es probable que Napoleon no podia resolverse á aceptar condiciones que le parecerian humillantes, ó que no consintió en hacer concesiones hasta una época en que segun todas las apariencias, ya no serian aceptadas,

para correr todavia la suerte de las armas, i poder hacerse un mérito, á los ojos de sus vasallos, de haber manifestado disposiciones pacíficas.

Se ha dicho, con mucha verosimilitud, que los aliados por su parte, se confirmaron en su opinion de exigir condiciones severas, por la noticia que recibieron de la batalla de Vitoria, i la probabilidad de que por consecuencia de ella, el ejército anglo-hispano podria pronto emplearse para una invasion en la Francia. Napoleon lo conoció de la misma manera, i envió á Soult, que era el mas hábil de todos sus generales, para oponerse, si fuese posible, á la marcha del general ingles victorioso, i por lo menos proteger el territorio de la Francia.

## CAPITULO VIII.

## RESUMEN DEL CAPITULO VIII.

FUERZA I DISTRIBUCION DEL EJÉRCITO FRANCÉS CUANDO VOLVIERON Á COMENZAR LAS HOSTILIDADES. — DE LOS ALIADOS. — PLAN DE CAMPAÑA DE AMBAS PARTES. — VUELVE MOREAU DE LOS ESTADOS-UNIDOS PARA JUNTARSE CON LOS ALIADOS. — ESTOS ATACAN Á DRESDE EL DIA 26 DE AGOSTO. — NAPOLEON LLEGA Á SU SOCORRO. — CONTINUACION DE LA BATALLA EL 27. — MUERTE DE MOREAU. — DERROTA I RETIRADA DE LOS ALIADOS CON GRAVE PÉRDIDA. — NAPOLEON VUELVE INDISPUESTO Á DRESDE. — VANDAMME ATACA Á LOS ALIADOS EN CULM. — LE RECHAZAN ÁCIA PETERSWALD. — COMBATE ENTRE LOS FRANCESES I PRUSIANOS EN LAS ALTURAS DE PETERSWALD. — VANDAMME RECHAZADO CON GRAVE PÉRDIDA I LE HACEN PRISIONERO. — EFÉCTOS QUE PRODUCE LA VICTORIA DE CULM EN LOS ALIADOS I EN NAPOLEON. — POSICION DIFICIL I APURADA DE NAPOLEON. — ABANDONA Á LOS ALIADOS LA MÁRGEN DERECHA DEL ELBA. — OPERACIONES DE LOS ALIADOS PARA REUNIR SUS FUERZAS. — OTRAS DE NAPOLEON PARA IMPEDIRSELO. — LOS GENERALES FRANCESES ESTAN OPUESTOS Á LA CONTINUACION DE LA GUERRA EN ALEMANIA. — DISCUSIONES ENTRE ELLOS I EL EMPERADOR. — NAPOLEON SE RESUELVE Á RETIRARSE SOBRE LEIPSICK.



## CAPITULO VIII.

**E**n ninguna época del armisticio tuvieron bastante probabilidad las esperanzas de paz para suspender un momento los preparativos de guerra.

Determinado Napoleon, como ya hemos visto, á constituir á Dresde el centro de sus operaciones, habia empleado todos los medios para convertir aquella capital en una especie de ciudadela. Se cortaron todos los árboles de las inmediaciones, incluso los que adornaban los jardines públicos i los paseos, para emplearlos en construir reductos i obras avanzadas con el objeto de poner la ciudad en un estado inexpugnable. Pero independientemente de Dresde i las fortalezas de las montañas inmediatas, tenia el emperador á Torgau, Wittemberg, Magdeburgo i otras plazas muy fuertes sobre el Elba, que le aseguraban la posesion del fértil i ameno valle de aquel rio. Habia establecido un campo atrincherado en la célebre posesion de Pirna, i formado un puente de barcas en el Elba, para estar en comunicacion entre aquella plaza i el fuerte de Stolpen; lo que probaba que Napoleon recelaba un ataque de la parte de las montañas de la Bohemia, detrás de las cuales el Austria habia reunido su ejército.

Napoleon reunió en aquel futuro campo de batalla los nuevos reclutas que continuamente iban llegando de las fronteras de Francia, i que por una combinacion singularmente in-

geniosa aprendian el manejo de las armas marchando contra el enemigo. \*

A principios de agosto tenia Napoleon unos doscientos cincuenta mil hombres en Sajonia i la Silesia. Este numeroso ejército estaba estacionado de manera que hacia frente al enemigo por todos los puntos en donde tenia el suyo. En Leipsick habia sesenta mil hombres bajo las órdenes de Oudinot; en Leewemberg, Goldberg, Buntzlau i otras ciudades en las fronteras de la Silesia, cien mil hombres que mandaba Macdonald; cincuenta mil en Lusace, cerca de Zittau; Saint-Cyr, con veinte mil estaba acantonado cerca de Pirna, para observar las montañas de la Bohemia, i los pasos por donde el Elba vierte sus aguas en Sajonia. En Dresde estaba el emperador con su guardia, compuesta de unos veinte i cinco mil hombres, que eran la flor de su ejército. Ademas de estas tropas, tenia Bonaparte un ejército considerable en Italia bajo las órdenes del virey Eugenio, i veinte mil bávaros estaban reunidos como cuerpo de reserva, á las órdenes de Wrede. Casi todos sus antiguos generales, que habian combatido i vencido tantas veces en su causa, se hallaban presentes

---

\* Por las órdenes exactamente calculadas, los reclutas que salian de diversos puntos ó depósitos de la frontera, se reunian en ciertos parages señalados: i como su número se iba aumentando á cada reunion sucesiva, en la primera se formaban por compañías, en la segunda por batallones, i despues por regimientos, aprendiendo de esta suerte á ejecutar todos los ejercicios de estos distintos cuerpos. Cuando los conscriptos llegaban al ejército, se les distribuia en los regimientos antiguos, cuyo ejemplo acababa de enseñarles la disciplina, que ya habian aprendido de una manera general.

en aquella guerra interesante; i el mismo Murat, que estaba bastante tibio con su cuñado, salió nuevamente de su bella capital, para tener la satisfaccion de medir su sable contra sus antiguos amigos los cosacos.

Los preparativos de los aliados estaban en una escala proporcionada. El refuerzo de los austriacos habia puesto en Bohemia ciento i veinte mil hombres, á los cuales agregaron los aliados ochenta mil rusos i prusianos, con los cuales ascendia el ejército á doscientos mil hombres. Confióse á Schwartzenberg el mando de estas tropas que se llamaron el ejército grande de los aliados, eleccion acertada, no solo por reconocimiento al emperador de Austria, que se habia unido á la confederacion en un momento tan crítico, sino en consideracion al talento militar de Schwartzenberg, su buen juicio, su penetracion i la calma de su carácter, calidades esenciales á todo general; pero mucho mas á uno que tiene el delicado encargo de mandar un ejército de distintas naciones. Estas numerosas tropas, estacionadas en las inmediaciones de Praga, i ocultas por la cordillera de montañas llamada Erzgebirg, se hallaban prontas á entrar en Sajonia, en cuanto se presentase la ocasion de sorprender á Dresde.

La otra mitad del ejército primitivo, llamado el ejército de Silesia, mandado por Blucher, compuesto de ochenta mil hombres, rusos i prusianos, defendia la frontera de este país i el camino de Breslau. Cerca de Berlin estaba el príncipe real de Suecia con un ejército de treinta mil suecos i cerca de sesenta mil prusianos i rusos, los primeros á las ór-

denes de Bulow, i los segundos de Winzingerode i Woronzoff. Ademas de estos ejércitos, Walmoden estaban en Schwerin con un cuerpo de treinta mil rusos, prusianos é insurgentes alemanes; Hiller con cuarenta mil austriacos, observaba el ejército italiano del virey, i el príncipe de Reuss se oponia á las tropas bávaras con un ejército igual al de Wrede.

Los aliados estaban convenidos en un plan de operaciones tan activo como prudente. Se cree que le formó primeramente el príncipe real de Suecia, i luego le revisó i aprobó el célebre Moreau. Este famoso general frances se vió empeñado por la situacion de los negocios de Europa i por las instancias de la Rusia á venir de América para juntarse al ejército de los aliados, é introducir en el consejo de los aliados aquella ciencia en el arte de la guerra que tanto le habia hecho famoso. A Moreau pasando de esta suerte al campo de los enemigos de la Francia, varios le han defendido como un patriota sincero que deseaba destruir el despotismo establecido en su país, al paso que otros le han condenado por haber tomado las armas contra la Francia para vengarse del indigno tratamiento que habia recibido del hombre que la gobernaba. No podemos juzgar á Moreau con justicia, ignorando cuales hubieran sido sus designios en caso de buen éxito. Ciertamente no habia contraído como Bernadotte, hábitos i obligaciones en otro país, en términos que pudiese repudiar los derechos naturales de su país natal. Sin embargo, puede justificarse á los ojos del patriotismo, si su objeto era verdaderamente, como se le supone,

el de restituir á la Francia un gobierno legítimo, pues si fuese lo contrario su memoria quedaria amancillada del crimen de haber sacrificado su deber i su país á su venganza individual. El emperador de Rusia en particular le honró muchísimo, i su presencia en el consejo de guerra de los aliados se consideró como una gran ventaja.

Tantos hombres de talento, dos de los cuales poseían perfectamente la táctica francesa, podian sin dificultad adivinar de que manera queria Napoleon conducir la campaña. Facilmente conocieron que su proyecto era unir la fuerte reserva de su guardia á cualquiera de los ejércitos que se hallaban en la frontera de la Sajonia, por la parte que presentase un punto de ataque, para avanzar i destruir al enemigo que se le opusiera. Para desconcertar este plan, que esponia los ejércitos de los aliados á ser derrotados sucesivamente los unos despues de los otros, se resolvió que el general contra quien Bonaparte dirigiese su primer ataque, se iria retirando sin admitir la batalla, atrayendo al emperador cuanto le fuese posible, haciéndose perseguir, mientras que los otros ejércitos de los aliados avanzarian sobre su retaguardia, destruirian sus comunicaciones, i por último procurarian cercarle por todas partes. El ejército grande mandado por Schwartzenberg, se dirigió particularmente á este efecto.

Blucher fué el primero que avanzando de la Silesia, i amenazando los ejércitos de Macdonald i Ney, empeñó á Bonaparte á que marchase á su encuentro con su guardia i un crecido cuerpo de caballería mandado por Latour

Maubourg. Salio de Dresde el 15 de agosto, estableció puentes en el Bober, i avanzó con rapidéz llevando delante la division de Macdonald para asegurarle; pero el general prusiano siguió exactamente el plan que se habia convenido, i se estableció en una posicion sobre el rio Neisse, cerca de Jauer, de suerte que cubria la Silesia i la capital.

El dia 21 de agosto recibió Napoleon la importante noticia de que al paso que los prusianos iban retirándose delante de él, Dresde corria el mayor peligro de perderse. Dió orden á su guardia de volver inmediatamente á Sajonia, i él mismo se puso en marcha el 23. Era ya tiempo, por que Schwartzenberg, con los soberanos ruso i prusiano, i el general Moreau, habian bajado de las alturas de la Bohemia. Los aliados se habian concentrado en la orilla izquierda del Elba, i se acercaban ya á las murallas de Dresde, punto' de apoyo de Napoleon i centro de sus operaciones. Abandonando, pues, á Macdonald el cuidado de oponerse á Blucher, marchó el emperador con la flor de su ejército; i á pesar de toda su diligencia, casi llegó demasiado tarde para salvar el objeto de sus desvelos.

El general Saint-Cyr, que se habia quedado con unos veinte mil hombres para observar las situaciones de la Bohemia, tuvo que meterse en Dresde con sus tropas, esperando que por medio de las recientes fortificaciones de la ciudad, podria sostenerla hasta que llegase Napoleon. Como los aliados encontraron poca resistencia en su marcha, desplegaron su vasto ejército delante de Dresde, dividido en

cuatro columnas, el día 25 de agosto i comenzaron el asalto.

El 26 al amanecer avanzaron los aliados en seis columnas bajo un fuego terrible. Se apoderaron de un gran reducto cerca de la puerta de Dippoldswalde, i muy luego de otro: los franceses estaban cercados, i las bombas i las balas empezaban á caer en las calles i las casas de la ciudad.

En aquella crisis terrible, i cuando todos creían inevitable la rendicion de Dresde, asomaron las columnas que venian precipitándose con la rapidéz de un torrente, avanzando ácia Dresde por la márgen derecha del Elba, estrechando sus filas en sus puentes magníficos i entrando en la ciudad reducida á los últimos apuros. Véase á Napoleon en persona en medio de sus soldados, que muy lejos de manifestarse cansados á pesar de una marcha forzada desde las fronteras de la Silesia, pedían á voces que se les condujese al combate. Paróse Napoleon para tranquilizar al rey de Sajonia, que temia la destruccion de su capital, mientras que sus tropas hicieron alto al poniente de la ciudad, á la entrada de las avenidas por las cuales debian desfilas contra el enemigo.

Entonces Ney i Morttier hicieron dos salidas á la vista de Napoleon. La primera columna abalanzándose de la puerta de Plauen, atacó á los aliados por el flanco izquierdo, i la otra saliendo por la de Pirna atacó su derecha. Los prusianos fueron desalojados de un lugar público llamado *el Gran Jardin*, que cubria su marcha ácia las murallas, i la for-

tuna comenzaba ya á cambiar de banderas, retirándose los aliados de los puntos que tan vivamente habian atacado antes de la llegada de aquellos inesperados defensores. Sin embargo, hasta la mañana siguiente se quedaron los unos en frente de los otros de suerte que las centinelas avanzadas de ambos ejércitos casi podian darse la mano.

El dia 27 de agosto comenzó la batalla lloviendo á mares en medio de una terrible tempestad. Napoleon maniobrando con el talento que le era peculiar, hizo desfilar sus tropas, que ascendian entonces á cerca de doscientos mil hombres, fuera de la ciudad, en diferentes puntos en columnas divergentes como las varillas de un abanico abierto; así las dirigió sobre los puntos que parecian mas á propósito para atacar en toda la posicion de los aliados, que ocupaban las alturas desde Plauen á Strehlen. De esta manera auxiliado por la tempestad que le sirvió para ocultar sus movimientos, comenzó el ataque por los dos flancos del enemigo, i logró ventajas por la izquierda. Entretanto, en un vivo cañoneo de ambas partes, observó Napoleon que una de las baterías de la guardia jóven iba amortiguando su fuego. El general Gourgaud que fué enviado para saber el motivo volvió diciendo que los cañones estaban colocados demasiado bajos para responder con ventaja á los del enemigo que estaban en la altura, i que las mas de las balas francesas se perdian en tierra. »Haced continuar el fuego, respondió el emperador, es preciso ocupar la atencion del enemigo en aquel punto.»



Volvió á empezar el fuego i por un movimiento extraordinario entre las tropas situadas en el cerro, notaron los franceses que habia caído algun gran personage. Napoleon supuso que debia ser Schwartzberg, i manifestó el sentimiento que le causaba su desgracia.

Por la mañana siguiente un aldeano trajo á Napoleon noticias mas exactas. Una bala de cañon habia roto ambas piernas á un oficial de distincion que le sacaron del campo de batalla en una camilla formada con lanzas: el emperador de Rusia i el rey de Prusia habian manifestado un profundo sentimiento. El hombre que relataba el hecho enseñaba el perro del oficial herido que era un lebel en cuyo collar se leía el nombre de Moreau. Este gran general murió pocos dias despues de la amputacion, que sufrió con mucha firmeza. Su mérito i sus talentos son indisputables, i los que mas osados que nosotros decidirán que su conducta se asemejó demasiado á la de Coriolano i del condestable de Borbon, no pueden menos de confesar que su falta, bien asi como la de aquellos grandes hombres, la satisfizo con una muerte violenta i prematura.

Dicen que Moreau habia formado el plan del ataque de Dresde; es claro, pues, que su muerte debia trastornarlo. Los aliados habian contado con la ausencia de Bonaparte i la débil defensa de la plaza; pero se equivocaron en ambas cosas, i su llegada repentina al frente de un ejército selecto sino considerable, habia cambiado enteramente la naturaleza del combate. De la ofensiva se vieron reducidos á la defensiva, i sus tropas, principalmente los

austriacos, que en las primeras guerras habian tenido demasiados motivos para acordarse de Napoleon, estaban desanimados. Se decidieron en fin por la retirada, que por la estacion, el mal estado de los caminos i la viva persecucion de los vencedores, fué muy desgraciada. Las felices operaciones de los franceses habian establecido al rey de Nápoles en el camino occidental de la Bohemia, cerca de Freyberg, i Vandamme con una fuerte division bloqueaba el que conducia al sud del Elba por Pirna.

Cerrados de esta suerte los dos principales caminos á Schwartzenberg i su ejército, no tenia otro medio que el de retirarse entre las alturas; pero los caminos, ya malos por sí mismos, se habian hecho casi intransitables con las lluvias: los franceses les persiguieron por todas partes i les hicieron un crecido número de prisioneros. Siete mil franceses fueron muertos i heridos, pero la pérdida de los aliados fué mucho mayor, pues segun Boutourlin perdieron de trece á quince mil prisioneros, los mas de ellos austriacos. Los franceses hacen subir la pérdida de los aliados á cincuenta mil hombres que ciertamente es una exageracion.

Despues de aquella brillante jornada, Napoleon volvió á Dresde á caballo: chorreábale el agua de su capote pardo i su sombrero. La apariéncia sencilla de su caballo i vestido hacia un singular contraste con el equipo de Murat, ginete soberbio, cuyo trage de batalla se distinguía siempre por su magnificencia teatral.

El venerable rey de Sajonia recibió á su libertador con mucho alborozo. Napoleon des-

pues de la batalla se condujo con generosidad, distribuyendo dinero á los ciudadanos de Dresde que habian padecido por las bombas, i haciendo cuidar con mucho esmero á los heridos i prisioneros enemigos.

Por la mañana siguiente, aquel hombre, cuya vigilancia nada entorpecía, todavía se presentó á caballo conduciendo á sus tropas victoriosas al alcance del enemigo; las dividió en diferentes columnas, para no dejar á los aliados un instante de reposo, ni refugio en los caminos de travesía que se veían precisados á seguir para retirarse. Hubiera sido necesario tener un temperamento de hierro para poder resistir las fatigas corporales i de espíritu que Napoleon sufrió los tres ó cuatro últimos dias; continuamente estuvo espuesto á la lluvia i muy raramente tomó alimento ni descanso. Tambien dicen que se sintió incomodado por haber comido apresuradamente algun guisado indigesto. Sea por la una de estas causas ó por la influencia de ambas, Napoleon estuvo gravemente indispuerto, i se vió precisado á volverse á Dresde en su coche, en vez de permanecer en Pirna para dirigir los movimientos de sus tropas en la persecucion del enemigo. Los oficiales franceses ó por lo menos algunos de ellos, atribuyeron á esta circunstancia, como causa principal, la desgracia imprevista que esperimentó el ejército.

El 29 de agosto los franceses continuaban sacando partido de sus ventajas. El rey de Nápoles, Marmont i Saint-Cyr picaban vivamente la retaguardia de las columnas aliadas, sobre las cuales se habian dirigido separadamente. Van-

damme, que, como general era muy apreciado por su actividad, su talento i su valor, pero detestado por los alemanes á causa de su aspreza i su rapacidad, i mal mirado por sus iguales por su feróz tenacidad\* mandaba un cuerpo de ejército de unos treinta mil hombres. Con este hombre, que no dejaba de tener algunas de las buenas cualidades que distinguian á los oficiales de Bonaparte, mezcladas con los vicios i defectos que se les atribuyen, empezaron las desgracias de su amo en aquella campaña.

Vandamme se habia adelantado hasta Peterswald, pequeña ciudad en el Erzgebirg ó montañas de la Bohemia, llevando por delante un cuerpo de rusos débil en número, pero temible por el valor i la disciplina, bajo las órdenes del conde Ostermann que se retiraba ácia Toeplitz. Era esta ciudad el punto adonde se dirigian todas las divisiones en retirada, i algunas de ellas, puede aun decirse, en fuga. Si Vandamme hubiese podido derrotar á Ostermann i apoderarse de aquella plaza, se hubiera establecido con su cuerpo de treinta mil hombres en el único camino transitable para la artillería, por el cual podian los aliados ir á Praga; de suerte que hubieran quedado encerrados entre su cuerpo de ejército i los de los demas generales franceses que picaban su retaguardia, ó bien se hubieran visto en la precision de abandonar su artillería i bagages, i

---

\* Se atribuye á Bonaparte la espresion de que, si tuviese dos Vandammes á su servicio, haria ahorcar al uno por mano del otro.

hacer un esfuerzo para atravesar las montañas por senderos frecuentados por aldeanos i pastores.

Por la mañana del 29, cediendo Vandamme á la tentacion de que hemos hablado, tuvo la temeridad de bajar por la altura desde Peterswald hasta el lugar de Culm, situado en un profundo valle entre aquella ciudad i Toeplitz. Avanzando ácia Toeplitz poco le faltó para que su plan tuviese buen éxito. El emperador de Rusia i el rey de Prusia, sus consejeros i todo el cuartel general de los aliados estuvieron á pique de caer en su poder. Si Vandamme hubiese salido bien de su empresa, habria desorganizado totalmente el ejército aliado, que los franceses hubieran podido perseguir hasta las puertas de Praga ó de Viena mismo. La vanguardia francesa estaba á una legua de Toeplitz cuando el conde Ostermann, que hasta entonces se habia retirado lentamente, hizo alto repentinamente como un jabalí acosado, i principió la mas tenaz resistencia. El valiente Ostermann perdió un brazo, i sus granaderos padecieron mucho, pero habia ganado el tiempo necesario. Barclay de Tolly, que se acercaba entonces al lugar de la accion, traía las primeras columnas rusas; Schwartzenberg envió otros socorros, i Vandamme abrumado en fin por el número, se retiró á Culm al anochecer, i despues ácia las alturas de Peterswald, de donde habia bajado; pero en aquel momento sucedió un acontecimiento de los mas singulares que señalaron aquella guerra tan fecunda en vicisitudes.

Entre los cuerpos de ejército de los aliados

que buscaban un camino atravesando las montañas para reunirse lo menos mal posible con el cuerpo principal, habia el del general prusiano Kleist, que se habia escapado de la persecucion de Saint-Cyr, metiéndose en los bosques de Schoenwald, á cuya salida llegó á la posicion de Peterswald ácia la cual Vandamme dirigia su retirada. Mientras que las columnas francesas trepaban las montañas, vieron repentinamente que la cumbre estaba ocupada por las tropas de Kleist, en un estado de desorden que anunciaba que se escapaban de algun peligro inminente ó corrian á algun ataque precipitado.

Cuando los prusianos descubrieron á los franceses, creyeron que estaban allí para cortarles el camino, i en vez de tomar posicion en las alturas para interceptar á Vandamme, resolvieron abrirse paso por en medio de aquellas tropas i rechazarlas ácia Toeplitz. Los franceses por su parte, viéndose cerrar el paso tomaron la misma resolucion con respecto al cuerpo de Kleist. Los prusianos se precipitaron de la colina, al paso que los franceses la trepaban con un valor que equilibraba la ventaja del terreno.

De esta suerte se hallaron ambos ejércitos uno encima de otro como una muchedumbre amontonada en un camino hondo i angosto. El ataque de la caballería francesa al mando de Corbineau fué tan terrible que atravesó las líneas enemigas, á pesar de que la pendiente que trepaba en otras circunstancias no hubiera sido fácil subirla al trote, i los cañones de los prusianos estuvieron un momento

en poder de los franceses, que mataron muchos artilleros. Sin embargo, los prusianos se reunieron pronto, i los combatientes se mezclaron otra vez, menos para disputar la victoria que para abrirse un paso por en medio de las filas los unos de los otros. Todo estaba en la mayor confusion i desórden; los generales prusianos en medio de los franceses, i los oficiales franceses en el centro de los prusianos. Pero el ejército ruso, que perseguia á Vandamme, puso un término á aquel singular conflicto. Los generales Vandamme, Haxo i Guyot, quedaron prisioneros, con dos águilas i siete mil prisioneros, ademas de un crecido número de muertos i heridos, i dispersóse el ejército, del cual una parte consiguió sin embargo reunirse á sus águilas.

La victoria de Culm, acontecimiento tan importante é inesperado, fué inapreciable por las consecuencias que produjo en lo moral de las tropas aliadas. Antes se retiraban como un ejército en derrota, los oficiales i los soldados se quejaban de sus generales, i estos los unos de los otros. Ahora todo habia cambiado de aspecto; podian hacer oír el canto del triunfo, i ostentar los cañones i las dilatadas columnas de prisioneros que llevaban consigo en señal de su victoria. Todos estaban acordes en continuar la guerra con todo vigor, i la esperanza de la libertad general se propagó de mas en mas por toda la Alemania. Los demas cuerpos del ejército frances se condujeron muy al contrario: temiendo avanzar como Vandamme, se detuvieron en las montañas de la Bohemia, i no prosiguieron mas lejos las ventajas que les

habia dado la batalla de Dresde. El rey de Nápoles hizo alto en Zayda, Marmont en Zimwalde, i Saint-Cyr en Lichenau. El cuartel general del emperador Alejandro se quedó en Toeplitz.

Napoleon recibió la noticia de aquella catástrofe con la calma imperturbable que era una de las cualidades que le distinguian. El general Corbineau, que mandaba la caballería en la admirable carga de la altura de Peterswald, se presentó ante el emperador en el mismo estado en que estaba cuando salió del combate, cubierto de su propia sangre, de la de su enemigo, i teniendo en la mano un sable prusiano que en la pelea habia cambiado por el suyo. Napoleon escuchó tranquilamente los detalles que le dió. »Se debería hacer un puente de oro, dijo, para un enemigo que huye, cuando es imposible, como en el caso de Vandamme, oponer una muralla de acero.»

Luego examinó atentamente las instrucciones de Vandamme para descubrir si se habia mezclado alguna inadvertencia que pudiese escusarle; pero nada justificaba su marcha mas allá de Peterswald, aunque la probabilidad de apoderarse de Toeplitz pudiese considerarse como una tentacion muy fuerte.

»Esta es la suerte de la guerra, dijo Napoleon, volviéndose ácia Maret; exaltado por la mañana, abatido por la noche. Entre el triunfo i la derrota no hay mas que un paso.» Fijó su vista sobre el mapa que tenia delante, i repitió con distraccion estos versos:



*J'ai servi' commandé, vaincu quarante années ;  
Du monde entre mes mains j'ai vu la destinée ;  
Et j'ai toujours connu qu'en chaque événement  
Le destin des états dépendait d'un instant.\**

Las noticias del norte de la Alemania que llegaban á Dresde , no podian compensar las que se recibian de la Bohemia.

Recordaremos que el mariscal Blucher se habia retirado mas allá del rio de Katzbach para evitar una accion con el emperador de los franceses : el príncipe real de Suecia tenia su cuartel general en Postdam. Cuando Napoleon abandonó la defensa de Dresde , dió orden á Oudinot de avanzar ácia Berlin , i á Macdonald de marchar ácia Breslau , esperando que el primero tendría bastantes fuerzas para vencer al príncipe real , i el segundo para batir á Blucher. En estos movimientos hubo varios encuentros donde á pesar del talento militar de los generales franceses , i del valor de sus tropas sufrieron estas algunas derrotas ; particularmente en las batallas de Gross-Beeren i de Katzbach, donde se vieron acosados por la superioridad numérica de sus enemigos.

Recorriendo el rápido bosquejo que vamos á delinear de los movimientos de Bonaparte, el lector deberá tener presente que todas sus

---

\* He servido, mandado i vencido cuarenta años he sido dueño de los destinos del mundo ; i siempre he conocido que el destino de los estados solo depende del acontecimiento de un momento.

miras se dirigian á conducir á los aliados á algunas posiciones en donde, ya fuese por la superioridad numérica, ya por la de su táctica, pudiese ganar una gran victoria, i los aliados, al paso que temiendo sus grandes talentos i al mismo tiempo su desesperacion habian resuelto evitar una accion general, querian devastar el país en cuyas inmediaciones estaba acampado, dificultar sus comunicaciones, armar á los estados de la Alemania que rodeaban, i por último envolverle cuando sus filas se hubiesen aclarado, i disminuído el ardor de sus soldados. Si el lector echa una ojeada al mapa del país, se hará cargo de todos los detalles de los movimientos que hicieron ambos ejércitos.

Despues de haber confiado al mariscal Ney el encargo de detener los progresos del príncipe real de Suecia, i apoderarse de Berlin, si era posible, salió Bonaparte de Dresde el dia 3 de setiembre con la esperanza de atacar á Blucher, cuyos cosacos, despues de la batalla de Katzbach, habian avanzado ácia el éste, i ademas interceptado un convoy cerca de Bautzen. Pero consecuente al plan adoptado en el cuartel general de los aliados, los veteranos del ejército prusiano volvieron las espaldas i evitaron el combate. Sin embargo la noticia de un gran descalabro que Ney acababa de sufrir en Dennewitz hizo retroceder á Napoleon ácia Dresde, con tanta mas premura, quanto que conoció que los aliados iban á penetrar en la Sajonia i reunirse bajo los muros de Dresde. La vanguardia de Wittgenstein se habia asomado, decian, por Pirna, i la ciudad estaba en el

mayor desasosiego: el emperador frances se acampó en la orilla del Elba opuesta al enemigo, i el 9 se avistó con Wittgenstein; pero los generales aliados, atemorizados de aquella inspiracion súbita, por la cual casi parecía que Napoleon dictaba condiciones al destino, dieron orden á Wittgenstein para que se retirase de la ciudad. Este general se metió en los desfiladeros del Erzebirg, i Bonaparte habiéndole perseguido hasta Peterswald, se encaminó ácia la llanura en la cual Vandamme habia experimentado tan cruel descalabro, i observó el valle que conduce de Culm á Toeplitz, mas allá del cual su rival Alejandro tenia aun su cuartel general. Con una mirada tan ejercitada como las suyas, no pudo menos de conocer el peligro á que se esponia queriendo penetrar en aquellos desfiladeros intransitables, como el valle de Culm i sus caminos inmediatos, por cuya razon resolvió no pasar mas adelante.

Volvió Napoleon á Dresde, adonde llegó el 12 de diciembre. En esta retirada hubo un encuentro bastante serio, en el cual el hijo de Blucher quedó herido i prisionero, i el primer boletin habló de esta refriega como de una victoria. En aquella misma época, poco mas ó menos, Blucher avanzó contra las tropas francesas que delante de sí tenia, dificultó sus comunicaciones con Dresde, i les precisó á retirarse de Bautzen i de Neustadt, sobre Bischoffswerder i Stolpen.

El 21 de setiembre Napoleon marchó otra vez contra su enemigo inveterado, i lo encontró no lejos de Hartha, pero todavia en vano. El feld mariscal prusiano era como la

fantasma del poeta; cuando Napoleon se puso en estado de atacarle, ya no encontró cuerpo contra el cual pudiese dirigir sus golpes.

El emperador pasó algunas horas en el miserable pueblo de Hartha, que tres veces habia sido saqueado. Se hallaba en una posicion muy crítica; permaneciendo en Dresde, dejaba entrar en Sajonia á Blucher i al príncipe real, haciéndose dueños del valle del Elba; alejándose de aquella ciudad, esponia su seguridad, i al mismo tiempo la de sus líneas de comunicacion con la Francia. Pareciéndole esta última desgracia irreparable, tomó el partido de evitarla retirándose á Dresde, en donde entró el 24. Sus mariscales habian recibido la órden de aproximarse del punto central, en donde él mismo habia establecido su cuartel general, i se abandonó á los aliados toda la orilla izquierda del Elba. Aquellas desgraciadas provincias habian sido tan terriblemente asoladas por los tránsitos continuos de las tropas de ambos ejércitos, que el grano i los forrages de toda especie estaban enteramente agotados, de suerte que el país ya no subministraba otra cosa para la subsistencia de los hombres i de los animales, que patatas, cuya cosecha todavía no se habia hecho.

Desde su regreso á Dresde, el 24 de setiembre ya no salió Napoleon de la ciudad, hasta el momento de su retirada definitiva.

Los soldados franceses habian sufrido mucho del cansancio i de las escaramuzas, á pesar de que no se hubiese dado ninguna batalla importante; el emperador se vió precisado á mandar á Augereau, que mandaba unos diez

i seis mil hombres en las inmediaciones de Wutzburgo, que viniese á unirsele en Dresde.

Los aliados, por su parte, recibieron un refuerzo de unos sesenta mil rusos mandados por Bennigsen; los mas de ellos venian de las provincias situadas al éste de Moscou, i les seguian hordas errantes de tártaros i de Bas-kirs, no conocidos hasta entonces en las guer-ras de Europa, vestidos con pieles de carneros, i armados con arcos i flechas. Este era el último refuerzo que los aliados podian esperar, pues era la última leva del imperio casi sin límites, de la Rusia: hasta hombres habia en aquel ejército que venian de la gran muralla de la China.

Cuando los aliados vieron sus tropas reunidas de esta suerte, i muy superiores por el número á las de su adversario, empezaron á ejecutar un movimiento simultáneo por medio del cual esperaban concentrar sus fuerzas en la margen izquierda del Elba, de suerte que si Napoleon hubiese persistido en permanecer en Dresde, se le hubieran podido cortar sus comunicaciones con la Francia; con este intento Blucher pasó el Elba el dia 3 de octubre, cerca de la confluencia de este rio con el Schwartz-Elster, batió á Bertrand, que estaba en un campamento fortificado para disputarle el paso, i estableció su cuartel general en Duben. Al mismo tiempo el príncipe real de Suecia condujo de la misma manera su ejército á la orilla izquierda del Elba que pasó por Rosslau, i se puso en comunicacion con el ejército de Silesia. Asi pues, estos dos ejércitos se hallaron ambos en la orilla izquierda del rio,

á escepcion de la division de Tauentzien , que se dejó para continuar el sitio de Wittemberg. Ney, que presenciaba estos movimientos , no teniendo fuerzas suficientes para resistir , se retiró á Leipsick.

Mientras que el príncipe real i Blucher entraban del nordéste á la parte occidental de la Sajonia , el grande ejército de los aliados se puso en movimiento ácia la misma provincia avanzando desde el mediodia por Sebastiansberg i Chemnitz. El dia 5 de octubre el cuartel general de Schwartzenberg estaba en Marienberg.

Estos movimientos descubrian á Bonaparte las medidas que debian tomar los aliados , i la necesidad de precaver su reunion : para conseguir este objeto , se propuso salir de Dresde con todas sus fuerzas disponibles , atacar á Blucher en Duben , i aniquilar si era posible á este infatigable enemigo , ó por lo menos rechazarle del otro lado del Elba. Al mismo tiempo , muy lejos de pensar que iba á dejar á Dresde para siempre , puso en aquella ciudad , que siempre habia fortificado mas i mas , una guarnicion de quince mil hombres , bajo las órdenes de Sain-Cyr. Este ejército debia defender la ciudad contra un cuerpo de aliados que con este designio habian dejado en las montañas de la Bohemia , para que viniese á ocupar á Dresde en cuanto saliese Napoleon. El rey de Sajonia , la reina i su familia prefirieron seguir á Napoleon en su espedicion arriesgada , mas bien que permanecer en Dresde que esperaban ver sitiada , al paso que ya los víveres andaban muy escasos.

Habiendo tenido conocimiento Blucher de la cercanía de Napoleon, el dia 9 de octubre atravesó el Mulda, i se reunió al ejército del príncipe real cerca de Zoerbig en la orilla izquierda de aquel rio. Napoleon viendo otra vez frustrado su intento, estableció su cuartel general en Duben el dia 10, i muy luego supo que el príncipe real i Blucher temiendo se interpusiese entre ellos i el grande ejército de Schwartzenberg, se habian retirado sobre la línea del Saale durante la noche del 10 al 11; de esta suerte podian comunicar con su grande ejército, é interceptar las comunicaciones de Napoleon, manteniéndose fuera de su alcance.

Pero este movimiento al oeste de parte de los aliados tenia el grave inconveniente de dejar á Berlin indefenso, ó débilmente protegido por la sola division de Tautenzien en Dessau. Esta circunstancia no se escapó á los ojos de lince de Napoleon; propuso á sus mariscales el plan mas atrevido que jamas hubiese concebido su imaginacion agigantada (escepto la campaña de Moscou). Tratábase de volver á pasar á márgen derecha del Elba, i entonces apoyando su ala derecha sobre Dresde i su izquierda sobre Hamburgo, se hubiera sostenido en esta posicion, con el designio de atravesar nuevamente el Elba á la primera apariencia de un buen éxito contra el enemigo, arrojándose sobre la Silesia i haciendo levantar el bloqueo de las fortalezas que estaban sobre el Oder. Segun este proyecto, Regnier i Bertrand habian ya atravesado el Elba, de su órden, aunque su mision aparente parecia limitarse á levantar el sitio de Wittemberg.

Napoleon se estuvo en Duben desde el 11 hasta el 14 de octubre, reuniendo todas sus fuerzas, esperando noticias de los movimientos de los aliados, i permaneciendo en un estado de incertidumbre é inaccion, muy diferente de la disposicion natural de su espíritu i de sus hábitos naturales. „Yo le ví en aquella época, dice un testigo ocular, \* sentado en un canapé cerca de una mesa cubierta con sus mapas, no interrumpiendo su inaccion sino para escribir maquinalmente algunas cartas.” Algunas consultas con sus mas hábiles generales, que se terminaban sin adoptar ninguna determinacion fija, variaban sus tristes meditaciones; los consejos acarreaban muchas veces disputas i aun disensiones: la desgracia habia agriado entre sí á aquellos cuya amistad estaba cimentada en una prosperidad continua i no interrumpida.

Al pasó que los mariscales murmuraban el uno contra el otro i contra su gefe, Napoleon, por su parte, se quejaba de que el cansancio i el desaliento habian vencido á la mayor parte de sus principales oficiales; se habian vuelto indiferentes, torpes i desgraciados. „Los oficiales generales, decia, no desean mas que descansar, á cualquier precio que sea.”

Por último, Napoleon mudó de parecer, ó se sometió al de sus consejeros militares; revocó las órdenes que habia dado á Régnier i Bertrand de avanzar sobre Berlin, i se resolvió la retirada sobre Leipsick. Tres dias perdidos exigieron muchísima diligencia, i Bona-

---

\* El baron de Odeleben, en su noticia interesante i circunstanciada sobre las campañas de Sajonia.



parte se vió precisado á dejar á sus espaldas, á Davoust en Hamburgo, Lemarois en Magdeburgo, Lapoype en Wittemberg i el conde Narbonne en Torgau. Parecia lisonjearse aun de algun acaso favorable que hubiera podido conducirle de nuevo sobre la línea del Elba. Un golpe de trueno, segun se esperaba podia únicamente salvarle; pero no todo estaba perdido mientras que pudiese combatir, i una sola victoria reduciria la Alemania á su obediencia.

## CAPITULO IX.

## RESUMEN DEL CAPITULO IX.

NAPOLÉON LLEGA Á LEIPSICK EL DIA 15 DE OCTUBRE. — DESCRIPCION DE ESTA CIUDAD. — DISPOSICION DE LOS EJÉRCITOS FRANCESES I ALIADOS. — BATALLA DE LEIPSICK, COMENZADA EL 6, I TERMINADA AL CAER DEL DIA EN CONTRA DE LOS FRANCESES. — NAPOLÉON ENVIA EL GENERAL MEHRFELD (PRISIONERO SUYO) AL EMPERADOR DE AUSTRIA, CON PROPOSICIONES PARA UN ARMISTICIO. — NO RECIBE RESPUESTA ALGUNA. — VUELVE Á COMENZAR LA BATALLA EL 18 POR LA MAÑANA, I DURA TODO EL DIA HASTA QUE AL CABO LOS FRANCESES SE VEN PRECISADOS Á RETIRARSE, DESPUES DE UNA PÉRDIDA INMENSA DE AMBOS LADOS. — EVACUAN LEIPSICK EL 19. — LOS ALIADOS LES PERSIGUEN. — LA RETIRADA SE HACE MAS SANGRIENTA POR HABERSE ROTO UN PUENTE. — EL PRÍNCIPE PONIATOWSKI PERECE EN EL ELSTER. — VEINTE I CINCO MÍL FRANCÉSES CAEN PRISIONEROS. — LOS SOBERANOS ALIADOS ENTRAN EN TRIUNFO Á LA GRAN PLAZA DE LEIPSICK. — EL REY DE SAJONIA ENVIADO Á BERLIN CON UNA GUARDIA. — REFLEXIONES.

## CAPITULO IX.

Ya se acercaba con una rapidéz extraordinaria el último acto de aquel gran drama político,

ó por lo menos el de las escenas que debian pasar en Alemania.

Durante las dos primeras semanas de octubre, los movimientos variados de las tropas habian presentado un carácter indeciso; pero despues del 14, cuando las potencias beligerantes mutuamente hubieron tomado conocimiento de sus planes, las fuerzas de los aliados, bien asi como las de los franceses, se dirigieron ácia Leipsick como un centro comun.

El emperador salió de Duben, llegó el 15 muy temprano á Leipsick, i allí recibió la noticia lisonjera de que su ejército entero dentro de veinte i cuatro horas estaria al pie de los muros de la ciudad; que el grande ejército de Alemania se acercaba rápidamente, pero que su amago contra Berlin habiendo alarmado á Blucher, el deseo de proteger la capital de la Prusia le impediria de avanzar con tanta prontitud. El deseo mas ardiente de Napoleon era tener ocasion de combatir un ejército estando el otro ausente.

La antigua ciudad de Leipsick forma un cuadro irregular, rodeado de envejecidas murallas góticas, con un terraplen plantado de árboles: cuatro puertas, por la parte del norte las de Halle i de Rastadt, al éste la de Grimma, i al mediodia la de San Pedro, conducen desde la ciudad á los arrabales, que son de una grande estension i estan protegidos por murallas i barreras. Al oeste de la ciudad, dos rios el Pleiss i el Elster bañan los muros, i corriendo por entre las praderas se dividen en varios brazos reunidos por unas islas pantanosas; de suerte que por este lado Leipsick está

al abrigo de las aproximaciones del enemigo, escepto por una série de puentes que atraviesan aquellos rios. El primer puente conduce á un pueblo llamado Lindenau, i de allí á Marck — Ranstadt. Este puente está cerca de la puerta de la ciudad que ha tomado el nombre del pueblo, i este camino es el único punto de comunicacion entre Leipsick i el Rhin. Al oéste el rio Hartha forma un gran semicírculo al rededor de la ciudad, que encierra vastas llanuras, alturas i puntos de elevacion muy á propósito para una posicion militar; al mediodia continua la misma especie de terreno, pero todavia con mas eminencias, i una de ellas probablemente desde las guerras de Gustavo Adolfo se llama el *campo sueco*; otra llamada *calle de los carneros* de Meusdorf, se termina á las orillas del Pleiss. Esta línea está cubierta de varios pueblos, que en los dias terribles que vamos á describir han tomado un lugar en la historia. Cerca del lugar de Connewitz comienza el terreno pantanoso inundado por el Pleiss i el Elster.

Por esta línea, el dia 15 de octubre se vió avanzar rápidamente el grande ejército de los aliados. Napoleon hizo inmediatamente sus preparativos de defensa. Bertrand ocupó á Lindenau; por donde pasa el camino de Marck-Ranstadt, que los franceses debian seguir en su retirada; Poniatowski, avanzándose sobre la orilla izquierda del Pleiss, ocupaba todos los pueblos situados á las orillas de aquel rio, que son Connewitz, Loefsing, Dooblitz, i hasta Markleberg. Como la línea de defensa se estendia al éste, Augereau se colocó en el punto elevado de

Wachau, i Victor i Lauriston le apoyaban, apostados en un pueblo considerable llamado Liebertwolkowitz: se colocó la caballería á las álas de estas divisiones, i la guardia imperial quedó como cuerpo de reserva en un pueblo llamado Probsthayda; Macdonald ocupó un terreno que se elevaba por medio de una pendiente suave i se estendia desde Stoetteritz hasta Holzhausen.

Por el lado opuesto, es decir, al norte de la ciudad, Marmont ocupaba una posicion entre Moeckern i Euteritz: sus tropas estaban encargadas de hacer frente á Blucher, cuya llegada se temia á cada instante por la banda del norte. Los aliados habian dispuesto sus columnas de ataque á lo largo de aquella línea de defensa, pero habian reunido sus fuerzas principales al mediodia, i en algunos parages, por la noche, las centinelas de ambos ejércitos no estaban separadas de un tiro de bala. Sin embargo, ninguno de ambos ejércitos parecia estar dispuesto á comenzar la batalla que debia decidir la gran cuestion de si la Francia dejaria á las demas naciones bajo el gobierno de sus respectivos soberanos, ó si debia conservar aquella supremacia que debia á los talentos de un gran capitán.

El número de los combatientes que en la mañana siguiente empeñaron la batalla se ha calculado á ciento treinta i seis mil franceses. El mismo cálculo daba á los aliados doscientos treinta mil hombres, menos la division del príncipe real i la de Bennigsen, que todavia no se habian reunido al ejército; casi todos los informes presentan á los aliados superiores á los franceses en ochenta ó cien mil hombres.

Napoleon visitó personalmente todos los puntos, dió sus últimas órdenes, i siguiendo su costumbre, en el momento de la batalla se aprovechó de esta ocasion para distribuir águilas á los regimientos de la division de Augereau, formados de nuevas levas que aun no habian recibido aquellos emblemas militares. Esta ceremonia acompañada de una pompa guerrera, puede recordar al lector el uso antiguo de armar caballeros la víspera de una batalla. Los soldados juraron que nunca abandonarían las águilas, i el emperador concluyó diciendo en alta voz: »Ya veis el enemigo; jurad que morireis antes de permitir que la Francia sea deshonrada.

— ¡ Lo juramos! gritaron los batallones; ¡ *Viva el emperador!* » i ciertamente fueron fieles á su juramento en las terribles batallas que siguieron.

Los preparativos de Napoleon se dirigieron principalmente al mediodia de Leipsick. Se ha supuesto, pero con poca probabilidad, que no se esperaba un ataque sério del lado del norte. Por la noche se divisaron en el horizonte meridional tres hogueras de muerte que delineaban en el cielo los surcos prolongados de una luz blanquecina. Otras cuatro hogueras de un color mas obscuro les respondian á una cierta distancia por la parte del norte. Se sacó por consecuencia que no podia ser otra cosa que las señales de comunicacion entre el grande ejército de los aliados i las fuerzas del príncipe real i de Blucher; este último no estaba pues á una distancia imposible de calcular.

Napoleon se quedó á la retaguardia de sus veteranos, detrás de la posición central que es-

taba casi en frente de un pueblo llamado Gossa, ocupado entonces por los aliados.

El 16 de octubre al amanecer empezó el combate. La frente meridional de la posición francesa fué atacada con la mayor impetuosidad. Kleist por el lado del ala derecha ganó por asalto el pueblo de Markleberg, mientras que la división austriaca de Mehrfeldt, abriéndose paso entre los pantanos de la orilla izquierda del Pleiss, amenazaba penetrar hasta mas allá del río. Poniatowski, que estaba encargado de su defensa, se vió precisado á ceder el terreno, de suerte que el emperador se vió en la necesidad de hacer avanzar las tropas de la división Souham, que se habian unido al ejército durante la noche, i que estaban destinadas á sostener á Marmont al norte de Leipsick. El mariscal Victor defendió el pueblo de Wachau al frente de su posición, contra el príncipe Eugenio de Wurtemberg, i el pueblo de Liebertwolhowitz fué defendido por Lauriston contra Klenau. Los aliados renovaron seis tentativas desesperadas contra todos aquellos puntos, pero todas fueron infructuosas; se encontraban, puede decirse, como unos luchadores que se hubiesen estenuado haciendo esfuerzos vanos i prematuros; i Napoleon volviendo á tomar la ofensiva, comenzó á desplegar todo el poder de su talento.

Macdonald recibió órden de atacar á Klenau, batirle i arrojarle de Liebertwolkowitz con la caballería de Sebastiani, al paso que dos divisiones bajarían para sostener á Lauriston. Las doce serían cuando se hizo este movimiento progresivo i general en el centro del

ejército con un éxito temible para el enemigo. El pueblo de Gossa, que hasta entonces lo habían ocupado los aliados, i estaba en el centro de su línea, fué ganado á la bayoneta. La eminencia llamada *calle de los carneros* tambien estuvieron á pique de perderla, i las operaciones de Macdonald le hicieron dueño del reducto llamado el *campo de los suecos*. La impetuosidad desesperada de los franceses se habia abierto un paso glorioso por enmedio del centro de los aliados, i Napoleon, impaciente de proclamar su mentida victoria, envió los boletines de ella al rey de Sajonia, que hizo repicar todas las campanas de la ciudad en el momento mismo en que el estruendo no interrumpido de los cañones parecia dar un desmentido formal á aquella señal de público regocijo. Sin embargo, el rey de Nápoles se arrojó con Latour-Maubourg i Kellermann en el centro de los aliados, i al frente de todo el cuerpo de caballería atropelló al enemigo, persiguiéndolo hasta Magdeburgo, pueblo situado á su retaguardia, i arrolló al general Rayefskoi con los granaderos del cuerpo de reserva que se le habian puesto por delante para oponerse á su paso.

Pero en este peligro inminente, mientras que la caballería francesa se habia desordenado con su propia ventaja, Alejandro mandó cargar á los cosacos de su guardia que estaban cerca de su persona. Animados con la vista de su soberano, aquellos bárbaros cargaron con tanta furia, que desconcertaron la maniobra de Bonaparte, i arrollaron con sus prolongadas lanzas los numerosos escuadrones de ca-



ballería que tan próximos habian estado de llevarse la victoria.

Mientras que la carnicería continuaba en el mediodia de Leipsick, igual descarga de artillería se hizo oír sobre la derecha, en donde Blucher habia llegado delante de la ciudad. Este general, que tenia por lo menos tres soldados contra uno, atacó inmediatamente á Marmont, quien mandó edecanes á todo correr para reclamar las tropas de Souham, primeramente destinadas á sostener este mariscal, i luego distraídas de su primer destino para ir á sostener á Poniatowski. Estas tropas no pudieron reemplazarse, i Blucher obtuvo en consecuencia una verdadera victoria. Se apoderó del pueblo de Moeckern, con veinte cañones i dos mil prisioneros; i cuando la noche separó los combatientes, tuvo la ventaja de haber estrechado considerablemente la posicion del enemigo.

Pero por la parte meridional de Leipsick el combate quedaba todavia indeciso, aunque disputado con furor. El pueblo de Gossa ganado i perdido varias veces quedó en poder de los aliados. En las orillas del Pleiss, la accion no fué menos terrible; los austriacos de la division de Pianchi se arrojaron sobre Makleberg ladeando el rio i dando gritos espantosos. Poniatowski, auxiliado de Augereau, con mucha dificultad pudo conservar su puesto. Por la izquierda del Pleiss, Schwartzenberg emprendió hacer pasar un cuerpo de caballería por aquel rio cenagoso con el objeto de sorprender á los franceses por la retaguardia de su posicion. Pero la poca caballería que pudo pasar por un malísimo vado fué atacada de

improviso i derrotada , i el gefe de aquel cuerpo, que era el general Mehrfeldt , cayó en poder de los franceses. La division austriaca del general Giulay maniobró en la orilla izquierda del Pleiss hasta Lindenau , i hasta aquella série de puentes que por el occidente forma la única salida de Leipsick del lado del Rhin; era el único paso que tenian los franceses para verificar su retirada , si les salia fallida la terrible accion que iba á empeñarse.

La batalla , cuyo éxito era siempre disputado , se prolongó con el mismo furor hasta la noche , i cesó la efusion de sangre como por un mutuo consentimiento. Tres cañonazos que se tiraron en los puntos mas lejanos fueron la señal del fin de la batalla. Los ejércitos se retiraron sobre la línea meridional para tomar algun descanso en presencia uno de otro , i en las mismas posiciones que habian ocupado la noche precedente. Los franceses ya no poseían el terreno que habian ganado el mismo dia pero tampoco habian cedido ni siquiera un paso de su primera posicion , aunque todo el dia se habian visto atacados por fuerzas tan superiores.

Menos feliz habia sido su defensa por la parte del norte ; Blucher habia roto á Marmont , i toda su línea de defensa por aquella parte se encontró invadida hasta muy cerca de los muros de Leipsick.

Napoleon se vió reducido á preparar una defensa que ciertamente seria honorífica , pero en resultado inútil ; la retirada era pues inevitable. ¿ Mas cómo ejecutarla por en medio de las calles angostas de una ciudad llena de tropas ? ¿ Cómo hacer pasar mas de cien mil hom-

bres por un puente, mientras que un ejército de doscientos mil le picaba la retaguardia? Este era un problema que el mismo Napoleon no podia resolver. En esta perplexidad tuvo la idea de hacer un llamamiento á los sentimientos de afecto que el emperador de Austria conservaba indudablemente ácia su hija i su nieto. La captura del general Mehrfeldt vino á propósito para procurarle los medios de comunicacion, i tanto mas cuanto que era el mismo general que despues de la batalla de Austerlitz habia solicitado de Napoleon una entrevista i condiciones favorables. El emperador tuvo pues una conversacion particular con este oficial, i supo lo que ya tiempo habia se sospechaba, que era la defeccion del rey de Baviera, la reunion del ejército de este príncipe con el del Austria, i la determinacion que habian tomado los dos monarcas de interceptar su retorno sobre el Rhin. Estas fatales revelaciones, habiéndole renovado su deseo de hacer la paz, reclamó la intercesion de su suegro sin comprometer, no obstante, su dignidad. Ya no rehusaba las condiciones propuestas en Praga; ofrecia renunciar á la Polonia i la Iliria; reconocia la independencia de la Holanda, de las ciudades anseáticas i de la España; pero deseaba que este último punto quedase suspenso hasta la paz general: proponia que la Italia se considerase como independiente, mantenía en ella su integridad, i por último, con condicion de que inmediatamente firmaria un armisticio, consentia en evacuar al instante el Alemania i retirarse ácia el Rhin.

Estas proposiciones, ofrecidas voluntariamente al principio de la campaña, hubieran sido

aceptadas con mucho placer por los aliados. Pero la habilidad conocida i la tenacidad de Napoleon; la persuasion general que se tenia de que si abandonaba momentaneamente sus pretensiones era únicamente para volverlas á abrazar en ocasion mas oportuna; las numerosas casualidades de buen éxito que de esta suerte podia reservarse, todo, todo alejaba á los soberanos aliados de una propuesta que de cualquiera otro (si puede suponerse que otro hombre que Bonaparte pudiese encontrarse en semejante posicion), hubieran admitido favorablemente en iguales circunstancias. » A Dios, general Mehrfeldt, dijo Napoleon despidiendo á su prisionero; cuando pronunciéis la palabra *armisticio* delante de los dos emperadores, no dudo que la voz que resonará en sus oídos les traerá á la memoria grandes recuerdos. » No podemos evitar una grande conmocion recordándonos estas palabras tiernas por su sencillez salidas de un corazon tan soberbio, cuando él que las pronunciaba se veía reducido á implorar la generosidad que en otro tiempo él mismo habia manifestado.

El general Mehrfeldt salió como el mensajero del arca, i Bonaparte estaba esperando su regreso con mucha ansia, pero parecido al cuervo no trajo la rama de oliva. Napoleon no recibió respuesta alguna hasta que sus tropas hubieron pasado el Rhin; pues los aliados se habian empeñado solemnemente en no dar oídos á ningun tratado mientras que existiese un soldado frances en Alemania.

Bonaparte se ocupaba de sus preparativos de retirada, pero no con toda la diligencia

que la necesidad exigia. Amaneció, i los enemigos esperando á Bennigsen i el príncipe real de Suecia no renovaron el ataque. Sin embargo, como no faltaban toneles i materiales de toda especie, i hubieran podido reunirse trabajadores de las inmediaciones, parece que segun la práctica conocida de los ingenieros militares hubieran podido establecerse puentes en el Elster i el Pleiss, cuyas aguas son muy mansas, i hacer transitables los pantanos inmediatos: en circunstancias mucho mas peligrosas, Napoleon habia construído un puente en el Berecina en el espacio de doce horas. Esta opinion la confirma un juez muy competente, qual es el general de ingenieros Rogniat, que asegura que se tuvo el tiempo suficiente para construir seis puentes si se hubiese emprendido la obra con actividad: la respuesta, que él mismo entonces director del cuerpo de ingenieros, hubiera debido ordenar i preparar sus medios de retirada, parece del todo insuficiente, porque Napoleon no permitia que sus generales se anticipasen á dar órdenes en ocasiones importantes: sin embargo dicen que el emperador habia mandado que se construyesen tres puentes, pero que en la confusion de aquel terrible momento las obras que Napoleon no podia vigilar por sí mismo raramente se acababan completamente. Ninguna obra de este género se emprendió en aquella ocasion, excepto en un parage llamado el *Jardin de los Jueces*, en donde se construyó un puente que no solo daba acceso á la ciudad de Leipsick, como el puente de piedra, sino que ademas fué construído con materiales muy poco sólidos.

El 18 de octubre á las ocho de la mañana la batalla volvió á empezar con nuevo furor: Napoleon habia estrechado considerablemente su círculo de defensa, pues la línea exterior de las alturas i de los pueblos que con tanto valor se habia defendido el día 16 no oponia mas obstáculo á los aliados que los puestos avanzados. Los franceses se colocaron en una línea interior mas cercana de Leipsick, cuyo punto central era Probsthayda: Napoleon situado en una eminencia llamada Thonberg dominaba toda la llanura. Las masas que se pusieron en reserva detrás de los pueblos, enviaban de cuando en cuando tropas frescas para sostener los combatientes; se colocó la artillería en el frente i los flancos, i todos los parages en que habia árboles que ofreciesen el menor abrigo se cubrieron de tropas ligeras. La batalla se empeñó entonces en todos los puntos. Los franceses tenian la ventaja de la posición, i los aliados la de una grande superioridad numérica; ambos ejércitos estaban mandados por los primeros generales del siglo i de su país.

A eso de las dos de la tarde poco mas ó menos, los aliados bajo las órdenes del general Pirch i del príncipe Augusto de Prusia forzaron la entrada de Probsthayda, i los franceses comenzaron á huir; el ruido de esta confusión cubria casi el de la artillería. Napoleon, en la retaguardia, aunque un poco alejado del tumulto conservó toda su serenidad; puso en orden la reserva de su antigua guardia, la condujo en persona para volver á tomar el pueblo, i la vió forzar su entrada antes de reti-

rarse á la eminencia desde la cual abservaba el combate. En el curso de esta jornada fértil en acontecimientos, en que puede decirse que Napoleon combatió menos por la victoria que por su seguridad, este hombre extraordinario permaneció tranquilo, determinado, siempre sobre sí, i sostuvo la gloriosa defensa de sus escuadrones rotos i desmembrados, con su presencia de espíritu i un valor tan firme como el que á menudo habia manifestado dirigiendo la victoria. Acaso deben admirarse mas sus talentos militares viéndole combatir á un tiempo contra la fortuna i la superioridad del número, que en sus mas gloriosas victorias cuando la diosa inconstante combatia á su lado.

Los aliados á pesar de su valor i de su número se vieron precisados á abandonar los ataques mortíferos contra los pueblos que les costaba una pérdida tan inmensa; i retirando sus tropas á proporcion que se iban adelantando los cañones i los obuses, se limitaron á mantener un fuego terrible contra las masas francesas cuando se dejaban ver, i arrojar bombas en los pueblos. Los franceses les respondieron con un ardor igual, pero tenian pocos cañones á su disposicion, i ademas, sus municiones no podian durar mucho; sin embargo Napoleon se mantuvo personalmente durante todo el dia en el mediodia de Leipsick.

Por el norte de esta ciudad la superioridad numérica, aun mas grande que en el mediodia, puso á Ney en una posicion precaria. Se hallaba acosado á un tiempo por el ejército de Blucher i por el del príncipe real que habian llegado con todas sus tropas; este últi-

mo forzó el paso de Harta con tres columnas por tres puntos diferentes, i Ney se vió precisado á retirarse para concentrar sus fuerzas mas cerca de Leipsick i comunicar por su derecha con Napoleon.

Los rusos habian recibido la órden de forzar esta nueva posicion, i particularmente de rechazar la guardia avanzada de Regnier, estacionada en una eminencia llamada Heiterblick, entre los pueblos de Taucha i de Caunsdorf. Repentinamente las tropas que ocupaban la línea francesa en aquel punto se avanzaron ácia los aliados con sus espadas envaynadas i desplegando los colores de una tregua. Esta era una brigada sajona que en medio de la accion se aprovechó del tiempo i de la ocasion para abandonar el servicio de Napoleon i declararse por la independenciam. Estos hombres tenian el derecho indisputable de abrazar la causa de su país i sacudir el yugo del estrangero que la Sajonia habia encontrado tan pesado; pero no puede pasarse de un partido á otro en el campo de batalla, i siempre se mirarán como traidores los hombres que combatiendo por un partido, repentinamente i sin prevenir, vuelven sus armas contra la potencia que les contaba entre sus filas.

Temiendo los rusos una estratagema enviaron las tropas sajonas á la retaguardia de su posicion, pero con todo pusieron en accion su artillería, de suerte que por la mañana habian gastado la mitad de sus municiones contra los aliados, i la otra mitad la hicieron servir contra los franceses. Esta desgracia inesperada precisó á Ney á estrechar todavia mas su línea de



defensa. Ni el valor ni las operaciones de este general distinguido pudieron proteger á Schoenfeld, pueblo hermosísimo que casi forma un arrabal al norte de Leipsick. Vanamente Bonaparte envió su reserva de caballería para oponerse á los progresos del príncipe real: arrolló cuanto se le puso por delante, i estrechó á Ney en una posición cercana de los muros de Leipsick. Otra vez se suspendió el combate en todos los puntos, i habiéndose dado la señal solemne de los tres cañonazos, se abandonó el campo de batalla á los muertos i heridos.

Aunque el ejército frances en aquella jornada habia defendido el terreno con muchísimo valor, segun las apariencias no podia sostenerse mas tiempo en Leipsick ó sus inmediaciones. Los aliados estaban tan cerca de los franceses que podian esperarse para el tercer dia el ver sus ataques mas bien combinados i mas simultáneos que antes. La superioridad del número todavia daba mas ventaja despues de la gran mortandad que habia habido, por la sencilla razon de que el ejército mas numeroso podia sobrellevar mejor las pérdidas.

La retirada de los franceses aunque necesaria, inevitablemente debia ser infausta, i no podia ser de otra manera, atendida la situacion del ejército frances, casi enteramente cercado por fuerzas mas que dobles bajo las murallas de una gran ciudad, cuyas calles angostas debia atravesar para llegar á los dos puentes, uno de los cuales se habia construido recientemente con la mayor precipitacion, por donde debia pasar el ejército, no menos que por los terrenos cenagosos i los canales que les separan unos de otros.

No debe olvidarse que todo el ejército debía pasar necesariamente por un solo camino, que era el que va á Lindenau, i que por lo mismo era imposible evitar una confusion espantosa: pero como estos males no tenian remedio preciso era aventurarlos.

Comenzó la retirada al caer el dia, i Bonaparte que se habia salido de Leipsick pasó la tercera parte de la noche dictando las órdenes necesarias para hacer venir sucesivamente á la ciudad todos los cuerpos de su ejército i hacerles pasar á la orilla occidental de los dos rios. Las tropas francesas entraron en Leipsick, causando en la ciudad la confusion i el desórden que siempre deben acompañar la retirada de un cuerpo tan numeroso en presencia de un euemigo victorioso, i comenzaron á salir de la ciudad por el camino indicado. A Macdonald i Poniatowski con sus cuerpos se les reservó el peligroso honor de proteger la retaguardia.

»Príncipe, dijo Napoleon al intrépido polaco, vos defenderéis los arrabales del sud. — ¡Ah! señor, respondió Poniatowski, muy pocos soldados me quedan. — ¡Bien! pero los defenderéis con las tropas que teneis. — Señor no dudeis que cumpliremos con nuestro deber; todos estamos prontos á morir para el servicio de vuestra magestad.»

Napoleon se separó de este príncipe tan valiente i tan fiel, á quien habia dado recientemente el baston de mariscal, i no se volvieron á ver en este mundo.

No bien el primer albor del dia hubo descubierto á los aliados el principio de la retirada de los franceses, cuando sus columnas

se pusieron á perseguirles en todos los puntos, precipitándose con todo el ardor de la victoria para sorprender al enemigo en los arrabales i las calles de Leipsick. El rey de Sajonia, los magistrados i algunos generales franceses hicieron cuanto pudieron para poner la ciudad al abrigo de los riesgos que debian resultar de una batalla dentro de sus murallas, entre la retaguardia de los franceses i la vanguardia de los aliados. Pidieron que apiadándose de aquella desgraciada ciudad, se permitiese al ejército frances que efectuase libremente su retirada. Pero ¿cuándo se ha visto que un general victorioso limite el curso de sus ventajas militares por un simple motivo de humanidad? Napoleon por su parte debia mandar prender fuego á los arrabales para detener el choque de los aliados contra su retaguardia; pero como esta medida hubiera aumentado la desolacion de aquella escena terrible, Bonaparte se resistió generosamente á dar una orden tan funesta, que de otra parte, no hubiera podido ejecutarse sin comprometer la seguridad de una gran parte de su retaguardia, puesto que estas tropas que hubieran estado encargadas de tan horrorosa ejecucion, indudablemente en medio de la confusion se hubieran abandonado á los escesos del saqueo. Acaso influyó tambien en Napoleon el sentimiento de lo que debia á la confianza i fidelidad del rey de Sajonia Federico Augusto, que habiendo sido por tanto tiempo el fiel compañero de la fortuna del emperador iba á verse abandonado á su propia suerte. Incendiar la ciudad de aquel infeliz monarca en el momento que se le dejaba detrás

para que se arreglase como mejor pudiese con el vencedor, hubiera sido una odiosa recompensa de cuanto habia hecho i sufrido por la causa de la Francia. Semejante conducta no hubiera sido mas generosa que si Napoleon hubiese quitado su reino al rey de Sajonia privándole de todos los medios de hacer la paz con los soberanos irritados, llevándose con el ejército frances en su fatal retirada.

A las nueve tuvo Napoleon la última entrevista con Federico Augusto, en la cual le libertó formalmente de los vínculos que le unian á su causa, i le dejó en plena i entera libertad de formar cualesquiera otra alianza que pudiese exigir la seguridad de sus estados. Su despedida fué precipitadamente interrumpida por un violento cañoneo en diversos puntos, que anunciaba que los aliados habian forzado la entrada de los arrabales, i combatian de cuerpo á cuerpo i de casa en casa con los franceses todavia obstinados en defenderse. El rey i la reina de Sajonia suplicaron á Napoleon que montase á caballo i se alejase, pero antes libertó de sus juramentos para con la Francia i para con él mismo á los guardias de corps del rey de Sajonia, i los dejó para que vigilasen por la seguridad de la familia real.

Quando Napoleon quiso tomar la única salida que le quedaba, i pasó por la puerta de Ranstadt que conducia al puente ó á la série de puentes de que repetidas veces hemos hablado, pudo observar que su seguridad personal corria un peligro inminente. No debe haberse olvidado que el ejército frances, compuesto de unos cien mil hombres, se habia

metido en Leipsick perseguido por otro ejército mas que duplicado, i que las calles estaban cubiertas de muertos i heridos, de artillería i bagages, de columnas tan cerradas que era imposible ir adelante, i de otros cuerpos que desesperando casi de salvarse no querian quedarse detrás; abrirse un paso por en medio de esta confusion era una cosa imposible, aun para el mismo Napoleon; vióse pues precisado á dejar, con su séquito, el camino directo del puente, i haciendo un rodeo por otro punto, salió de la ciudad por la puerta de San Pedro, hasta que estuvo á la vista de las líneas avanzadas de los aliados. Entonces costeano el arrabal del éste, llegó á los puentes por un circuito, i le fué posible atravesarlos; pero el puente provisional de que hemos hablado estaba ya roto, de suerte que solo quedaba el viejo que conducia á Lindenau, para pasar todo el ejército frances. La defensa desesperada que se hizo en los arrabales detuvo algun tiempo los progresos de los aliados; de lo contrario la mayor parte del ejército frances inevitablemente hubiera sido destruido, pero los mismos sitiados con sus intrépidos comandantes se vieron precisados á retirarse, despues de haber hecho prodigios de valor. Aun no habian llegado á la orilla del rio cuando sucedió un accidente terrible.

El puente, tan necesario para la retirada de aquel ejército acosado, habia sido minado de órden de Bonaparte, i un oficial de ingenieros estaba encargado de hacerlo volar, inmediatamente que los aliados se acercasen con fuerzas suficientes para ocupar el paso. Ya fuese

que el oficial de ingenieros á quien se habia dado este encargo hubiese huído, ya le hubiesen muerto, ó estuviese ausente de su puesto por casualidad, lo cierto es, que en aquel momento crítico un sargento mandaba los zapadores en su lugar. A eso de las once de la mañana un cuerpo de tiradores suecos se presentó á la orilla del rio dando gritos descompasados i haciendo fuego contra la multitud que avanzaba con trabajo por el puente, al paso que los cosacos i hulanos por la parte del mediodia se precipitaron ácia el mismo punto. Las tropas de Sajonia i de Baden, que decididamente habian cambiado de partido, haciendo fuego contra los franceses desde lo alto de los arrabales cuya defensa se les habia encargado, inquietaban la retirada que hubieran debido proteger: el sargento de zapadores se imaginó que la retirada de los franceses estaba cortada; prendió fuego á la mina para que los aliados no pudiesen apoderarse del puente i perseguir á Napoleon, el puente voló con un estruendo espantoso.

Esta catástrofe interceptó realmente la retirada de cuantos quedaban todavia en la orilla del rio por la parte de Leipsick, escepto algunos individuos que se salvaron atravesando á nado el Pleiss i el Elster. Uno de ellos fué el valiente mariscal Macdonald, que venció todos los obstáculos. Poniatowski, aquel intrépido sobrino de Estanislao, rey de Polonia, fué menos feliz; sus conciudadanos le adoraban i tenian esperanzas de verle un dia adornando su frente la corona polaca: él mismo, bien asi como la mayor parte de los polacos

mas juiciosos , miraba estas esperanzas como quiméricas , pero servia á Napoleon con un zelo inalterable , porque siempre habia sido su amigo i su bienhechor. Dejando á un lado una multitud de acciones famosas , la defensa que Poniatowski acababa de hacer en el extremo derecho de la posicion francesa , era una hazaña tan heróica cual ninguna otra de aquella memorable accion de Leipsick : habia sido herido dos veces en las batallas precedentes. Viendo el puente destruído , i que las fuerzas de los enemigos acudian en todas las direcciones , desenvainó el sable i dijo á su séquito i á algunos coraceros polacos que estaban con él : » Señores , mas vale morir con honor que rendirse. » Inmediatamente se arrojó por en medio de los aliados i en aquella tentativa desesperada una bala le hirió en el brazo : se presentaron otros enemigos ; les atacó con el mismo buen éxito i consiguió abrirse paso despues de haber recibido otra herida que le atravesó la cruz de la Legion de honor. Entonces se arrojó en el Pleiss , i con la asistencia de sus oficiales generales , atravesó el rio en el cual perdió su caballo. Aunque estenuadas sus fuerzas , montó otro caballo , i viendo que el enemigo ocupaba ya las orillas del Elster , se arrojó á este rio profundo i cenagoso para no volver á parecer vivo. Asi murió valerosamente este príncipe , que bajo cierto aspecto podria llamarse el último de los polacos.

Los restos del ejército frances , de los cuales mataron un crecido número ó perecieron procurando pasar aquellos rios impetuosos , recibieron cuartel del enemigo ; unos veinte i

cinco mil hombres quedaron prisioneros; i como, segun parece, Napoleon no tenia mas que doscientos cañones en la batalla de Hanau, muchos debieron haber quedado abandonados en Leipsick i sus inmediaciones. Fueron inmensos los bagages que se cogieron.

El triunfo de los monarcas aliados era completo; adelantaron cada uno por su lado á la cabeza de sus fuerzas victoriosas; el emperador de Rusia, el rey de Prusia, i el príncipe real de Suecia se encontraron en la calle mayor de la ciudad i se felicitaron mutuamente; no tardó en reunirseles el emperador de Austria. El general Bertrand, gobernador de la ciudad, rindió su espada á aquellos ilustres personajes. Estos no vieron al rey de Sajonia, sino que le enviaron á Berlin con una guardia de cosacos, i posteriormente fué restablecido en su trono despues de haber pagado su adhesion á la Francia con una enorme contribucion.

Quando se reflexiona en las escenas de este drama, nos llama naturalmente la atencion la clase i la dignidad de los actores. Parece que el ejemplo de Bonaparte, que se habia puesto á la cabeza de sus ejércitos, habia bajo ciertos aspectos cambiado la condicion de los soberanos, haciéndoles salir de aquella dignidad tranquila, estraña á los desvelos del gobierno no menos que á los riesgos de la guerra, en la cual, los mas habian vivido siempre para entrar en el movimiento universal, i no temer los riesgos de una batalla ni las tareas de una negociacion. Escenas como las que pasaron en Leipsick en aquel dia memorable, ora



se considere la separacion de Napoleon i de Federico Augusto entre las descargas de artillería i de fusilería de ambos ejércitos enemigos, ora el encuentro triunfal de los soberanos aliados en la calle mayor de Leipsick, no habian tenido ejemplo desde muchos siglos, i parecian escenas de novela. Pero si se considera cuan importante es para los pueblos que los soberanos no sean inclinados á alimentar en sí la pasion de la guerra, hay fundados motivos para preguntarse si la Europa debe felicitar-se de los fomentos dados á esta disposicion belicosa.

La política i la ciencia militar exigian á un tiempo que se persiguiese sin detencion á los franceses en derrota; pero la victoria habia estenuado mucho al ejército aliado, para considerar sus trofeos como una victoria completa. En las inmediaciones de Leipsick los víveres eran muy raros, i los almacenes de la ciudad, agotados por los franceses, no podian dar abasto. El puente que estaba destruido era tan necesario para la marcha triunfal de los aliados, como lo habia sido para la retirada de Napoleon; i ademas es preciso confesar que un ejército aliado siempre es menos decidido i menos rápido en sus movimientos que el que recibe las impulsiones de un solo gefe que tenga un genio superior; veremos pruebas multiplicadas de esta observacion. Sin embargo una gran dificultad estaba vencida: la libertad de la Alemania era completa, aun en el caso en que Napoleon se librase de los ejércitos combinados de Austria i de Baviera que todavia estaban entre él i

las márgenes del Rhin; en fin las batallas que Napoleon habia dado para sus conquistas estaban concluídas en Leipsick; las que daria en adelante podrian servir para la seguridad de su vida i el cetro de la Francia.

---

---

---

## CAPITULO X.

### RESUMEN DEL CAPITULO X.

PORMENORES DE LA RETIRADA DE LOS FRANCESES EN ALEMANIA. — DEFECCION GENERAL DE LOS ALIADOS DE NAPOLEON. — BATALLA DE HANAU EL 30 I 31 DE OCTUBRE GANADA POR LOS FRANCESES. — CONTINUAN SU RETIRADA. — NAPOLEON LLEGA Á PARÍS EL 9 DE NOVIEMBRE. — ESTADO DEL ESPÍRITU PÚBLICO EN LA CAPITAL. — SUERTE DE LAS GUARNICIONES FRANCESAS DEJADAS EN ALEMANIA. — LLEGADA DE LOS EJÉRCITOS ALIADOS Á LAS MÁRGENES DEL RHIN. — JÚBILLO UNIVERSAL EN ALEMANIA. — ALTO DE LOS ALIADOS EN EL RHIN. — EXAMEN GENERAL DE LAS RELACIONES POLÍTICAS DE NAPOLEON EN AQUELLA ÉPOCA. — ITALIA. — ESPAÑA. — RESTAURACION DE FERNANDO. — LIBERTAD DEL PAPA QUE VUELVE Á ROMA. — EMANCIPACION DE LA HOLANDA.

## CAPITULO X.

**N**apoleon comenzaba entonces su retirada de la Alemania á Francia, que fué la última: verificóse en desórden i con grandes pérdidas,

mucho menores sin embargo que las de la famosa derrota de Moscou. Las tropas, segun dice el baron Odeleben, agriadas por el infortunio, marchaban con un aire feroz i amenazador, i sobre todo la guardia se abandonó á todos los excesos. En este estado, Napoleon hizo alto en Lutzen, poco antes teatro de sus brillantes hazañas i ahora testigo de sus desastres. Su valor no estaba abatido; parecia pensativo, pero con calma, sin entregarse á inútiles duelos, i aun menos á reaccriminaciones inútiles, ni quejarse de nadie. Fatigado por las tropas ligeras de los aliados, cuando franqueó los desfiladeros de Eckartsberg se dirigió ácia Erfurt, en donde esperaba detenerse i restablecer el órden en las filas de sus soldados.

El dia 23 de octubre llegó á esta ciudad, que por su fuerte ciudadela era un escelente punto de reunion, i recapitulando alli sus pérdidas, tuvo el pesar de encontrarlas mucho mayores de lo que temia: casi todas las tropas alemanas de su ejército se habian marchado; él mismo habia despedido á los sajones i á las tropas de Baden. Otros contingentes, viendo á sus soberanos en el punto de libertarse de la supremacia de Napoleon, igualmente desertaron, i el mayor número de ellos se reunió á los aliados. La mayor parte de los franceses que llegaron en Erfurt estaban en una situacion deplorable i sin armas. Su aspecto de miseria arrancó á Napoleon este arrebató. »; Son un ato de mendigos que se van á todos los diablos! A este paso habré perdido ochenta mil hombres antes de llegar al Rhin.» El espíritu de

defeccion se estendia hasta á los mas allegados del emperador. Murat, desalentado é impaciente de los continuos reveses de su cuñado, se despidió de él, so pretesto, dijo, de traer fuerzas de la frontera, pero realmente para volverse á sus propios estados, dejando de asociar su fortuna á la de Napoleon. Este, como si tuviese algun presentimiento de que ya no volveria á ver á su antiguo compañero de armas, le abrazó varias veces antes de separarse.

Los polacos que quedaban en el ejército de Napoleon manifestaron un carácter mas generoso: se creyó obligado á hacer un llamamiento á su honor dejándoles la eleccion de permanecer en su servicio ó abandonarle en aquella crisis. Varios de ellos habian servido tanto tiempo en sus banderas que se habian vuelto soldados de fortuna á quienes el campo frances les servia de patria. Pero otros muchos habian tomado las armas en la guerra contra la Rusia con la intencion de libertar la Polonia del yugo estrangero bajo el cual tanto tiempo habia gemido: sin olvidar que Napoleon habia engañado sus esperanzas, eran tan generosos que no podian vengar en aquel momento la injusticia con que se les habia tratado, i convinieron unánimemente en que no abandonarían á Napoleon antes de haberle conducido en seguridad al otro lado del Rhin, reservándose para entonces dejar sus estandartes, como así lo hicieron un crecido número.

Napoleon se estuvo cerca de dos dias en Erfurt apresurando la reorganizacion de sus tropas. Los almacenes i las municiones de la plaza bastaron para equiparlas completamente: sus

fuerzas reunidas ascendian á unos ochenta mil hombres, que con las tropas que habia dejado de guarnicion en varias plazas ó ciudades de Alemania, era todo lo que le quedaba de doscientos ochenta mil hombres, con que habia principiado la campaña. Las guarniciones podian ascender en todo á unos ochenta mil hombres, de suerte que la pérdida de los franceses era de ciento veinte mil. Fué un verdadero error el haber abandonado aquellas guarniciones á su suerte ó á discrecion del enemigo, Napoleon se consolaba con esta jactancia: » Que si podian reunirse en el valle de Elba ochenta mil franceses, se abririan paso por en medio de todos los obstáculos. » Mandó instrucciones á los diversos comandantes para evacuar las plazas que ocupaban i verificar aquella reunion; pero es de creer que ninguna llegó á los generales á quienes iban dirigidas.

En Erfurt, sin el auxilio de aquel alto i la proteccion de la ciudadela, Napoleon en su retirada de Leipsiek hubiera perdido cuanto le quedaba de su ejército. Sin embargo, recibió noticias que le impidieron el prolongar su permanencia en aquel refugio. El ejército bávaro, tan recientemente aliado suyo, bien asi como un refuerzo de austriacos, formando en todo cincuenta mil hombres á las órdenes del general Wrede se alejaban apresuradamente de las márgenes del Inn, i habian llegado ya á Wurtzburgo sobre el Mein con el designio de interponerse entre el ejército de Napoleon i la frontera de Francia. Ademas de esta desagradable noticia supo tambien que los austriacos i los prusianos se apresuraban ácia Weimar i Lan-

gensalza, de suerte que todavia corria el riesgo de verse rodeado. Napoleon salió pues de Erfurt el dia 25 de octubre con un tiempo tan borrascoso como su destino.

Una mala combinacion de los consejos aliados dirigió al mariscal Blucher en persecucion de Napoleon por Giessen i Wetzlar, i le hizo abandonar el camino directo de las orillas del Rhin por Pulda i Gelnhausen, que dejó abierto á un destacamento austriaco que se esperaba de Schamalkald. Asi pues, las mejores tropas se desviaron del camino directo de Napoleon, i los austriacos no llegaron á tiempo para cortar la retirada al enemigo. Sin embargo, los franceses todavia se vieron perseguidos por los cosacos que acudieron con sus valientes gefes Platoff, Kowaiski, Orloff i otros que no dejaron de ostigarlos de flanco i retaguardia.

El general Wrede, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, persistia en su proyecto de cerrar el camino de Francia á Napoleon: á este efecto tomó posicion en Hanau, en donde se le juntaron los gefes de cosacos que habian pasado á la vanguardia del ejército frances.

Si Blucher i sus tropas se hubiesen encontrado entonces detrás de Napoleon, probablemente hubiera llegado su última hora, pero el general Wrede solo habia podido reunir cuarenta i cinco mil hombres: esta fuerza no podia bastar para la empresa, siempre peligrosa, de interceptar la retirada de un enemigo valiente i desesperado; tanto mas, cuanto que los bávaros no tenian ninguna ventaja particular de posicion que pudiese oponer algunos obstáculos particulares á la marcha del enemigo.

El 30, los bávaros ocupaban el estenso bosque de Lamboi; se dispusieron en línea en la orilla derecha de un pequeño río llamado el Kintzig en el cual hay un puente cerca de un pueblo nombrado Neuhoff. Los franceses metieron un cuerpo de tropas ligeras en el bosque, que se disputó á palmas: el continuo fuego de la fusilería de ambos lados se asemejaba al de una caza general como se vé en el continente; el combate se sostuvo varias horas sin éxito decidido; hasta que Bonaparte mandó un ataque por la izquierda de los bávaros. Dos batallones de la guardia, bajo las órdenes del general Curial, se mandaron al bosque para sostener los tiradores franceses, i los bávaros cuando vieron los gorros de pelo creyeron habérselas con todo el cuerpo célebre de los granaderos i echaron á huir. Al mismo tiempo se hizo una carga de caballería por la izquierda de Wrede, de suerte que le obligó á retirarse detrás del Kintzig. El ejército austro-bávvaro continuó ocupando, á Hanau.

En la mañana del 31 hizo Marmont un doble ataque contra la ciudad de Hanau i la posicion de Wrede, i se apoderó de la primera por un bombardeo; el otro ataque fué cerca del puente de Neuhoff: los bávaros por de pronto tuvieron ventaja, i adelantaron un cuerpo de mil á mil i doscientos hombres sobre el Kintzig; pero fué enteramente destrozado, con lo que el general se hizo mas circunspecto. Wrede fué malamente herido, i el príncipe Oettingent, su yerno, murió en el campo de batalla: el general Fresnel, que reemplazó al general Wrede, obró con mas



prudencia; se retiró del combate, i los franceses mas solícitos de seguir su marcha sobre el Rhin que sus ventajas contra los bávaros, siguieron la línea de retirada del emperador en la direccion de Francfort.

Un molinero aleman dió durante el combate una prueba de sagacidad que puede servir para variar el detalle de los movimientos militares. Este hombre, que observaba la suerte de la batalla, viendo un cuerpo de infantería bávara acosado muy de cerca por un fuerte destacamento de caballería francesa, tuvo la presencia de espíritu de hacer entrar el agua en el canal de su molino cuando los bávaros lo hubieron pasado, i de esta suerte interpuso repentinamente un obstáculo entre ellos i los que les perseguian, dando asi tiempo á la infantería de hacer alto i volver á formar sus filas. El rey de Baviera recompensó á este honrado molinero concediéndole una pensión.

La pérdida de los franceses en aquella accion sangrienta se estima á unos seis mil hombres; la de los austro-bávaros pasó de diez mil. Habiendo escapado de este nuevo peligro Napoleon llegó á Francfort el 30 de octubre, i el dia 1º de noviembre salió de esta ciudad, que muy luego debia recibir nuevos huéspedes; el dia siguiente pasó á Maguncia que dejó el 7, i el 9, llegando á París, concluyó su desgraciada campaña.

Pronto conoció el emperador que el espíritu público no estaba tranquilo. La victoria de Hanau que no tuvo mas resultado que detener un momento al enemigo, dió un lustre á las armas de Napoleon de que mucho necesitaba,

pues sus últimos infortunios habian despertado los críticos i descontentos. El rompimiento del armisticio parecia ser la fecha de su decadencia, bien asi como la reunion de los austriacos habia puesto á los aliados en estado de abrumarle con el número. Desde aquella época nueve batallas se habian dado, inclusa la de Culm que por sus resultados bien merece este nombre. De estas nueve batallas dos solamente habia ganado Bonaparte, la de Dresde i la de Hanau, pues la de Wachau quedó indecisa; al paso que en Gross-Beeren, en Jauer sobre el Hatzbach, en Culm, en Dennewitz, en Moeckern i en Leipsick, los aliados obtuvieron victorias decisivas.

Los desastres de Napoleon no pudieron ocultarse mucho tiempo en Francia, i la vana ostentacion que se hizo de algunas banderas i una columna de cuatro mil prisioneros bávaros, no podia impedir que se preguntase ¿qué se habian hecho mas de doscientos mil soldados? ¿qué reveses habian disuelto la confederacion del Rin? i ¿porqué se veían ya, por el levante, los rusos, los austriacos, los prusianos i los alemanes, i por el sud, los ingleses, los españoles i los portugueses, acercándose con gritos de guerra á las fronteras inviolables de la gran nacion? En dias de prosperidad, un pueblo puede alucinarse con la victoria, pero el horizonte obscurecido por la adversidad presenta los objetos con sus verdaderos colores.

La suerte de las guarniciones que Napoleon habia abandonado tan imprudentemente en Alemania, no fué muy adecuada para conte-

ner aquella aversion naciente. En el curso de esta guerra, no pudo el emperador reunir bajo sus banderas aquellas tropas veteranas cuya necesidad sintió tan á menudo. Sus diversas rendiciones que forman una série de acontecimientos separados, sin influencia en el curso general de la historia, las detallaremos sucintamente en este lugar.

Saint-Cyr viéndose en Dresde enteramente abandonado á sus propios recursos, capituló el 11 de noviembre, para evacuar la plaza con toda su guarnicion de treinta i cinco mil hombres (los mas de ellos, á la verdad inválidos) que debia tener un salvo conducto para pasar á Francia, bajo la condicion de no tomar las armas contra los aliados durante seis meses. Schwartzenberg no quiso ratificar la capitulacion como demasiado favorable á los sitiados, i ofreció á Saint-Cyr, que ya habia salido de Dresde, que volveria á entregarle la plaza en el mismo estado de defensa en que se hallaba en el momento de la capitulacion. Esto era contra las leyes de la guerra: ¿cómo hubiera podido el comandante frances encontrarse en la misma situacion que antes, cuando el enemigo habia tomado un pleno conocimiento de sus recursos i de sus medios de defensa? Pero el general frances, reservándose el derecho de quejarse por la falta de buena fe, conoció que por el momento debia consentir en quedar prisionero de guerra con su ejército.

Stettin se rindió el dia 21 de noviembre despues de un bloqueo de ocho meses, i ocho mil franceses quedaron prisioneros.

El 29 de noviembre capituló la importante ciudad de Dantzick despues de cuarenta dias de trinchera abierta. Lo mismo que con la guarnicion de Dresde los soberanos no quisieron ratificar el tratado que garantizaba el regreso á Francia de la guarnicion; hicieron al general Rapp la misma propuesta que se habia hecho al mariscal Saint-Cyr; pero Rapp tampoco la admitió. Unos nueve mil franceses se enviaron prisioneros á Rusia; pero los bávaros, los westfalianos i los polacos de la guarnicion pudieron restituirse á sus hogares, los mas de ellos entraron al servicio de los aliados.

La detencion de esta guarnicion tambien debe inscribirse contra los aliados como una falta de buena fe que no puede justificar la tentacion de debilitar las fuerzas del enemigo.

Despues de la batalla de Leipsick, se habia enviado á Tauentzien para bloquear á Wittemberg, i sitiár á Torgau. Esta última plaza se rindió el 26 de diciembre con una guarnicion de diez mil desdichados que iba destruyendo una calentura contagiosa. Zamose, en el ducado de Varsovia, capituló el 22, i Modlin el 25 de diciembre.

Al concluirse el año 1813, las únicas plazas situadas á espaldas de los aliados que quedaban en poder de los franceses, eran: Hamburgo, Magdeburgo, Wittemberg, Custring, Glogau, i las ciudadelas de Erfurt i de Wurtzburgo, cuyas ciudades habian sido evacuadas.

Hubo dos circunstancias notables relativamente á la rendicion de las fortalezas; la primera, es el infeliz estado de las guarniciones. Los hombres que habian sobrevivido á la cam-

pañía de Rusia, i que Murat habia distribuido en aquellas ciudades i sus fortalezas, por consecuencia de las fatigas que habian padecido, i acaso por un paso demasiado súbito á mejores alimentos, casi todos estaban sujetos á enfermedades que muy en breve degeneraban en contagiosas, i de los militares se estendian á los habitantes, cuando los rigores de un bloqueo se agregaban á la disposicion general de las enfermedades. Las muertes eran numerosas, i los que sobrevivian, muchas veces no podian menos de envidiar la suerte de los que ya no existian. Tan terrible fué el contagio en Torgau, que los prusianos, dueños de la plaza el dia 26 de diciembre, no se atrevieron á tomar posesion de ella hasta quince dias despues, cuando comenzaron á mitigarse los estragos de la peste; asi se prolongaron los funestos resultados de la expedicion de Rusia.

La otra circunstancia digna de notarse, es que la rendicion de cada fortaleza ponía disponible un cuerpo de tropas sitiadoras proporcionado á la fuerza de la guarnicion, que segun las reglas de la guerra debe ser por lo menos en la proporcion de dos á uno. Asi pues, al paso que millares de franceses eran conducidos á prisiones lejanas en Austria i en Rusia, el ejército aliado iba aumentándose con un número duplicado de soldados que perdia el ejército frances.

Mientras que estos acontecimientos se realizaban, los soberanos aliados de Rusia i Prusia se avanzaban ácia el Rhin, cuya orilla izquierda casi enteramente la habia evacuado el enemigo. El Rhin es un rio que los alemanes

lo miran con un orgullo nacional que se asemeja á una especie de piedad filial. Cuando los soldados de su vanguardia descubrieron la vasta magestad de sus aguas, saludaron al rio paternal con tan estrepitosas aclamaciones, que los que estaban á la retaguardia corrieron creyendo que se iba á empeñar una accion. El orgullo i el júbilo de la independendencia no solamente inflamaban los corazones de aquellos valientes que habian libertado á su país, sino que estos sentimientos eran generales en toda la poblacion alemana.

La retirada de los ejércitos franceses atravesando aquel suelo en el cual tanto tiempo habian igualado i confundido toda distincion nacional, puede compararse al desague del diluvio universal, cuando comenzaron á descubrirse de nuevo las tierras que durante tanto tiempo habian estado ocultas.

El primer desvelo de los aliados fué restablecer las antiguas soberanías.

El príncipe de electoral de Hese partió del campo de batalla de Leipsick para recobrar la soberanía del territorio de sus padres, en medio de las aclamaciones de los habitantes. El dia 2 de noviembre los aliados tomaron posesion del Hannover i de sus dependencias en nombre del rey de la Gran-Bretaña. El valiente duque de Brunswick, cuyo valor no menos que su ardiente animosidad contra Bonaparte ya hemos tenido ocasion de mentar, entró al mismo tiempo en sus estados hereditarios; i el efímero reino de Westfalia creado para Gerónimo Bonaparte con los despojos de aquellos principados, se desvaneció como el palacio de Aladino en el cuento árabe.

Los príncipes de la confederacion del Rhin que hasta entonces habian tenido la felicidad de conservar sus bienes i sus coronas bajo condicion de ser vasallos de Bonaparte, i que estaban tan cansados de sus exacciones, no perdieron tiempo en sustraerse de su imperio cuando se hubo roto el prestigio que los tenia encadenados. Los reyes de Baviera i de Wurtemberg habian sido los primeros en reunirse á la coalicion, i este último con tanta mas buena voluntad, quanto que el príncipe real no habia querido reconocer el yngo de la Francia durante la supremacía de Napoleon. Los príncipes de una gerarquía inferior, no tenian pues otra alternativa que la de declarar quanto antes su adhesion á la misma causa. Sus ministros acudian presurosamente al cuartel general de los aliados en donde se les admitia á la comun alianza con las mismas condiciones generales, á saber: que cada estado contribuiria á los esfuerzos de la santa alianza dando un año de su renta, con un contingente de soldados doble del que exigia Bonaparte. Consintieron voluntariamente en esta demanda á pesar de lo exorbitante que era, pues la caída del emperador de los franceses les hacia esperar una paz que se juzgaba incompatible con su dominacion.

Esperando los refuerzos del interior de Alemania, i hasta que los príncipes secundarios hubiesen suministrado sus contingentes respectivos, queriendo tambien dar otra ocasion á Bonaparte para tratar, los soberanos aliados se detuvieron á las orillas del Rhin, i acantonaron su ejército á lo largo de este rio. De esta

suerte se reservaban el tiempo para descubrir si el orgullo de Napoleon podria acomodarse á una paz, cual exigian los grandes cambios que acarreaban á los negocios de Europa las dos últimas campañas. Esta pacificacion la deseaba particularmente el Austria, i era tanto mas creíble cuanto las pérdidas que habian conducido á Napoleon del otro lado del Rhin habian obscurecido en otra parte su horizonte político.

La Italia, tan largo tiempo teatro de sus triunfos, seguia entonces la suerte de sus demas conquistas, i se le escapaba rápidamente de las manos. Al principio de la campaña, el virey Eugenio, con unos cuarenta i cinco mil hombres, habia defendido el norte de la Italia con mucha habilidad i valor contra el general austriaco Hiller, que le oponia fuerzas superiores. Las fronteras de la Iliria eran el principal teatro de sus operaciones: los franceses se sostuvieron hasta que la defeccion de los bávaros hubo abierto las gargantas del Tiról al ejército austriaco, en cuya consecuencia Eugenio se vió precisado á retirarse detrás del Adige.

Los belicosos croatas, declarándose á favor de sus antiguos soberanos de Austria, se amotinaron i levantaron en armas en varios puntos. El importante puerto de mar de Trieste cayó en poder de los austriacos el dia 21 de octubre; i el general Nugent estaba al embocadero del Pó con tropas inglesas suficientes para ocupar á Ferrara i Ravena, i organizar una insurreccion general contra los franceses. Tambien se sabia que Murat, que comenzaba á temer un poco menos verse envuelto en la pró-



xima caída de Napoleon, i que se acordaba mas de las afrentas que de él habia recibido, que de la grandeza á que le habia elevado, trataba con los aliados i procuraba hacer una paz que pudiese asegurarle su trono con la sancion de aquellos soberanos. Asi pues, Napoleon, bajo ningun aspecto podia mirar la Italia como un recurso; antes por el contrario, estaba en vísperas de perder para siempre aquel bello país, que merecia toda su predileccion i formaba su orgullo.

La península española todavia presentaba una perspectiva mas espantosa. La batalla de Vitoria habia destruido enteramente la autoridad usurpada de José Bonaparte; el mismo Napoleon deseaba ver acabada la guerra soltando aquel reino de que tan injustamente se habia apoderado, i que en su fatal obstinacion habia continuado en retener.

Despues de aquella batalla decisiva, ningun obstáculo impedia que el duque de Wellington entrase en Francia; pero prefirió reducir las fortalezas fronterizas de San Sebastian i Pamplona: la primera capituló el 9 de setiembre, i Soult á pesar de su valor i habilidad no pudo socorrer á Pamplona. El ejército ingles, por lo menos su ala izquierda, pasó el Bidasoa el 7 de octubre, i Pamplona se rindió el 31 del mismo mes. De esta suerte veía la Francia avanzar ácia su territorio á los mas implacables enemigos de Bonaparte bajo el mando de un general que tan feliz habia sido constantemente, i que parecia haber hecho un pacto con la victoria. En este estado de cosas era un triste consuelo que Suchet, duque de Albufera, conser-

vase todavía la Cataluña, en donde tenía su cuartel general en Barcelona. Mucho mas le hubiera valido á Bonaparte que el mariscal i sus tropas, que no habiendo sufrido ninguna derrota todavía no se habian desanimado, hubiesen marchado al norte de los Pirineos, para cooperar á la defensa de las fronteras francesas. Para remediar este peligro inminente, Napoleon recurrió á un plan, que si lo hubiese ejecutado el año anterior, hubiera terminado los negocios de España de una manera muy diferente.

Resolvió, como ya lo hemos dado á entender, desistir de la vana empresa que tanta sangre i dinero le habia costado. Anular las pretensiones de su hermano á la corona de España i volverla á su soberano legítimo: esto era destruir su propia obra; pero por este medio esperaba contraer con el monarca español una alianza que borraría á la España de la lista de sus enemigos poniéndola, quizás, en el número de sus aliados. Dicen que Talleyrand habia aconsejado mucho antes la libertad de Fernando. \*

---

\* Es de creer que así lo hiciese aquel consumado político, si se atiende á lo que dijo al mismo Napoleon en la nota siguiente, cuando este trató de invadir la España.

Contestacion de Talleyrand á Napoleon, relativa á España.

»Vuestra magestad me ha mandado que le esponga mi modo de pensar concerniente á colocar en el trono de las Españas un príncipe de vuestra

Pero estas concesiones de Napoleon eran demasiado tardías i evidentemente se las arrancaba la urgente necesidad de dejar á Fernando,

---

» casa, i yo creería deshonrarme á la vista del  
» universo i hacer traicion á mi patria sino me  
» declarase contra esta guerra, como hombre incapaz  
» de faltar á sus deberes. La guerra de España es  
» injusta, impolítica, contraria á todas las leyes di-  
» vinas i humanas: es injusta, por que nada tene-  
» mos que pedir á España nuestra aliada constante  
» i fiel; impolítica, por que llega al extremo del  
» deseo de conquista i de engrandecimiento. Las po-  
» tencias del norte tienen la vista fija en nosotros;  
» solo esperan que deis un paso desacertado, i ape-  
» nas hayais entrado en esa lucha sangrienta cuando  
» la Inglaterra las sacará de su letargo. Esta po-  
» tencia tendrá contra vos la justicia de sus ma-  
» nifiestos i el peso de su oro. La guerra de que  
» se trata es aun mas impolítica en cuanto ella abri-  
» rá las puertas de la Península á las tropas bri-  
» tánicas.

» No es la España un país abierto, pues te-  
» niendo muchas plazas fuertes, desfiladeros i pe-  
» ñascos inaccesibles, un corto número de soldados  
» bastará para defenderla. Cádiz, ese puerto ines-  
» pugnable desde donde los ingleses arrojarán á  
» merced suya nuevos batallones en las provincias  
» inmediatas, ocupará por sí solo un ejército. Te-  
» med el despertar el valor adormecido de la na-  
» cion española. Hartos ejemplos tenemos de lo que  
» puede un pueblo en la desesperacion, peleando por  
» sus hogares i por su rey. Apesar de nuestros  
» triunfos, ¿podrémos olvidar que los españoles pu-  
» sieron á la Francia al borde del precipicio en  
» los llanos de Pavia?

que deseaba su libertad, dueño de aceptarla con las condiciones ofrecidas. Sin embargo el lector tendrá la curiosidad de saber que lenguaje usó Napoleon con aquel príncipe que retenia prisionero como un niño robado, i en

---

»En fin, la guerra de España ofende las leyes divinas i humanas, por que no os pertenece arrancar del trono de sus antecesores á un príncipe unido á vos por medio de tratados solemnes.

»Vuestro hermano reina en Nápoles, i el pueblo está acostumbrado á su dominacion. Os atreveréis á arrebatarsele, pues, á los napolitanos? Daréis á la Europa el espectáculo único en la historia, de un rey tan pronto en un trono como en otro? Semejantes vacilaciones debilitan las diademas. Señor, para colocar en el trono de España un monarca de vuestra familia, es menester asegurarnos antes de toda la familia real despojada de sus estados. Carlos IV, su esposa, Fernando, sus hermanos, sus tios i sus mas fieles servidores ¿han de encontrar en Francia prisiones i cárceles? Qué hará la España indignada de ver encadenados á su rey i sus príncipes? Se armará de un cabo al otro del reino; vos tendréis que pelear contra todos los españoles convertidos en soldados por un efecto del despecho i de la indignacion, i la conmocion escitada en las márgenes del Manzanares se comunicará á los soberanos del norte. Amaestrados por la desgracia i por quince años de reveses, emplearán otra táctica, i los franceses despues de gloriosas derrotas, os dejarán el sentimiento de haber emprendido en vano una guerra culpable, inútil á vuestra gloria i á la felicidad de vuestro imperio.»

(Editor).

cuyo trono habia querido tan obstinadamente hacer reinar un usurpador. Escribiendo Bonaparte la carta que sigue; conoció acaso que su conducta no podia paliarse, i observaremos que, esperaba, seguramente, que el ardiente deseo de recobrar la libertad i el reino, impediria al monarca cautivo de aprovecharse de las circunstancias críticas que habian acarreado un ofrecimiento tan ventajoso, ó dictado las espresiones con que se le habia transmitido.

»Mi primo, el estado de mi imperio i mi situacion política me ponen en el caso de arreglar definitivamente los negocios de España. Los ingleses incitan á la anarquía i al jacobinismo; quieren destruir la corona i la nobleza, con el objeto de establecer una república. Yo no puedo ver sin un profundo sentimiento la ruina de una nacion que me interesa por su vecindad, i al mismo tiempo por intereses comunes. Deseo restablecer las relaciones de amistad i buen vecindario que durante tanto tiempo han existido entre la Francia i la España. Por estos motivos os ruego que escucheis las proposiciones que el conde La-Forest os hará en mi nombre, etc.”

Si se comparan las espresiones de esta carta con la manera con que se habian roto las relaciones amistosas, i el interes que Napoleon habia manifestado por tener el reino de España, se verá que sus declaraciones hipócritas eran demasiado evidentemente dictadas por la necesidad, para alucinar la inteligencia mas mediana. La respuesta de Fernando no careció de dignidad: se rehusaba á tratar sin haber consultado antes á la regencia de España, i pedia el permiso de recibir una diputacion de su

vasallos, que podrian informarle del estado actual de su reino é indicarle un remedio contra los males que le oprimian.

»Si este permiso no se me concede, dijo el príncipe en su respuesta á las proposiciones de Napoleon, prefiero quedarme en Valencey en donde ya he vivido cuatro años i medio, i deseo morir, si tal es la voluntad de Dios.»

Napoleon viendo que el príncipe se mantenía firme en este punto, i que ya no podia ganar nada reteniéndole céntivo, al paso que podia sacar alguna ventaja de su libertad, consintió en que Fernando quedase libre despues de firmado un tratado entre el duque de San Carlos, representante de Fernando, i el conde de La-Forest, plenipotenciario de Napoleon; pero este tratado no debia ratificarse hasta que le hubiese aprobado la regencia. Los artículos en corto número decian que, 1.º Napoleon reconocia á Fernando como rey de España é Indias; 2.º Fernando consentia en que los ingleses evacuasen la España, i particularmente Menorca i Ceuta; 3.º los dos gobiernos se obligaban mutuamente á restablecer sus relaciones bajo el pie prescrito por el tratado de Dunkerque, que se habia mantenido hasta 1772 etc.

En este tratado de Valencey, firmado el 11 de octubre de 1813, es visible el deseo de Bonaparte de separar á la España de la alianza de la Gran-Bretaña, no solo en el artículo segundo, sino tambien en el tercero; pues Napoleon siempre pretendia que su oposicion á los derechos que la Inglaterra ejercia en el mar se fundaba en el tratado de Utrecht, i su alusion á este tratado en la circunstancia pre-

sente, manifiesta que no habia perdido de vista su sistema continental. Cuando se presentó á la regencia de España el tratado de Valencey, no quiso ratificarlo, ya fuese en virtud de un decreto de las llamadas córtés del mes de enero de 1811 en el cual se prevenia que no pudiese haber tregua ni negociacion con la Francia, mientras que el rey no estuviese en su entera libertad, ya fuese á causa de un tratado con la Inglaterra, en el cual la España se obligaba á no hacer la paz sin el concurso de aquella potencia. Precisado de esta suerte Napoleon á renunciar la esperanza de imponer condiciones á la España, soltó á Fernando de su prision, i le permitió volver á su reino con su sola firma en el tratado, pensando que en los movimientos políticos que la llegada del rey podia ocasionar en España le sería posible encontrar alguna ventaja para sus propios designios, al paso que nada ganaba con el cautiverio de Fernando. Se equivocaba; pero no es necesario detener mas al lector sobre los negocios de España, i no volverémos á hablar de ellos. Concluida esta negociacion el monarca libre se volvió á su reino á últimos de marzo de 1814.

En aquella misma época poco mas ó menos, se puso tambien en libertad á otro preso de estado, muy importante. A principios del año 1814, se transmitieron proposiciones á Pio VII, entonces detenido en Fontainebleau, por medio del cardenal Maury i de los obispos de Evreux i de Plasencia. Se le ofrecia su libertad, i si consentia en ceder una porcion del territorio de la Iglesia, se le prometia restituirle el resto.

»El patrimonio de San Pedro no es una propiedad mia, respondió el pontífice; pertenece á la Iglesia, i no puedo yo consentir á su cesion.

—Para probar las buenas intenciones del emperador, dijo el obispo de Plasencia, tengo órdenes para anunciar el regreso de vuestra santidad á Roma.

—Esto será con todos mis cardenales, dijo Pio VII.

—En las circunstancias presentes esto es imposible.

—Está bien, solo pido un coche para ir á Roma: deseo estar en aquella ciudad para cumplir mis deberes como gefe de la Iglesia.”

Le acompañó una escolta á la cual se dió el nombre de guardia de honor, mandada por un coronel que trataba á su santidad con mucho respeto, pero parecia dispuesto á no permitir que nadie le hablase en particular. Pio VII convocó á los cardenales que se hallaban en Fontainebleau en número de diez i siete, i se despidió de ellos con la mayor ternura. En el momento de marcharse les encargó que no llevasen ninguna decoracion del gobierno frances, que no aceptasen ninguna pension, i que no asistiesen á ninguna fiesta aun cuando se les convidase. El 25 de enero salió Pio VII de Fontainebleau i pasó á Savona á pequeñas jornadas, en donde se detuvo desde el 19 de febrero hasta el 19 de marzo. Llegó á Florencia; allí su escolta francesa se relevó por un destacamento austriaco, que recibió al sumo pontífice con todos los honores acostumbrados, i entró á Roma el 18 de mayo en medio de las



aclamaciones de la multitud postrada para recibir su bendicion.

Tal fué el resultado de aquel acto despótico, uno de los mas impolíticos é impopulares de Bonaparte durante su reinado. El mismo estaba tan avergonzado, que negó haber dado órdenes para la detencion del pontífice, aunque este cautiverio duró mas de cinco años. Es de notar que cuando el papa fué conducido prisionero la primera vez, Murat estaba en posesion de sus estados como pariente i allegado de Bonaparte; i volviendo á Roma su santidad encontró alli al mismo Murat con su ejército, i recibió de sus manos como aliado del emperador de Austria la restitucion del patrimonio de San Pedro en toda su integridad.

De esta suerte fué restituida á su antiguo soberano aquella ciudad célebre, que durante algun tiempo habia tenido el título de *segunda* en el imperio frances. La revolucion de la Holanda tambien vino á aumentar los ahogos de Napoleon i arrebatarle el resto de las inmensas posesiones que habia emprendido reunir á su imperio. Por decontado este país se habia empobrecido por la destruccion total de su comercio, sacrificado al sistema continental; probablemente Luis Bonaparte abandonó con disgusto una autoridad ilusoria, porque vió que no era bastante fuerte para conservar los pacíficos é industriosos holandeses.

La miseria que se siguió á la introduccion de aquellas restricciones, poco naturales en una comarca cuya existencia dependia de la libertad de su comercio, fué casi increíble. En Amsterdam la poblacion de doscientas mil al-

mas quedó reducida á ciento noventa mil ; en La Haya , en Delft i en otras partes fueron derribadas varias casas ó abandonadas en ruina por los propietarios que no podian pagar los impuestos ; en Harlem todas las calles estaban desiertas , i cerca de quinientas casas fueron enteramente arruñadas. La falta de fondos hizo descuidar la conservacion de los diques , i el mar abriéndose paso en diversos parages amenazaba destruir las obras del reinado de la industria. Los holandeses en medio de su descontento , naturalmente se acordaban del gobierno paternal de la casa de Orange , i de la felicidad de que habian disfrutado bajo su autoridad ; pero el holandés con la prudencia que le es característica , pensaba que cualquiera empresa de una insurreccion en la Olanda , no tendria buen resultado hasta que el poder de la Francia estuviese abatido. Se contentaban pues formando confederaciones secretas entre los primeros ciudadanos de las principales ciudades , celosos de evitar conmociones prematuras en las clases inferiores , ganando al mismo tiempo su confianza para el dia en que llegase el momento de obrar. El secreto de la insurreccion se guardó fielmente ; i el caracter moderado , prudente i sagaz de la nacion nunca se manifestó mejor que en aquellas circunstancias.

Los guardias nacionales eran muy celosos por la causa de su país. Los rumores de la retirada de Bonaparte de Leipsick facilitaron mejor la preparacion de los espíritus á resistir el yugo extranjero , i la cercanía del general Buloen en las márgenes del Isel fué la señal de una insurreccion general.

El 14 de noviembre se enarboló el pabellon de Orange en la Haya i en Amsterdam en medio de las antiguas aclamaciones: »; Viva el príncipe de Orange!» (*Oraniën boven*). En Rotterdam algunos patriotas holandeses de la clase elevada, en forma de diputacion fueron á encontrar al prefecto Lebrun, duque de Plasencia, i enseñándole la escarapela orangista que llevaban puesta, se dirigieron al funcionario frances en estos términos: »En estos colores »podeís ver el intento que nos trae aqui, i »los acontecimientos que van á ocurrir. Vos, »que chora sois el mas débil, debeís saber »que nosotros somos los mas fuertes; i nosotros como mas fuertes sabemos que sois el »mas débil. Por consiguiente, obraréis con mucha prudencia marchandoos de aqui sin ruido, i cuanto mas pronto lo hagais, os espondréis menos á un insulto i acaso á un »peligro.» Una revolucion tan importante acaso nunca se habia anunciado al partido vencido con tan poco tumulto, i en términos tan corteses. La respuesta de Lebrun fué la de un frances, que rara vez se queda atras en cortesania. »He estado esperando esta invitacion, les dijo, i accedo voluntariamente á ella; estoy pronto á partir sin el menor retardo.» En consecuencia se metió en su coche, i atravesó una multitud inmensa, sin otro insulto que el de invitarle á que correspondiese al grito universal de ; *Viva el príncipe de Orange!*

Sin embargo, cuando los holandeses tomaron la atrevida resolucion de restablecer el antiguo gobierno, no tenian armas, i durante algun tiempo estuvieron en un grande peligro; pero

les sacó de cuidado la llegada de los rusos que venian á su socorro, al paso que la Inglaterra les enviaba seis mil hombres bajo las órdenes del general Graham, hoy dia el lord Lynedoch; de suerte que las tropas francesas que se habian metido en dos ó tres fuertes, pronto se vieron bloqueadas i no pudieron incomodar el país con escursiones.

Ningun acontecimiento durante la guerra hizo una impresion mas general i profunda en la nacion inglesa, que la libertad de la Holanda, que ultimamente se ha llamado »uno de los acontecimientos mas felices que pudieran suceder entonces. La rapidez con que los holandeses, de obstáculos que eran para la invasion de la Francia se transformaron en instrumentos los mas útiles, solo habia podido provenir del detestable sistema de gobierno que Bonaparte les habia impuesto.»

De esta suerte habiendo mudado su curso la victoria, se retiraba entonces como una vasta inundacion de todos los estados que su marcha poderosa i rápida habia trastornado.

FIN DEL TOMO SEPTIMO.















Biblioteca Pública de Soria



71656167 DR 10059 (V.7)



1



VERBA

DE

VERBO



DR  
10059

